

Selección RNR

RAQUEL R. GALLAGHER

Entre
BRUMAS



New Adult

ENTRE BRUMAS

Raquel R. Gallagher



1.^a edición: diciembre, 2015

© 2015 by Raquel R. Gallagher

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009

Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-247-9

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del

copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

«Ayuda, lo he hecho otra vez. He estado aquí varias veces antes. Me he herido a mí misma de nuevo hoy. Y la peor parte es que no hay nadie a quien culpar.»

«Breathe me», Sia.

Contenido

Portadilla

Créditos

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Agradecimientos

PRÓLOGO

«Un ruido sordo e inesperado quebró la quietud de la noche obligándola a regresar de un, ya de por sí, agitado sueño. Abrió los ojos y una oscuridad infinita e inquebrantable la invadió de golpe, junto a la certeza, punzante y agónica en el pecho, convulsa y aplastante en las tripas, de que algo no iba bien.

Se sentó en la cama quedándose muy quieta y durante lo que le pareció una eternidad no movió ni un solo músculo

e incluso evitó dentro de lo posible tragar saliva o respirar. No podía hacer ruido. No debía hacer ruido. Solo trató desesperadamente de enfocar, abriendo para ello muchísimo los ojos, olvidándose de parpadear y, gracias al cielo, las formas de la habitación se revelaron poco a poco, propiciadas por la claridad de una noche de luna que se filtraba de forma oblicua a través de los agujeritos de la persiana.

Agudizó los sentidos, manteniéndose alerta, y se esforzó por escuchar cualquier cosa más allá del sordo y desquiciado golpeteo que la llenaba

por dentro, en el pecho, en la cabeza, dificultando su percepción, obligándola a no tener consciencia de nada más que de los frenéticos latidos de su corazón. ¡Thloc, thloc, thloc! Una y otra vez. ¡Thloc thloc, thloc! Imparable y ensordecedor.

La habitación continuaba entre claroscuros, aparentemente sumida en la misma calma que encontró en ella cuando se acostó. Pero una vocecilla en su interior le decía que ahora en la estancia había algo diferente, algo que le impediría volverse a tumbar en la cama, cerrar los ojos y buscar de

nuevo el sueño. Algo... que la observaba, acechante y peligroso.

Esa vocecilla previsor, puede ser que fuese la voz de la conciencia o de un apocado espíritu de supervivencia, pretendía advertirla del peligro que corría, convenciéndola de que entregarse al sueño sería presentarse vulnerable e indefensa ante el enemigo que vigilaba. Porque estaba segura de que estaba al acecho. En alguna parte entre aquellas cuatro paredes, oculto entre las sombras, estaba espiándola.

Barrió las sábanas a un lado muy despacio deseando no hacerse sentir,

deseando que el febril golpeteo no fuera perceptible más allá de los límites de su cuerpo. Tan solo esperaba, ¡necesitaba!, ser capaz de localizar y poner nombre al ruido delator que la había despertado y puesto en guardia. Solo así conseguiría tranquilizar sus sentidos y su desquiciada imaginación, que a esas horas galopaba siguiendo el agónico compás del corazón, espoleados ambos por el miedo. Necesitaba confirmar que estaba sola en aquella habitación y que el ruido seguramente procedía del piso de arriba o de los crujidos de la madera con los cambios de

temperatura. Quizás del perro del vecino trotando y arañando las puertas, de las cañerías viejas que gañían como ánimas del Purgatorio, del camión de la basura trabajando de madrugada... ¡De cualquier parte menos de lo que en su interior sospechaba y temía!

De nuevo la punzada de advertencia cobró fuerza en su pecho, riéndose de ella: «No se trata de eso, idiota, ni perros ni cañerías. No estás sola.»

Deslizó los pies por el colchón, evitando incluso respirar, hasta que uno de ellos tocó el frío suelo de gres.

Una sombra negra y enorme se movió entonces al lado de la cama, con la rapidez suficiente para que se fijara en ella.

Fue lenta, demasiado lenta, aunque si dispusiera de la agilidad necesaria seguramente tampoco hubiera sido capaz de reaccionar a tiempo. A esas alturas todo el Universo conocía ya su elevado grado de torpeza y el modo en el que este se acentuaba en las situaciones de riesgo. Así que, cuando se dio cuenta, una prensa de acero se cernía ya con fuerza alrededor de su tobillo, inmovilizándola por completo. Ni siquiera gritó, ni siquiera pataleó;

sus sentidos, pese a estar alerta, permanecían abotagados.

Solo fue consciente de la oleada de calor que ascendió desde lo más profundo de sus entrañas hasta el pecho y la cara, y de la terrible bola que apretaba la boca de su estómago, amenazando con salir al exterior a borbotones o asfixiarla en el intento.

—Hola Clarita, ¿me has echado de menos?»

—¿Seguro que vas a estar bien? — preguntó Hugo, apostado bajo el dintel de la puerta de su apartamento. A continuación observó embelesado cómo Clara adelantaba el labio inferior en un resignado puchero, al tiempo que ponía los ojos en blanco y parecía perderse en sus divagaciones, cosa que solía suceder muy a menudo.

Partiendo de la base de que hacía menos de un mes de su llegada a Mallorca y que nada más poner pie en el

aeropuerto *Son Sant Joan* se había fracturado el derecho... podría decirse que su capacidad para estar bien y mantenerse a salvo era perfectamente cuestionable, pensó Clara, ignorando la pregunta de forma deliberada.

Desde que cruzara la pasarela del avión, sus dos *pies izquierdos*, eternamente descoordinados, no habían hecho otra cosa más que enredarse con las ruedas de los *trolleys* de los pasajeros que circulaban unos pasos por delante de ella. ¡Pobres incautos! No tenían ni idea de la hecatombe que iba a suponer cruzarse en su camino. Trastabilló un par de veces, como era de

esperar, empujó a unos y a otros y acabó por precipitarse por las escaleras mecánicas del aeropuerto provocando a su alrededor un revuelo de mil demonios, y a sí misma, una fractura metatarsiana y más cardenales que en el Vaticano.

Suspiró largamente pensando en ello. A otros les recibían en los aeropuertos con sonrisas, abrazos, pancartas y guirnaldas de flores para colgar al cuello. Ella solo podía aspirar a caerse en mitad de la escalera, por supuesto arrollando en el proceso a unos cuantos incautos viajeros y provocando tras de

sí un notable atasco de gente, para acabar gimiendo de dolor, aullando hubiera sido más fiel a la realidad, abrazada a un pie que se hinchaba por momentos, tan dolorido que se hacía inaguantable. Sí señor, eso era lo que cualquier mortal sensato denominaría *empezar con buen pie*, sobre todo tratándose, como era el caso, de empezar una nueva vida lejos del Infierno y olvidarse de todos los problemas que un pasado imperfecto como el suyo podía conllevar.

Casi sin darse cuenta los extremos de sus cejas se inclinaron en un gesto de resignación. En su afán por dejarlo todo

atrás había cometido la imprudencia de olvidar que el generador de problemas más inagotable y prolífico era ella misma: una muchacha de diecinueve años y apariencia insignificante. ¡Pero que nadie cometiera el error de dejarse engañar por su aspecto! Un solo parpadeo suyo podía ocasionar una reacción en cadena capaz de acabar con el Sistema Solar. ¡Ay, a esas alturas a Hugo no le cabría la menor duda de que la chica a la que se había empeñado en seguir era un perfecto desastre, una patosa redomada y un imán para las calamidades!

—¡Tierra llamando a Clara! ¿Me recibe? —Hugo chasqueó los dedos ante sus ojos reclamando su atención y ella se la concedió resoplando a su vez, apartando en el proceso un mechón lacio y demasiado largo que caía al descuido sobre su frente.

—Sí, estaré bien, puedes irte tranquilo —anunció como si se tratara de una conocida letanía. La mirada condescendiente de Hugo, mezclada con grandes dosis de indulgencia y escepticismo, la obligó a resoplar de nuevo—. Está bien —alzó teatralmente la mano derecha mientras descolgaba

los hombros—, prometo no incendiar el apartamento en tu ausencia, no provocar un holocausto nuclear... —sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa—, y tampoco soltar ese virus mortal que trajimos desde Galicia, capaz de infectar a toda la isla y de acabar con los mallorquines de un plumazo. *I promise*, querido Hugo.

Hugo jadeó de forma perceptible y meneó la cabeza mostrando su desaliento.

—Sabes que puedo quedarme si lo deseas. Telefonaré al curro y lo entenderán.

—No será necesario —le interrumpió, colocó las manos sobre los hombros de Hugo y lo empujó levemente, invitándolo a cruzar el umbral para abandonar la casa de una vez. Aunque en su fuero interno desearía que se quedara con ella todo el día y mandara a la porra el trabajo, y al resto del mundo en general—. Estaré bien —suspiró intentando sonar convincente. Ni ella misma se lo creía—, vete ya o llegarás tarde. Solo serán unas horas. ¿Qué podría pasarme en unas horas?

Hugo la miró alzando una ceja.

—¿En serio tengo que responderte a

eso?

Clara esbozó una sonrisa de tregua y, sujetándolo aún por los hombros, trató de voltearlo mientras lo empujaba.

—No olvides que llevo lastre, apenas puedo moverme, por lo que resulto totalmente inofensiva —se quejó, meneando la pierna derecha, perfectamente adornada con una bota de yeso por debajo de la rodilla y su consiguiente funda de neopreno azul—. No va a pasarme nada, lo prometo. Vete ya o *el alemán* se pondrá hecho una hidra.

Pero Hugo se revolvió para

permanecer frente a ella.

—Un alemán hecho una hidra o una novia en apuros... mmmm —frunció el ceño, se llevó dos dedos a la barbilla y levantó la mirada a la nada en ademán pensativo.

—¡Hugo! —se indignó ella, propinándole el empujón definitivo.

—¿Y así me vas a despedir? —protestó jugueteando, anclando los pies al suelo para observarla con una profunda mirada obsidiana a través del tupido arco de sus pestañas. La misma mirada que hacía que las terminaciones nerviosas de Clara se sacudieran en

febril descarga y su corazón se desbocara—. Ten en cuenta que me espera un largo día de trabajo bajo este sol isleño. Necesitaré un aliciente. — Aproximó su rostro al de ella, que se estremeció al notar su aliento cálido en la mejilla, y jugueteó con su nariz para hablar a continuación a escasa distancia de sus labios—. Un incentivo para soportar este calor abrasador y a la panda de *guiris* que me esperan ansiosos.

Clara gimió bajito, aquejada por el extraño delirio que la dominaba cada vez que Hugo se acercaba tanto, y un escalofrío la hizo estremecer

despertando de golpe sus sentidos.

Cerró los ojos, alzó la barbilla y separó los labios, abriéndolos para él como una flor que se abre al sol, permitiendo que la lengua de Hugo invadiera su boca para moverse suave, sedosa y sensual y acabar abrazadas ambas en un baile tan pasional como primitivo. Y el beso se hizo entonces irremediablemente más profundo, más urgente y menos casto.

Sin separar ni un instante su boca hambrienta de la de ella, Hugo deslizó las palmas abiertas por los costados de Clara hasta alcanzar la cinturilla del

pantalón de su pijama corto y acercarla con empeño para hacer de sus cuerpos uno solo.

Un ramalazo muy similar al que produciría una descarga eléctrica la recorrió de arriba abajo, reforzándose en su columna y extendiéndose a todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, hasta erizar el vello invisible de su piel y obligarla a apretarse contra él. ¡Dios, estaba loca por ese hombre! Y sin embargo...

«*No es el momento, no es el momento*», gritaba su cabeza, deseosa de cortarle el rollo. «*No estás*

preparada.»

Pero toda su piel ardía y las manos reptaban liberadas y autónomas por el cuerpo de Hugo ansiando tocar, sentir, acariciar. Y por más que su mente tratara de poner freno a sus impulsos, todo su ser era incapaz de resistirse a ellos.

No habían mantenido relaciones íntimas todavía, por más increíble que resultara a esas alturas o por más que muchos, de ser conscientes de ello, se hubieran tirado de los pelos burlándose de su mojigatería o de la tontería que se traía encima una chica del siglo XXI, de

diecinueve años, inteligente, liberada y que ni siquiera era virgen. ¡Pero no se trataba de mojigatería, prejuicios o temores de virgen a punto de consumir, por el amor de Dios! Si no habían llegado todavía al nivel del sexo era, simplemente y entre otras cosas, porque la aprensión que las anteriores experiencias sexuales de Clara habían grabado en su cabeza la llevaban a cerrarse como una ostra ante la posibilidad de verse repetidas. Sentía miedo y, a veces, cuando cerraba los ojos y se entregaba a las caricias de Hugo, olvidaba a quién pertenecían las suaves manos para imaginar que era

Álex quien la recorría entera. Entonces abría los ojos, chillaba, golpeaba absolutamente enloquecida el pecho de Hugo, tratando de soltarse del íntimo abrazo para retroceder espantada, rompiendo la magia y la fantástica burbuja del momento. ¡Santo Dios, había sido una chica maltratada y violada por su anterior pareja, y esa era una herida que tardaría en sanar!

Pero Clara sabía que aquella maldita situación entre los dos no sería eterna y que muy pronto iba a cambiar. ¡Por fuerza tenía que cambiar! Hugo era el chico más bueno y paciente que había

conocido, un diamante en bruto; y ella le deseaba de tal forma que no consideraba necesario ni práctico seguir postergando el momento mucho tiempo más. Y aunque a veces se sentía como una tímida virgen ante la posibilidad de su primera vez, sabía que con Hugo la experiencia iba a ser muy distinta a todo lo que hubiera conocido anteriormente con Álex, porque Hugo era dulce, tierno y delicado, y entre sus manos se sentía derretir como un trozo de mantequilla en pleno verano. Un trozo de mantequilla maleable en el que él podría hundir sus dedos y moverlos amasando a su libre disposición. Y de hecho, en esos

momentos, entre sus brazos, bajo sus besos y con esos pensamientos por bandera, empezaba ya a derretirse, a juzgar por ese ardor en las entrañas que amenazaba con arrastrarla a una combustión espontánea.

Hugo percibía la voz de su conciencia trabajando tan rápido como los latidos de su propio corazón. Pronto comenzó a sentir los irrefrenables deseos de hacerla suya a sabiendas de que no era el momento idóneo para ello. Tenía que irse a trabajar y además, su primera vez con Clara no iba a ser un *aquí te pillo aquí te mato* en el

vestíbulo. Desde luego que no.

Haciendo gala de una encomiable sensatez y reuniendo fuerzas de donde no creía tener, fue deteniendo, poco a poco, el sensual baile que sus bocas hambrientas habían llevado a extremos imparables. Estaba convencido de que Clara no se detendría esta vez y, en su fuero interno, no sentía el menor deseo de pararla, pero él debía ser razonable por los dos y poner fin a aquel arrebatado o acabaría arrepintiéndose de su necesidad de tomarla, de amarla como jamás la habían amado.

«¡Maldita sea!», pensó frustrado. «A

camino largo, paso corto, no debes olvidarlo o lo estropearás.»

Se separó de ella salpicando sus labios de besos suaves y fugaces, ignorando sus gemidos de protesta y sus brazos estirados ansiando retenerle, para apoyar finalmente su frente contra la de Clara, cerrar los ojos y suspirar. Clara también suspiró, pero en su caso el gesto obedecía a la frustración.

«No dejes que vea cuánto lo deseas, no seas tan sumisa, Clara, o te pondrás en evidencia», la reprendió con dureza su inoportuna voz de la conciencia. No obstante, era incapaz de ocultar el brillo

de sus ojos, mostrando así el anhelo y el deseo que se acumulaban en su alma renovada.

—Tengo que irme o de lo contrario un montón de *guiris* neuróticos, con sandalias y calcetines blancos, acabarán por arrancarse la cabeza los unos a los otros —y aquello sonó tan a lamento, que resultó evidente que a él también le costaba un mundo deshacer el hechizo del momento. Su deseo, al contrario que en el caso de Clara, siempre había estado ahí y la contención cada vez resultaba más difícil y cuestionable.

—¿Y eso sería malo porque...? —

ronroneó ella contra su cuello, haciendo caso omiso de la vocecilla interior que deseaba mantenerla a raya.

«¡Bruja malvada, no sabes lo que estás haciendo!», protestó Hugo para sus adentros antes de que sus labios formaran la siguiente frase:

—Porque después *el alemán* me la arrancaría a mí.

Sin más, se separó un poco para sujetarla por los brazos, besar su frente y mirarla a los ojos con aquellas insondables pupilas del color de la brea.

—¿Y qué haría usted, señorita Balboa, con un novio descabezado? ¿Me

lo quiere decir? —la mirada de él la hizo estremecer, y al instante se ruborizó hasta que su rostro quedó completamente teñido de escarlata. Una vez más tuvo que avergonzarse del poder que aquel chico ejercía sobre ella y sobre su voluntad, y de lo precarios que resultaban sus intentos por disimularlo —. ¿Qué vas a hacer para entretenerte el resto del día?

Clara gimió bajito y soltó el aire en una mueca de abandono.

—Pschhh —dijo, encogiéndose de hombros—. Leeré un poco, haré *zapping* —recitó, pretendiendo mostrar un

entusiasmo tan solo aplicable al mejor plan del mundo, tratando de obviar apostas que su mañana iba a ser, por el contrario, una auténtica birria—. No te preocupes, la televisión autonómica me ayudará a practicar el idioma, es probable que en una semana sea capaz de componer una frase completa en mallorquín...

—¿No te aburrirás?

Barajó una respuesta rápida capaz de obligarle a quedarse y continuar con su despliegue de mimos hasta acabar ambos consumiéndose bajo un mismo fuego, pero al instante la descartó,

dándose cuenta de que no estaba siendo justa. Su repentina urgencia, su deseo y sus ansias de él la empujaban a comportarse con egoísmo. Como una cría absurda víctima de un calentón. Y ella no era así. Puede que sí una cría, pero desde luego no una mente calenturienta ni desesperada. ¿O sí?

—Además tengo que hacer la colada. La pila de ropa sucia ya desborda el cubo —apuntó a desgana. La mejor respuesta para desalentarse ambos por completo—. Vete, anda, o llegarás tarde.

«Y yo cambiaré de opinión y ya no

te dejaré ir», pensó, mirándolo de arriba abajo mientras atrapaba el labio inferior entre los dientes.

Hugo alzó una ceja.

—Pues procura no caerte dentro de la lavadora, ¿quieres? Ni intoxicarte con el detergente en polvo —gimió con teatralidad cuando ella le propinó un codazo a modo de reprimenda—. En serio, no fuerces el pie, sabes que te recomendaron darle reposo y que si no andas con cuidado la fractura puede derivar en algo peor. —Clara suspiró. No lo olvidaba. El dolor que despertaba puntualmente a las cuatro horas de haber

tomado el último antiinflamatorio no le permitía olvidarlo. — Y tómate la medicación o no podrás soportarlo. — El puchero de resignación se vio truncado por el beso rápido que Hugo depositó sobre sus labios—. ¡Te quiero, mi pequeña calamidad! —exclamó antes de despejar el umbral, cerrando tras de sí.

«¡Pequeña calamidad!», protestó, chasqueando la lengua. «¡Qué romántico!»

Y el silencio más absoluto, carente por completo de romanticismo, se hizo en la estancia. Había estado sola durante

casi toda su vida, pero pocas veces sintió la soledad de forma tan profunda como en aquel momento. Parada delante de la puerta como un auténtico pasmarote, sintió dentro de ella un vacío demoledor, como si alguien hubiera abierto de repente una brecha en el pecho y a través de ella se sirviera con descarada libertad, desvalijando su interior de emociones y de sensibilidad para dejarla convertida en un harapo sin vida. Así se sentía sin Hugo. Dejó caer la cabeza hacia atrás y resopló, brazos en jarras y manos en las caderas.

—Bueno, Clarita, ya estás sola otra vez —susurró a desgana—, la princesa

coja en su palacio de verano.

De forma sistemática miró el mobiliario que la rodeaba y se miró a sí misma, no pudiendo evitar deslizar la vista, en primer lugar, a la aparatosa e indisimulable bota de neopreno azul que revestía el yeso de su pie. Y la imagen que vio se le antojó esperpéntica, grotesca e innecesaria. En realidad, siempre se había sentido así durante toda su vida: un artículo de atrezo que nadie sabe bien dónde colocar porque en ningún sitio parece quedar bien. Primero en el colegio, cuando no era más que una niña flaca y desgarrada con

el pelo demasiado largo y de continuo convertido en una maraña, una niña en la que nadie se fijaba si no era para burlarse de ella, de su tez mortecina, sus eternas ojeras, las oscuras pecas que salpicaban su nariz o su aspecto huesudo y desaliñado. ¡Si ni siquiera había tenido pecho o formas femeninas hasta más allá de los dieciséis!

Después, al lado de aquel *muscle man* de Álex, el tío bueno del insti, el que más molaba de toda la panda con su Saxo negro *vts* y sus poses de tío duro, de chulo de barrio en realidad, apoyado contra las columnas del patio para fumarse un porro a la vista de todos,

como prueba fehaciente de su desafío a la autoridad. Todas las chicas babeaban por él y todas se morían por dejarse ver a su lado. Porque estar con el chico malo otorgaba a la afortunada una popularidad inmediata. ¿Quién le iba a decir a aquella muchacha delgaducha, pecosa, desgarrada y sin tetas que la afortunada acabaría siendo ella? ¡Y menuda fortuna le había tocado con Álex Maciñeira!

Y ahora con Hugo, que si bien no era un tío despampanante como Álex, —sino más bien sencillo, delgado y fibroso—, seguía encontrándose a años luz de

aquella patosa redomada y sin estilo. Eso lo había constatado nada más conocerlo cierta mañana en la cafetería del campus, cuando el destino lo puso en su camino; lo había confirmado cuando visitó su piso de estudiante en Santiago y ahora tal certeza volvía a ratificarse ante la visión de aquel apartamento mallorquín emplazado junto a la playa de Es Trenc, en la pequeña población de Ses Covetes. Un apartamento con unas vistas espectaculares y completamente fuera de su alcance.

Se giró de golpe para dirigirse a la salita de estar con tan *mala pata* que, al hacerlo, derribó con la bota un elefante

de cristal de Murano, de un metro de alto, que presidía el vestíbulo. Jadeó, componiendo una mueca dolorida, maldijo entre dientes su gafe innato y cerró los ojos apretando mucho los párpados.

—¡Santo Dios! —lloriqueó, inclinándose para comprobar los daños—. ¿Es que no puedes dar un paso sin fastidiarla, Clarita, maldita sea?

Por fortuna, se había roto en dos partes, sin trozos pequeños, por lo que podría repararlo fácilmente con ayuda de un pegamento extra fuerte.

«Puff, eres como el rey Midas, solo

que en vez de convertirlo en oro, tú rompes todo lo que tocas.»

Mientras arrinconaba el estropicio lejos de la vista, empezó a cuestionarse qué demonios hacía allí y cómo Hugo había mostrado la poca de sensatez de llevarla a un lugar como aquel, a sabiendas de que podría reducirlo a escombros con un simple chasquido de dedos. Sin duda después de su paso por allí, la familia iba a necesitar de los Fondos Europeos al completo para arreglar todos los desbarajustes ocasionados bajo el sello Balboa.

«Hay almas que no pueden cambiar,

Clarita, aunque las maten. Deberías salir de aquí y no complicarle la existencia a Hugo. Piénsalo. Es alguien demasiado maravilloso como para que forme parte de tu vida después de haber conocido el Infierno.»

Gimió conteniendo un sollozo, se llevó las manos a la frente para retirar el pelo hacia atrás e intentó no romperse la cabeza con ello, aunque en el fondo sabía que llevaba haciéndolo cada día de las últimas semanas. Pero no podía largarse. Hugo la quería y ella le quería a él. Habían andado mucho en poco tiempo y no era justo rendirse a esas alturas de la película.

Meneó la cabeza tratando de apartar de sí aquella vorágine de negatividad que la rondaba al menor descuido y, avanzando a la pata coja con aquel pesado lastre en alto, alcanzó el sofá para dejarse caer de golpe. Allí tumbada, decidió pensar en otra cosa que no fuera en su *mala pata* o en plebeyas caóticas rescatadas por príncipes maravillosos, habitando hermosos palacios y rompiendo elefantes de cristal. Tenía tiempo para recomponerse puesto que él no volvería hasta media tarde, así que era momento de aligerar sus reflexiones y pensar en

otra cosa como, por ejemplo, en el calor abrasador de media mañana que le impedía salir a la terraza a ver los barcos pasar, o en lo mucho que le gustaría poder bajar a la playa, a menos de doscientos metros, y meter los pies en ese agua cristalina, color turquesa claro, con esos kilómetros y kilómetros de fina arena blanca y ese bosque de pinos y dunas detrás... pero claro, con esa *pata de palo* difícilmente podría hacer otra cosa más que quedarse en casa viendo las horas pasar. Suerte de aire acondicionado.

Hugo no tenía necesidad de trabajar. Sus padres poseían mucho dinero y

siempre se habían codeado con la gente guapa de Noia. Así se lo había contado en varias ocasiones cuando rememoraba su estancia en el chalet familiar y los lujos que solía concederse la familia Andrade.

Pero a pesar de los recuerdos de un pasado acomodado de niño bien, Hugo era un muchacho sencillo y accesible que nunca se las había dado de privilegiado, aunque bien podría hacerlo y nadie se hubiera extrañado de ello. Sus gustos eran como los de cualquier chico de su edad aunque, al contrario de la mayoría de los muchachos de

diecinueve años, él había podido disfrutar de lujos inimaginables: paseos en el velero familiar por la ría de Noia, vacaciones en sitios prohibitivos dignos de película y, por supuesto, un apartamento en el paraíso mallorquín a su libre disposición.

Con todo, Hugo seguía siendo un joven demasiado sensato y responsable como para vivir del cuento sin más y estaba claro que no iba a pasar un verano en Mallorca a costa de sus padres, sin dar palo al agua, hospedándose en el apartamento familiar y encima llevándose consigo a una invitada. Él jamás le hubiera echado

tanto morro a la vida porque, entre otras cosas, era un hijo perfecto y una persona maravillosa. En realidad, generoso en extremo y muy bueno con todo el mundo.

—Tú no tienes que hacer nada, ¿lo has entendido? Quiero que descanses y desconectes del pasado. Estás aquí para eso. Eres mi invitada, mi reina, y este será tu verano sabático... —le había dicho en un determinado momento de las casi dos horas de vuelo hasta la isla—. En realidad ninguno de los dos tenemos por qué trabajar, pero yo quiero hacerlo. Nos ayudará a ser independientes. No me siento a gusto aprovechándome del

dinero y de la situación privilegiada de mis padres. Agradezco su generosidad, pero prefiero hacer las cosas a mi manera. Creo que es lo mejor, y lo más justo. Me entiendes, ¿verdad?

Y ella lo entendía, por supuesto. Y se sentía orgullosa de que Hugo fuera un chico tan maduro y responsable. De hecho, ella se había propuesto en secreto hacer lo propio y trabajar de camarera en algún hotel o chiringo de playa, y que Hugo pusiera el grito en el cielo si quería, pero ni iba a ser una mantenida, ni iba a permitir que él solo cargara con la responsabilidad de trabajar por ambos. Ese había sido su

propósito más confidencial hasta que una aparatosa caída por las escaleras mecánicas del aeropuerto truncó sus planes y la convirtió en una lisiada.

Ahora era Hugo el único que pagaba los gastos de su estancia isleña, trabajando en un pequeño agroturismo cercano, encargándose de los caballos y de organizar rutas para llevar a los turistas a la playa o a pasear por los pinares. Era algo que se le daba muy bien y con lo que se sentía muy cómodo. Le encantaban los caballos, y los entendía, la presencia de estos animales en su finca coruñesa y su título de

monitor de equitación habían hecho lo demás. Eso, y su dominio de idiomas, puesto que Hugo hablaba con soltura alemán, inglés y francés.

Mientras tanto, ella permanecía allí recluida todo el día, por propia elección naturalmente, y aunque detestaba que al regresar a casa Hugo la encontrara ociosa, amargada y aburrida, ¿qué otra cosa podía hacer con aquel maldito trasto en el pie? ¿Salir a hacer footing? ¡Ja! ¿Apuntarse a clases de zumba? ¡Doble ja! ¿Hacer senderismo por las dunas? ¡Venga, con la pierna así posiblemente se mataría!

Reclinó la cabeza en el respaldo y un atrevido rayo de sol, tan madrugador como indeseado, lamió su rostro. Lo esquivó con inusual destreza, como un vampiro que rechazara la luz. Al menos si algo bueno podía tener su situación actual era el hecho de evitarle achicharrarse bajo el sol y los treinta grados mallorquines de finales de junio. Aunque lo de vivir a la sombra, limitándose a observar el ir y venir de turistas y domingueros a través de las cortinas de la ventana empezaba a resultar un poco... siniestro. Y ella empezaba a parecerse de forma espeluznante al protagonista de *La*

ventana indiscreta. Era un maldito pecado encontrarse en pleno paraíso terrenal y verse obligada por las circunstancias a permanecer encerrada en un apartamento de playa.

Cerró los ojos y recordó entonces lo que había sido su vida en las últimas semanas y en cuánto había cambiado a raíz de las decisiones tomadas. Pensó en cómo siendo una chica maltratada por su anterior pareja y a pesar de todo lo desastrosa que era, patosa y a conciencia, había tenido el valor suficiente de abandonar el Infierno y continuar adelante, una nueva vida, al

lado de un chico maravilloso. Casi un desconocido, cierto, pero un desconocido que la quería y que había demostrado estar dispuesto a luchar por ella y por su bienestar, siempre a su lado y no por encima de ella.

Por él, por ella, en pos de la esperanza y de la necesidad de renacer, había tenido el valor de largarse y de idear una arriesgada pantomima, como era el caso de su fingido suicidio en el cabo Finisterre para hacer creer a su agresor que había muerto.

Atrapó un cojín y lo abrazó, espachurrándolo contra el pecho.

—Deja ya de compadecerte, Clarita, has sido valiente y debes seguir demostrando al mundo, y a ti misma, que lo eres —se regañó a media voz—. Si Lenny estuviera aquí te daría una colleja que te pondría a bailar. —Dicha mención la obligó a abrir una boca enorme, desorbitar los ojos y llevarse una mano a los labios para tratar de ocultar tan desmesurada oquedad—. ¡Oh, mierda, Lenny, Lenny!

¡Santo Dios, qué negligente había sido! ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos semanas, tres? En esos momentos Lenny, su única y mejor amiga,

seguramente estaría furiosa hasta el punto de arder en deseos de arrancarle la cabeza de un bocado. ¡Y sería justo!

En su defensa solo podía alegar que todo había sucedido demasiado rápido, quizás a causa de la urgencia de la situación o lo desesperado de sus necesidades, pero al fin y al cabo de forma demasiado precipitada como para ser asimilado con naturalidad por su habitual funcionamiento torpón: el plan de escape (ahora mirado fríamente parecía sacado de una película o una novela policíaca), el vuelo a Mallorca, el huir dejándolo todo atrás... y la posterior caída en el aeropuerto.

Imposible para la liviana Clara Balboa ofrecer una respuesta coordinada y coherente.

—¡Mierda! ¡Va a matarme, va a matarme y con razón! —Buscó entre los cojines y el respaldo del sofá, en el hueco entre los asientos y bajo los reposabrazos, maldiciendo una vez más su despiste y su capacidad innata para meterse en líos—. ¿Dónde rayos estás, aparato del Demonio?

Al cabo de un rato de búsqueda desesperada e infructuosa y una carga de conciencia que ya empezaba a pesar de más, encontró al fin el objeto de sus

desvelos y una sonrisa forzada ensanchó su rostro.

—*Alea jacta est.* Y que sea lo que Dios y Lenny quieran.

Marcó apresuradamente el número y esperó a que diera tono, una vez, dos veces, tres, cuatro. Casi suspiró de alivio cuando el pitido cesó y escuchó una voz muy querida al otro lado.

—¿Lenny? ¡Adivina!

Aparte de Hugo solamente existía otra alma capaz de tolerarla y entenderla. Y esa alma, por más enfadada que se encontrara, estaría dispuesta a escucharla. Siempre lo

estaba.

Lenny oprimió el botón de *finalizar llamada* al cabo de hora y media de conversación ininterrumpida. La última vez que había tenido noticias de Clara y Hugo había sido minutos antes de que subieran a aquel avión que les llevaría a cruzar el mapa, a merced de un plan de lo más descabellado.

¿Un suicidio? Apostaría su sueldo de la cafetería a que la idea había sido de la cabecita loca de su amiga, solo a ella se le hubiera ocurrido urdir una trama

tan... novelera. Le pegaba tanto que cualquiera que la hubiera conocido un poco asociaría tal resolución a su inflamada imaginación. Por fortuna, y dado el caso, muy pocos se habían molestado en conocerla.

Desde aquel día no había vuelto a saber nada de ellos, y aunque casi se vuelve loca intentando hablar con cualquiera de los dos, sus intentos habían resultado inútiles. En todo ese tiempo no había sido capaz tampoco de escuchar al otro lado de la línea telefónica otra voz distinta a la de la operadora asegurándole que el número marcado no existía. En su fuero interno,

Lenny rezaba cada día cuanta plegaria conocía, a pesar de lo poco que le gustaba rezar, y rogaba por que nos les hubiera pasado nada. Vivía en un sinvivir esperando que las noticias anunciaran algún tipo de siniestro aéreo que afectara a la ruta entre Galicia y las Baleares y respiraba hondo cuando sus temores no se confirmaban. Pero al mismo tiempo que su miedo a perderlos se iba aplacando, crecía su desasosiego al no conocer nada en absoluto sobre su paradero. ¿Cómo se les había ocurrido desaparecer sin más tras tomar el avión? ¿Cómo podía estar ella segura de que

estaban en Mallorca disfrutando del verano y no en cualquier otro sitio, tal vez en peligro...? ¿Cómo se habían podido olvidar de ella?, se había preguntado, sintiendo los primeros coletazos de un enfado monumental. ¡Oh, desde luego debería ser ella la que dejara de hablarles y los borrara para siempre de su memoria y de sus contactos!

Y, desde luego, había pasado aquellas primeras semanas muy dispuesta a hacerlo. Luego se había reblandecido un poco y solo había considerado seriamente la posibilidad de cortarle los huevos a Hugo y darle

una buena colleja a aquella pequeña insensata.

Cuando aquella mañana vio la llamada entrante de un número desconocido, no pensó que fueran a llegar buenas noticias. Una vez Clara se hubo identificado con un cómico «¡adivina!», y solo después de obligarla a escuchar una súper bronca, a voz en grito, por mantenerla en vilo y sin noticias durante semanas, le permitió, o más bien le exigió, que le pasara un detallado informe de todo lo que les había acontecido durante ese lapsus de tiempo. Solo así consideraría la

posibilidad de disculpar tamaña dejadez.

Por supuesto, Clara le explicó que el móvil de Hugo descansaba en el fondo del mar de Finisterre y el suyo había sido abandonado en aquel acantilado como prueba de su desaparición. Desde entonces habían permanecido incomunicados. Tan solo unos días antes Hugo había ido al pueblo de Campos para hacer un nuevo contrato y conseguir dos teléfonos.

Lenny no quedó satisfecha del todo con la explicación, pero tenía tantas ganas de saber de ellos que no tuvo el

ánimo suficiente como para permanecer furiosa más tiempo del estimado oportuno, para el caso, nada más allá de los diez minutos de obligada regañina. Guardaba demasiadas preguntas y demasiadas reprimendas en el tintero como para dejar pasar la oportunidad de desfogarse. Y tampoco iba a arriesgarse a molestarla demasiado, no fuera a ser que se indignara y decidiera colgarle.

Hablaron hasta que se les secó la lengua, hasta que los silencios empezaron a llenar los espacios y los temas de conversación a escasear, y solo cuando Lenny colgó, la realidad se atrevió a romper la burbuja rosada y

avainillada que las había mantenido a ambas abstraídas durante hora y media para golpearla de pleno en el rostro. Y la realidad venía acompañada por un nudo en el estómago, una punzada de alerta y una mirada horrorizada.

Cuando Clara le dijo que se había caído en el aeropuerto no pudo menos que llevarse las manos a la cabeza temiéndose lo peor. ¡Y por más descabellado que resultara pensarlo siquiera, ella estaba convencida de que no debería haber ido al dichoso hospital! Álex era celador, podía fácilmente tener acceso a su historial

médico y rastrearla hasta dar con su paradero. ¿En qué demonios estaban pensando como para pasar por alto algo así? ¿Acaso la mente novelera de Clara había sido capaz de obviar dicha posibilidad? ¿Acaso no se daban cuenta de que en todas las pelis chungas pasaban cosas de ese estilo?

Luego meneó la cabeza razonando que ella no había tenido la culpa, que no se había fracturado a propósito y que estaba en su naturaleza ser una gafe redomada. ¿No es cierto acaso que al perro flaco jamás le faltan pulgas? Y en el caso de Clara, lo suyo era pura infestación. Además, ¿qué clase de

persona no siendo un boina verde, *Bear Grylls* o *Chuck Norris* sería capaz de fracturarse un pie y no buscar asistencia médica?

Se llevó los dedos a las sienes y masajeó la piel con insistentes movimientos rotatorios. Había hecho lo correcto, fracturar un hueso e ir al hospital era algo incuestionable en el siglo XXI y solo un necio, o una mente desconfiada como la suya, pensaría lo contrario.

—No seas paranoica, por Dios, Clara está en la otra punta, a salvo, ese estúpido no tiene ni idea de que sigue

viva y mucho menos de dónde está —se repetía Lenny a sí misma, una y otra vez, y suspiró en profundidad obligándose a convencerse del peso de su razonamiento.

—Clara y Hugo están a salvo, nadie sabe dónde están. Solo los padres de Hugo y yo somos conscientes de su paradero, nadie más...

Con ese mantra por bandera se situó de nuevo sobre la esterilla para recuperar la posición inicial de su interrumpida sesión de yoga, sentándose sobre las nalgas, cruzando las piernas y manteniendo recta la espina dorsal.

Entonces cerró los ojos y trató de poner la mente en blanco, pero un batiburrillo de ideas descontroladas y posibilidades a considerar la bombardearon de golpe, entremezclándose con la presencia de rostros conocidos y queridos y otros no tanto.

Álex se coló en su cabeza como esa sombra funesta que amenaza la posibilidad de un agradable día de sol. Álex, Álex, Álex. Abrió los ojos de golpe e intentó convencerse de que aquel cretino no perdería el tiempo con ideas maquiavélicas, rastreos absurdos y espionajes al más puro estilo Bond; si realmente hubiera albergado sospechas

en algún momento, hubiera actuado como hacía siempre: como un toro desbocado embistiendo a la desesperada. Eso en el caso de que albergara alguna sospecha, lo que, después de la aparición de la noticia en la prensa escrita, en la radio y en la televisión gallega, no resultaba muy lógico de considerar.

Para todos, Clara se había suicidado, y punto. No había por qué buscar dobleces donde no las había. Y Álex debía sentirse lo suficientemente responsable de su muerte. Ni siquiera había dicho *esta boca es mía*. Pero

claro, no había que ser muy listo para intuir que el suicidio de Clara obedecía a un intento desesperado por acabar con el infierno que era su vida al lado de aquel ogro.

De hecho no había acudido a ella, la única amiga de Clara que él conocía, para cerciorarse o exigir respuestas, algo que Lenny había esperado desde un primer momento. Tampoco se había sentido vigilada, así que era más que probable y lógico que hubiera dejado ahogar el asunto, junto al recuerdo de Clara, entre las aguas de Finisterre.

«*Mejor así*», pensó Lenny cambiando

la postura de yoga con extremada lentitud, «*la felicidad de Clara y Hugo depende, en gran parte, de la ignorancia de Álex y de su convencimiento absoluto de la muerte de su novia.*»



«—*Clara, cariño, alegra esa cara, al fin y al cabo no vamos a ningún entierro, ¿verdad?*

La madre de Clara volvió el rostro para mirarla desde el asiento delantero

del coche, pero ella desvió los ojos hacia la ventanilla y afianzó los brazos con fuerza sobre el pecho para tratar de enfatizar su disgusto, por si acaso era posible que a alguno de los ocupantes del vehículo se le hubiera pasado por alto.

—Pues preferiría ir a un entierro antes que a donde vamos —protestó. Poco podía sospechar que acabaría lamentando aquellas palabras por el resto de sus días.

—No hables así a tu madre, Clara —la regañó el padre con indulgencia, observándola a través del retrovisor—.

A todas las chicas de tu edad les gusta ir de tiendas, ¿no?

—Puede. Yo preferiría ir a una librería, si me dierais a elegir, pero como no... —se encogió de hombros, enfadada—, pues tengo que resignarme al poder de la autoridad.

La madre suspiró y devolvió la mirada al frente.

—Ya te has comprado tres libros esta semana —comentó resignada—, así que no veo qué hay de malo en dedicar un par de horas a renovar tu armario. ¡No creo que sea tan grave, hija! Pronto empezará el curso y tus

zapatillas está que dan pena.

En un acto instintivo Clara se miró la puntera de sus Converse negras. La goma estaba un poco rozada y ennegrecida, sí, y la lona descolorida. Más que negra parecía gris, pero por lo demás...

De pronto su madre se llevó las manos a las sienes, algo que hacía cada vez que sufría los preludios de una migraña o la ligera sospecha de estar perdiendo la batalla, y su voz pasó a adquirir un tono desinteresado.

— ¡Oh, Manuel, habla tú con ella, por el amor de Dios, siempre ha sido tu

niñita así que hazla entrar en razón!

Clara arrugó la nariz. Su madre siempre recurría a su padre para obligarla a transigir, consciente de la debilidad que sentían el uno por el otro. Eso era juego sucio y una treta muy manida por parte de la mujer.

—Tu madre tiene razón —concedió el padre—. Tus zapatillas están hechas un asco y ¿tú te has visto los vaqueros? ¡Tienen agujeros por todas partes!

Clara se miró los pantalones. Efectivamente, los bajos estaban descosidos y llenos de hilos sueltos, y en varias zonas de las perneras se

había ido desgarrando la tela a causa del roce y el desgaste. No eran rotos a la moda, sino a causa del uso, lo que significaba que aquella prenda le gustaba y la usaba mucho. Que estuviera rota o gastada le confería... personalidad. Además, donde los rotos eran más grandes, los había disimulado empleando imperdibles, lo que le otorgaba un cierto toque punk.

—Papá, ahora se llevan así. Hay gente que paga una pasta por pantalones llenos de rotos. Incluso las grandes marcas se han decantado por incluirlos en sus modelos.

—¿Pagar por unos pantalones hechos trizas? ¿Dónde vamos a parar?

—Negó con la cabeza, pero una amplia sonrisa adornaba su rostro—. Vamos a comprarnos un par de vaqueros, ¿te parece?

—¡Papá...!

—Solo un par, para que tu madre se quede tranquila —y le guiñó un ojo a través del retrovisor. Clara replegó los labios y contuvo una sonrisa.

—¡Y unas zapatillas nuevas! —apuntó su madre, metiendo la nariz—. A ver si así dejas de tener pinta de perro flauta.

—¡Mamá!

—Lo de las zapatillas puede ser negociable. Lo de los vaqueros, no — intercedió el padre— No voy a exponer en el instituto a mi niña de quince años...

—Dieciséis... —interrumpió.

—Quince, te falta una semana para cumplir los dieciséis —cortó la madre, con los ojos achicados a causa del incipiente dolor. El padre sonrió y continuó su razonamiento.

— No voy a exponer a mi niña ante un montón de chicos en pleno apogeo hormonal a los que se les vayan los

ojos a la carne que dejan entrever esos rotos. ¡Si hasta se te ve el trasero!

—¡Papá, a ninguno de los chicos del insti le interesaría perder el tiempo mirándome, y mucho menos a mi trasero! —exclamó, esta vez frustrada ante aquella realidad. Además, estando al lado de la despampanante Lenny, su mejor amiga, nadie repararía jamás en ella.

—Eso espero, o de lo contrario tendrán que enfrentarse a un Balboa muy cabreado —exclamó risueño, y al hacerlo no pudo evitar dirigir una mirada cómplice a la niña de sus ojos a

través del retrovisor.

Clara correspondió al guiño a pesar de su interés en parecer debidamente disgustada, y su pequeña concesión hizo muy feliz a su padre durante los segundos que sus miradas se encontraron en el espejo. Demasiados segundos en realidad para no prever lo que se les venía encima.

El grito desgarrador de la madre los devolvió a la realidad; un brusco volantazo a la derecha y cuando Clara dirigió su mirada al frente no pudo ver ya más que la defensa enorme de aquel camión empotrándose literalmente

contra ellos.»

—¡Papá...! —Clara despertó gritando, víctima de una nueva pesadilla.

Era una consecuencia inevitable de lo que sucedía cada vez que se quedaba dormida tras tomar sus pastillas para el dolor, de las cuales no podía zafarse, por suerte o por desgracia. Necesitaba sus antiinflamatorios cada cuatro horas para paliar las molestias del pie, era eso o acabar subiendo por las paredes de puro tormento, y el efecto sedante de los calmantes la mantenía además parte del día y toda la noche sumida en una

inevitable nebulosa presta a las ensoñaciones.

Y, efectivamente, desde su llegada a Mallorca vivía entre brumas, atrapada en pequeñas introspecciones que le devolvían retazos de un pasado que deseaba olvidar y que creía ya desterrado en lo más profundo de su mente. Tan solo la presencia de Hugo, provocando en su cuerpo reacciones tan acaloradas como la de esa mañana, ofrecía algún aliciente a una existencia aderezada cada día por alguna nueva pesadilla que arrastraba hilillos de recuerdos. Cuando despertaba, esos hilillos quedaban pegados a su memoria

como harapos de nubes de azúcar entre los dedos.

—¡Oh Dios, mamá, papá...!

Todavía tardó un rato en situarse y darse cuenta de que no se encontraba en el interior del vehículo aquella maldita tarde, sino tumbada en el sofá, frente a una tele de plasma que emitía un programa del corazón donde todos gritaban como locos y parecían a punto de pelearse.

Jadeando, se llevó las manos al rostro y al cuello para secarse los restos de sudor y lágrimas. La nuca estaba empapada y el cabello permanecía

pegado a la piel en esa zona. También la camiseta permanecía mojada y adherida a la espalda. Sí, el sueño había sido agitado esta vez y tan real que le parecía estar todavía atrapada dentro de él. De hecho el corazón golpeaba tan fuerte que parecía a punto de traspasar la coraza que le protegía para lanzarse al exterior y huir de una vez por todas de aquella sarta de desgracias.

Cubrió los ojos con las manos y rompió en un llanto agónico que la obligó a hipar y a respirar de forma entrecortada. ¿Cuánto tiempo más iba a estar obligada a recordar? ¿Cuánto tiempo más las imágenes iban a pasearse

por su cabeza para torturarla sin piedad?

Pero no había respuestas que le ofrecieran consuelo. Ya se había despertado, sus ojos permanecían abiertos de par en par y sin embargo las escenas seguían pasando ante sus ojos como los fotogramas de una película. Aquella maldita tarde de compras sus padres habían muerto de forma instantánea, mientras ella, por alguna odiosa broma del destino, había salido ilesa. ¿No resultaba ridículo que *doña pupas* hubiera salido tan solo con unas cuantas magulladuras de un accidente mortal?

Las imágenes de la tragedia se agolparon en su cabeza como si estuvieran grabadas a fuego sobre el lienzo de su mente y pudo recordar con nitidez la voz grave del bombero que la arrancó de aquel amasijo de hierros completamente retorcidos.

«*¡Muchacha, muchacha! ¿Me oyes?*»

Recordó que acababa de despegar los ojos, que le dolía la cabeza horrores y que apenas podía fijar la mirada y enfocar. El hombre uniformado parecía darse bastante prisa por sacarla de allí, y le hablaba y la entretenía intentando captar su atención, buscando su mirada

para traerla de vuelta de entre la bruma.

«*Muchacha, mírame, ya ha pasado. ¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? Mírame, chiquilla, ahora estarás bien.*»

Un gran estruendo empañaba la atmósfera, como el zumbido siniestro de un enjambre despiadado capaz de asolarlo todo a su paso. Procedía de sirenas aproximándose y del chirrido ensordecedor de algún tipo de máquina cortando metal. Y tal caos acústico conseguía atronarla y provocaba que las sienes parecieran a punto de estallar, pues su cabeza rechazaba tal invasión para desear tan solo un poco de paz. Su

corazón martilleaba como un loco en el pecho, el cuerpo entero permanecía embotado, laxo y dolorido como si acabara de atropellarlo una manada de elefantes, y además, algo líquido y caliente resbalaba por un lateral de su cara, podía notarlo perfectamente. Así que no creía a aquel hombre. No iba a estar bien, nada bien.

Apartó los ojos de la mirada tranquilizadora del bombero y sacó fuerzas de no supo dónde para mirar en torno y percibir que lo que quedaba a su alrededor, humeante y maloliente, retorcido y extraño, apenas podía identificarse como los restos de un

vehículo que hasta hacía escasos minutos circulaba perfectamente. El coche de sus padres. Las entrañas se le revolvieron de golpe, apurando las ganas de llorar, de gritar, de morirse allí mismo.

«¡*Muchacha, mírame, estás a salvo!*»

La voz imperiosa del bombero la reclamaba de nuevo, exigiendo que sus sentidos se concentraran solamente en él y en nada más. Con sumo cuidado le desabrochó el cinturón y la sacó del asiento para llevarla en brazos con ligereza, como quien sostiene una pluma,

aunque en realidad sus cuarenta y cinco kilos de peso no podrían suponer demasiado obstáculo para aquel cuerpo de acero. Quiso hablar, preguntar por sus padres, gritar su angustia y su desesperación, pero sentía la boca pastosa y estaba tan cansada que apenas fue capaz de despegar los labios. De hecho apenas era capaz de enfocar a través de sus párpados entornados y del terrible dolor de cabeza que la mantenía atolondrada.

Dejando el cuello laxo y la cabeza descolgada como la de una muñeca rota, consiguió mirar lo que dejaba atrás mientras su salvador la alejaba a toda

prisa de donde quiera que estuvieran. Su pecho sufrió una opresión insoportable al vislumbrar el monstruoso camión que, apenas intacto, se fundía con los restos de una espantosa mole negra. No era capaz de creer que ella hubiera formado parte de aquel escenario hasta hacía escasos segundos.

Armados con máquinas chirriantes que despedían chispas por doquier, vio además a algunos hombres ataviados con trajes fosforescentes que se afanaban en trabajar rápido. El olor a gasolina y a hierro quemado invadió sus fosas nasales y le produjo una arcada.

Al intentar llevar su maltrecha mano a la boca, un destello a un lado del amasijo llamó su atención. Un plástico dorado ondeaba ligero sobre dos bultos echados en el asfalto.

—¿Mamá? ¿Papá?...

De repente, como si una de aquellas chispas hubiera iluminado su mente, sintió que su mundo se venía abajo. Era como si le hubieran quitado un brazo, pero peor. Le habían quitado un trozo de alma, un trozo de corazón. El puto mundo seguiría siendo el mismo, seguiría en su puto lugar, en su puto sitio, todos continuarían adelante como

si nada. Serían ellos, sus padres, los que ya no estarían en él.

La fuerza en sus extremidades laxas reapareció, empujándola a patalear y a pelear como una posesa, también a chillar y a llorar en un intento de liberar su frustración y gritar al mundo que estaba furiosa con él. Ella contra el mundo. Y el mundo entero sobre ella. Porque acababa de comprender que nunca más, por mucho que quisiera, volvería a verlos. Jamás volvería a tenerlos a su lado.

El hombre la sujetaba con firmeza y, cuando quiso darse cuenta, aquel empuje

repentino, violento y engañoso por poco constante, la abandonó, y una negrura espesa la engulló de nuevo. Y ya no fue capaz de recordar nada más.

Rendida, agotada y desolada, se dejó caer de espaldas contra el sofá, cerrando los ojos y deseando que los fatídicos recuerdos del pasado se diluyeran en un suspiro. Si al menos no tuviera ese horrible lastre en el pie podría levantarse y echar a correr sin rumbo con el único fin de huir de las pesadillas que la devoraban. Lejos, lejos, lejos.

Pero ni siquiera disponía de ese

aliciente puesto que la escayola la convertía en un cuerpo más pesado, lento y torpe de lo habitual. Por lo tanto, huir no era viable.

Solo le quedaba cerrar los ojos y soportar con entereza aquellas oleadas de recuerdos que se empeñaban en hacerla flaquear. Mantenerse firme era el propósito, pero escapaba a su control el abatimiento que se apoderaba de sus fuerzas cuando menos lo esperaba.

En aquel momento luchaba por ser fuerte, por impedir que sus sentimientos y las experiencias vividas en el pasado dominaran su existencia, pero era

difícil, muy difícil. Había cosas en su vida que le parecían tan injustas...

Se limpió las lágrimas del rostro a manotazos, tratando de infundirse algo de valor para afrontar la pesadilla que acababa de sufrir, para plantar cara al recuerdo de unos padres a los que necesitaba en esos momentos y a los que jamás volvería a tener. Sin embargo, pese a su lucha interna, pese a volcar sobre su determinación las pocas energías que le quedaban, la presión del pecho no cesaba, las lágrimas no cesaban, el dolor no terminaba. Sí, era todo tan injusto...



—¡Hola, preciosa! Hoy también llegaré tarde —tecleó Hugo a toda prisa. Esperó unos segundos a que la pantalla le confirmara que Clara estaba escribiendo un mensaje en respuesta pero, para su sorpresa, después de haber permanecido en línea unos instantes, Clara dejó de estar conectada. Probablemente estaría disgustada con él.

Hugo detestaba dejar a Clara tanto tiempo sola, y más en su situación actual, con ese pie inmovilizado y la

moral tan baja. Era algo con lo que no había contado cuando aceptó el trabajo en el agroturismo, una labor que se suponía sería solo media jornada y le concedería un buen sueldo y mucho tiempo libre, pero uno de los empleados que cubría la tarde se había despedido y ahora el trabajo le desbordaba y, casi a diario, se le hacía más tarde de lo deseado.

Esa tarde el último grupo de ingleses le había enredado hasta lo indecible y, a última hora, en confabulación con *el alemán*, habían organizado una visita a las Cuevas del Drach fuera de agenda, así que le habían complicado sus planes

de regresar a casa para cenar junto a Clara, puesto que dichas cuevas estaban a bastantes kilómetros, había que meter a los *guiris* en el microbús, llevarlos hasta Porto Cristo y un largo etcétera. Le había dicho en su mensaje de *whatsapp* que cenara sin él, que ya picaría alguna cosa cuando llegara, pero no sabía a qué hora iba a regresar y eso no debió de sentarle nada bien. Ni siquiera le había contestado...

Clara, Clara, Clara. Desde luego aquel no estaba siendo el verano de ensueño que le había prometido. En primer lugar se fracturaba un pie, lo que

reducía al máximo su movilidad y sus posibilidades de entretenimiento, y ahora él mismo le fallaba dejándola sola demasiadas horas en un lugar desconocido y del que no podía escaparse. No pudo evitar sentirse culpable, aunque no tuviera culpa alguna.

La pobre debía sentirse igual de atrapada que en aquel maldito piso de Santiago y era algo que él no iba a permitir. Le había prometido una vida feliz y eso era lo que iba a darle. Porque no había nadie en el mundo que mereciera la felicidad más que ella.

Decidió al instante que hablaría con su jefe, *el alemán*, en cuanto tuviera ocasión. Le exigiría más contratación de personal o, de lo contrario, acabaría por abandonar. Y él no era de los que abandonaban, pero Clara estaba por encima de todo.

Agachó la cabeza, se guardó el móvil en la chaqueta y apretó los labios. No quería verla sufrir, no quería que se enfadara con él, no quería que le mirara con la decepción pintada en sus ojos color chocolate cada vez que regresaba a casa y ella permanecía despierta, lo que sucedía cada vez en menos

ocasiones debido a lo intempestivo de sus horarios. Normalmente, a su llegada, ella estaba ya en la cama, con la tele encendida mientras dormía.

Se llevó la mano al pelo y se lo peinó con los dedos con fruición. Sus amigos se reirían de él, por eso había optado por no dar señales de vida más que a sus padres y a Lois, su antiguo compañero de piso. Él era el único competente del grupo. Los demás le dirían que era un estúpido redomado y un calzonazos. Ya los estaba viendo agarrándose los estómagos para no desencajarse de la risa. Y sabía lo que le dirían. Que lo había dejado todo para seguir a una

chica complicada, sacrificando lo que podía ser un verano de lujo para convivir con ella, sin obtener a cambio ningún *beneficio*. Ni siquiera se había presentado a los finales por huir con ella a Mallorca. Sí, ya podía oírlos preguntándole qué clase de santo mártir aspiraba a ser. O si acaso se había vuelto tan gay como para dormir cada noche con la misma chica y no tocarle ni un pelo. ¡Lo tenía a huevo, le dirían, y no estaba sabiendo aprovecharlo!

Con total seguridad lo tacharían de loco. Y lo estaba. Loco por ella. Porque por más que cada día la deseara con

desesperación, por más que su cuerpo reaccionara a su cercanía con una pasión ya difícilmente contenida, él se sentía afortunado simplemente por despertar cada mañana al lado de la chica de sus sueños. No todos podían conseguirlo y él lo había hecho. Verla despertar con el sueño velando sus preciosos ojos y que esa mirada se fijara en él antes que en cualquier otra cosa en el mundo, era un premio maravilloso por el que valía la pena cualquier sacrificio.

Y por encima de todo estaba ese brutal instinto de protección que lo pegaba a su sombra de forma inevitable. Si ella pudiera ser más autónoma y

menos desastrosa quizás él pudiera relajarse un poco y sentirse menos inclinado a cuidar de ella todo el tiempo. Pero el caso era que Clara tenía un imán para los problemas y con ella, despistarse un segundo, significaba arriesgarse a verla sufrir cualquier calamidad.

Meneó la cabeza, se humedeció los labios y se permitió divagar un poco más sobre sus sentimientos. Todo se reducía a Clara. Era pensar en ella y, como si fuera un adolescente, cientos de mariposas aleteaban agitadas en su estómago.

Compartir la cama con ella cada noche era como flotar en el cielo. Abrazarla y aspirar el perfume que desprendía su cabello se había convertido en un ritual perfecto y casi mágico antes de dejarse envolver por el sueño. Esos momentos los atesoraba pues, en cuanto Morfeo los acunaba entre sus brazos, la situación solía escapársele de las manos. La felicidad, la paz y la perfección del momento más esperado del día acababan diluyéndose como bruma entre los dedos y, de repente, el idilio de ensueño que los abrazaba acababa por convertirse en un nebuloso halo de fantasmas acechantes.

La oscuridad se había convertido en el peor enemigo de Clara y las pesadillas la visitaban con una frecuencia arrolladora. Al principio, cuando sus repentinos despertares se tornaban violentos y arremetía contra él con uñas y dientes, creyó que se trataría de algo puntual, parte de una etapa, que a base de paciencia y tesón podría calmarla, que su presencia acabaría por tranquilizarla, y que atraerla hacia su pecho para consolarla sería una buena idea. Pero pronto comprendió que sus pesadillas la dominaban hasta el extremo de mantenerla ajena a la

realidad durante el tiempo que duraba su traumático despertar. Luego, arrepentida por la violencia que empleaba contra él, llorosa y abatida, se dejaba caer sobre su pecho, rogando su perdón, disculpándose una y otra vez sin necesidad alguna.

Qué impotente se sentía en esos momentos, pensó, incapaz de comprender que solo el tiempo podría curar las heridas que sangraban en el interior de Clara.

Cuando, después de un desconsolado llanto, ella volvía a dormir, Hugo se sentaba a velar su sueño, preparado para

aguantar un nuevo y violento despertar. Y era entonces cuando se permitía descargar su pena en un silencioso lloro que trataba de contener a manotazos. Dolía mucho ver cómo la chica de su vida, a la que entregaría la suya propia si fuera necesario, se consumía delante de sus narices. La amaba tanto que mataría por una sola de sus sonrisas, por un solo sueño sin pesadillas.

Una pareja de *guiris*, cuarentones con demasiado sol en el cuerpo, pasó por su lado, ignorando la presencia de Hugo por completo. El hombre sujetaba a la mujer por la cintura con una mano, y con la otra trataba de tocar algo más de

carne de la prominente delantera enrojecida de la rubia. Hugo sonrió sin humor ante la escena y sus pensamientos viajaron raudos hasta la suave piel de Clara. ¡Qué maravilloso era tocarla! Su cuerpo se encendía con solo pensar en acariciar cada centímetro de aquella tersa y delicada superficie de seda y nácar.

—No vayas por ahí, Hugo —se reprendió, sabiendo que la intimidad con Clara no iba a ser posible hasta que no sanaran algunas de sus heridas más superficiales.

Sin embargo, no podía evitar pensar

en los preciados momentos compartidos, donde ella se había prestado a seguirle el juego. ¡Aquella misma mañana incluso se le había insinuado, sucumbiendo a su beso! Pero él había sido sensato y había frenado a tiempo, pues ya sabía lo que sucedería luego. Los besos lentos y sedosos cobrarían mayor intensidad, las caricias inocentes se tornarían más rudas, más necesitadas. Sus cuerpos comenzarían a reconocerse y a exigirse un contacto donde no cupiese el aire entre ellos; Clara, en un principio, aceptaría sus avances de buen grado y él le proporcionaría los comienzos de algo glorioso. Y, de

repente, ella se sumiría en un extraño trance que la haría presa del pánico más terrible. Su cuerpo dejaría de reconocerlo, sus manos pedirían distancia y sus ojos desenfocados parecerían estar viendo a otra persona que no era él. Parecerían estar contemplando a la personificación del mal.

¿Qué podía hacer él? Al principio había sido dulce y comprensivo. La deseaba, la amaba, sus días y sus noches estaban repletas de imágenes de ella riendo, disfrutando, gimiendo bajo sus caricias y compartiendo con él

momentos únicos entre mares de sábanas. Necesitaba hacerle ver que él no era la persona que le había destrozado la vida y que su principal cometido en el mundo era recomponer los pedazos que quedaban de Clara Balboa. La mimaba, la consentía, la adoraba a cada segundo de su reloj, y ella le correspondía, pero siempre acababa por alejarse, y su fuerza de voluntad se estaba haciendo trizas.

«No eres un mártir, Hugo, y ya empieza a estar bien de duchas frías», había pensado en más de una ocasión, frustrado. Pero su malestar duraba solo hasta el instante en que sus ojos la

miraban y la veían indefensa, aterrorizada. Entonces se reprendía con dureza y su determinación regresaba reforzada. Iba a salvarla, no sabía cómo, ni cuándo, pero no la dejaría caer más.

Chasqueó la lengua y, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, caminó cabizbajo de vuelta al trabajo, donde ya le esperaba apremiante un pequeño grupo de extranjeros.

Seguramente otro hubiera tirado por lo fácil y en cuanto se hubiera topado con la problemática del novio maltratador y follonero hubiera puesto pies en polvorosa. Y por más que

llevara desde principio de curso coladito por aquella extraña y hermosa criatura, solo un necio o un completo romántico hubiera insistido en soportar su carga. Porque, habiendo miles de chicas libres de conflictos emocionales, extrovertidas, alegres y sin pasados turbios, ¿qué chico de diecinueve años se hubiera impuesto a sabiendas semejante yugo?

Cuadró los hombros, inhaló una bocanada de aire y la expulsó después en profundidad, desinflando del todo los pulmones. Él la quería y contra eso nada se puede. Jamás había pensado que vivir con una víctima de malos tratos fuera a

ser fácil, ni así lo hubiera esperado. Pero era fuerte e iba a luchar por ella, por él, por los dos. La quería y quería pensar que aquello era solo una fase y que, por fuerza, después de tanta zozobra acabaría por llegar la calma. Tenía que llegar la calma.

—¡No me toques, hijo de puta!

Clara estrelló su mano temblorosa contra el rostro que se acercaba a ella. Creyó que era él, creyó que de nuevo se repetía la historia y que sus pesadillas habían dado un salto en el tiempo para entrar a formar parte de su realidad, creyó que era el momento de defenderse, de no aguantar ninguna ofensa más... y despertó. Pero lo que acababa de suceder no podía encontrarse más lejos de sus creencias. El rostro de Hugo,

inmóvil y sorprendido, se le apareció ante los ojos cuando los abrió por fin. Había estado soltando manotazos a diestro y siniestro manteniéndolos cerrados y ahora, con gran horror, se daba cuenta de lo que acababa de suceder. Y no era la primera vez que tenía lugar un episodio así en el dormitorio. Él era el blanco de sus frustradas descargas cuando luchaba contra el otro demonio que la atormentaba. Un blanco demasiado paciente, demasiado resignado y... demasiado bueno.

—¡Oh Dios santo, Hugo —gimoteó avergonzada, lanzándose a sus brazos—,

lo siento, lo siento, lo siento!

Él, que acababa de acostarse y había sido testigo de cómo aquel sueño agitado iba derivando poco a poco en una convulsa pesadilla, la rodeó en un abrazo protector, acunándola contra sí como la niña asustada que en verdad era.

—Ssssch, ya está, pequeña, ya ha pasado —susurró contra su pelo, rozando la zona caliente de la mejilla que había recibido la bofetada contra la suavidad de su melena—. Estoy aquí, contigo.

—¡Lo siento, lo siento...! —insistió

mientras se mecía adelante y atrás entre sus brazos. Sus gimoteos acabaron por convertirse en un llanto entrecortado y desesperado—. ¿Cuánto más voy a tener que soportar esto? ¿Cuánto vas a soportarlo tú? ¿Es que esta horrible angustia nunca va a abandonarme?

—Las pesadillas pasarán, te lo prometo, con el tiempo pasarán. Y yo estaré a tu lado para ayudarte a superarlas.

En lugar de dejarse convencer por sus palabras, Clara se revolvió para encarar a Hugo con ojos llorosos y el gesto desolado. Temblaba, toda ella

temblaba, sus manos que se movían sin ton ni son, pero sobre todo sus labios, presos de un nerviosismo convulso. Su voz, una octava más alta de lo normal, hizo que Hugo la mirara con fijeza ante lo inesperado de su determinación. También ante la frialdad repentina que descubrió en sus pupilas.

Con un movimiento delicado la recuperó para el refugio entre sus brazos, meciéndola de nuevo con suavidad, hablándole de forma dócil y reposada, como quien trata de tranquilizar a un ratoncillo acorralado.

—No puedes prometerme eso, Hugo

—murmuró contra su pecho. Sin duda aquel era el mejor lugar del mundo para descansar, pero ella no era la mejor persona para ocuparlo en esos momentos. Se sentía muy mal por lo que había ocurrido y al mismo tiempo, extrañamente, se encontraba molesta por la condescendencia que él siempre mostraba al respecto. ¿Que las pesadillas iban a pasar? ¿Que acabarían pasando con el tiempo? ¿Cómo podía estar seguro de eso? ¡Pasaban los días, pasaban las semanas y las pesadillas seguían estando ahí, cada vez más crudas y realistas, cada vez más insoportables! ¡Pegadas a su maldita

cabeza como una sombra siniestra de la que era imposible liberarse!

Clara inspiró con fuerza y se desasíó con innecesaria brusquedad del abrazo que la mantenía sosegada.

—¡Sí, puedo! —le indicó él, sintiendo el vacío que su cuerpo había dejado entre sus brazos—. Y mantendré mi promesa hasta que se cumpla.

—¿Y cuándo crees que va a ser eso? —preguntó Clara, limpiándose los restos de lágrimas del rostro con un mal gesto. La compasión de Hugo, su inagotable fe en ella y sus utópicos anhelos de esperanza estaban

comenzando a irritarla demasiado—. ¿Cuánto más vas a soportar que sea yo la que te maltrate? ¿Cuántas veces vas a aguantar que te pegue hasta que te des cuenta de que esto no se va a acabar jamás? —desesperada, chirriando los dientes hasta que las sienas se resintieron, Clara se llevó las manos a la cabeza para apretar con fuerza—. ¡Dios! ¿En qué momento he pasado de víctima a verdugo?

El rostro de Hugo, sorprendido por sus palabras, se tornó, poco a poco, serio, lívido. Clara no podía estar más equivocada.

—¿Pero qué demonios estás diciendo? —exclamó molesto. Salió de la cama después de espurrlear una maldición, vestido tan solo con un bóxer negro y un cargamento de mal genio, y se paseó por la estancia como un animal enjaulado, llevándose las manos al pelo constantemente y resoplando cada dos por tres. En esos momentos no quería oírla, necesitaba moverse y romper el aire a zarpazos con tal de alejar de sí los demonios que le taladraban la cabeza.

Clara observaba cómo Hugo se paseaba de un lado a otro mostrando su

exasperación. Intentó recordar la última vez que le había visto así, pero no lo logró, pues él jamás le había dirigido una palabra más alta que la otra.

«Quizá se esté cansando de ti, Clara. Quizás el momento que tanto temes, el instante en que él te abandone a tu suerte, está más cerca de lo que crees», le bisbiseó la condenada vocecilla de su conciencia. Y su acceso de rabia de hacía escasos minutos se desinfló de golpe.

Por el rabillo del ojo, mientras intentaba serenarse antes de hablar, Hugo la vio tragar saliva con

brusquedad. En mitad de la cama, con aquel liviano pijama corto, el cabello desordenado, incluso con los ojos hinchados por el llanto, le pareció la criatura más increíble que había vislumbrado en su vida. También la más vulnerable. Suspiró rendido y sus defensas se desmoronaron de golpe. Que tuviera dudas acerca de sus sentimientos, o del tiempo que les quedaba juntos, lo ofendía, pero también entendía que, en muchos casos, su inseguridad hablaba por ella. La inseguridad que un malnacido había sembrado en su interior y que ahora él se veía obligado a cosechar.

En cuanto vio de nuevo brillar las lágrimas en sus ojos se paró de golpe frente a ella, sin tocarla, aunque se moría de ganas por hacerlo para consolar los sollozos que estaban por venir.

—No quiero que vuelvas a decir eso nunca más, ¿vale? —dijo, a modo de tregua, mirando fijamente la luz apagada en sus pupilas—. No vuelvas a poner en duda lo que siento por ti y tampoco el tiempo que seré capaz de aguantar a tu lado.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Clara hasta ocultarse entre

sus labios.

—Y yo no quiero que estés conmigo por compasión. No mereces pasar por el camino por el que te estoy llevando...

—¡Aggg, Clara! —exclamó exasperado, levantando las manos al cielo con un movimiento brusco que provocó una reacción inesperada.

Clara se asustó al escuchar el frustrado gruñido de Hugo y el violento ademán de sus brazos la transportó, por una décima de segundo, a una de las muchas situaciones vividas con Álex en el pasado. De forma inmediata, se abrazó con fuerza e inclinó la cara, a la

espera de un golpe que, por supuesto, jamás llegó.

—¡Ey, ey, ey! ¿Qué pasa? ¿Qué haces? —exclamó Hugo de inmediato al observar el giro de la situación.

Había terror en los ojos de Clara. Pudo verlo. Y también la piel de gallina que vestía todo su cuerpo. Si le hubieran pegado un puñetazo de pleno en el estómago la sensación no hubiera sido peor ni más devastadora. Él le había provocado aquel momento de pánico al expresarse de forma impulsiva.

Avanzó por el colchón hasta situarse delante de ella y envolverla con su

cuerpo en un abrazo urgente. Clara temblaba, y leves sollozos apenas audibles brotaban de sus labios.

«Pero ¿en qué demonios estabas pensando, Hugo?», se preguntó, preocupado por las consecuencias que pudiera acarrear su exasperación. *«Acabas de comportarte como un imbécil.»*

No había sido consciente de que la fragilidad mental de Clara era equiparable a un hilo de cristal, tampoco de lo delicado de la situación ni del control con el que debía mantener a raya sus impulsos delante de ella. Si pudiera

retroceder en el tiempo...

—Mírame, mi vida. ¡Mírame, por favor...! Yo jamás te haría daño — murmuró a punto de deshacerse en llanto. «No soy él, no soy él». Tragó con fuerza y apremió el abrazo, transmitiéndole todo el amor que sentía y deseando que ella fuera capaz de percibirlo. Esperando, meciéndola, acunándola, siseándole y susurrando palabras de amor. Uniendo la suya a la desesperación de Clara. No podía permitir que se alejara de él. No ahora, después de todo lo que habían andado juntos.

—Te quiero, cariño, siempre cuidaré de ti, jamás lo olvides porque yo jamás haría nada capaz de provocarte daño.

Silencio. Y el temblor perceptible de ella que poco a poco iba amainando bajo su amparo. Después de unos minutos en los que Hugo llegó a creer realmente que se había dormido, Clara levantó la cabeza y lo miró con expresión renovada. Había tristeza y lágrimas en sus ojos, pesar, culpa y desesperanza, pero un ínfimo punto de luz brillaba de nuevo en las profundidades de su alma. Él se encargaría de que, finalmente, ese frágil

puntito iluminara su vida.

—Soy una idiota —dijo con la voz enronquecida y la emoción temblando en su labio inferior.

—No es verdad, solo eres una personita con mala pata —dijo intentando quitar hierro al asunto.

Encogida como estaba contra él, las manos de Hugo vagaron con lentitud por su espalda, sus brazos y sus piernas en un suave reconocimiento. Acarició con dulzura el yeso rígido y frío que cubría su pie, pero al cabo de unos segundos sus dedos ascendieron para deslizarse con suavidad hasta la piel blanca y

aterciopelada de la rodilla. Sus ojos se encontraron un eterno instante en medio de la penumbra. Los de Hugo parecían pedir permiso para continuar deleitándose con su tersura, los de Clara mostraban cierta aprensión, miedo o ignorancia.

Al no verse frenado, Hugo decidió seguir ascendiendo despacio. Su mano cerró sobre la perfecta rodilla, acariciándola suavemente y en círculos. Se demoró un rato ahí, con los ojos clavados en la mirada de Clara, y siguió subiendo, lentamente, hasta alcanzar la cara interna de los muslos.

Clara dio un respingo, pero le dejó continuar. Se sentía insegura y un sudor frío le perlaba la frente, preludio de un nuevo ataque de pánico que probablemente no tardaría en sobrevenirle, pero, sin embargo, lo deseaba. Deseaba a Hugo más que a nada en el mundo. El roce de sus dedos sobre su piel, lejos de espantarla, parecía lograr que se relajara. Un hormigueo muy placentero recorría su cuerpo hasta el mismísimo centro de su ser y las ganas de rendirse a él comenzaron a hacerse fuertes por encima del miedo.

Cuando los dedos tímidos y pacientes de Hugo alcanzaron el borde de encaje de su ropa interior, bajo la pernera del pantaloncito corto del pijama, Clara cerró los ojos y tragó saliva, dispuesta a poner de su parte. Pero las escenas de la pesadilla que acababa de sufrir minutos antes acudieron de nuevo a su mente, obligándola a sacudirse de encima la caricia y levantar un nuevo muro entre los dos.

—¡No, no puedo, ahora no puedo...!
—murmuró, y se retrepó contra el cabecero mientras afianzaba los brazos sobre el pecho a modo de escudo

protector.

Hugo lo entendió y lo respetó. Un único y bajo suspiro salió de su boca antes de recuperar la posición a su lado. No era la primera vez que sus tentativas se veían bruscamente frenadas, pero el apasionado beso de esa mañana le hacía abrigar esperanzas. El deseo de Clara debía despertar poco a poco y empezar a asomar por sí solo a través de las heridas ya cerradas y sanadas. Tenía que esperarla. Y lo haría. Todo el tiempo que hiciera falta.

—Está bien. Ven aquí —pidió, ofreciendo su pecho como refugio—. Te

acunaré hasta que te duermas.

—No es justo —gimoteó—. Yo... lo estropeo todo siempre, Hugo. Estás aguantando tantas cosas... —un hondo sollozo la interrumpió—. No quiero que te marches.

Pese a todo se dejó ir hacia los brazos receptivos y amorosos de Hugo, abrazándose a su cuerpo y acurrucándose junto a él, consiguiendo relajarse un poco bajo su amparo. Hugo apoyó la barbilla sobre la cabeza de Clara, cerró los ojos y suspiró.

—No voy a ir a ningún sitio. No te dejaré jamás. Te lo prometí, ¿recuerdas?

Y soy un tipo que cumple sus promesas.

Lo sabía. Pero el hecho de que fuera un chico tan íntegro le condenaba a permanecer, por mero compromiso, al lado de una chica condenada como ella. Desde luego Hugo era un santo. Pero hasta los santos acaban cansándose de ser mártires de una causa perdida.

Inhaló fuerte por la nariz y giró el rostro levemente hacia la mesita de noche, donde los números rojos de la radio despertador la sorprendieron.

—¿A qué hora has llegado? No te escuché entrar.

—Estabas dormida. No quise

despertarte, aunque no tardaste en hacerlo por ti misma —respondió refiriéndose al momento en que ella lo golpeó.

—Lo siento, yo...

Hugo le puso un dedo en los labios para que no continuara disculpándose y le dio un rápido beso en la frente. Clara pasaba demasiado tiempo sola y eso no era bueno para su salud mental.

—Hablaré con mi jefe, te lo prometo. No quiero dejarte sola todo el día —afianzó su abrazo y besó la maraña de pelo castaña varias veces—. Ahora duerme, estoy aquí. Hoy no habrá más

pesadillas, te lo prometo. Duerme, cariño.

Y Clara deseó con todas sus fuerzas dejarse ir entre sus brazos, aunque en el fondo un hondo sentimiento de culpabilidad le impedía dejar la mente en blanco para entregarse a Morfeo. Nunca había pretendido arrastrar a Hugo a su propio infierno y ahora, conforme pasaba el tiempo, era consciente de cuán lejos y profundo lo había llevado.



Tumbada boca abajo y de medio lado sobre la cama, Clara despegó de forma perezosa los párpados para alzar la cabeza entre los almohadones, tal y como haría una lagartija ante los primeros rayos de sol.

Debía ser media mañana porque, precisamente, esos primeros rayos se filtraban ya con descaro a través de los agujeritos de la persiana bajada casi del todo, pero ella seguía sin poder enfocar con nitidez a causa de la modorra matinal que la acompañaba. De hecho, apenas fue capaz de distinguir la silueta de Hugo, que permanecía de pie, de

espaldas a ella, terminando de vestirse frente al espejo de cuerpo entero que ocupaba un rincón. Acababa de ponerse unos vaqueros negros, gastados y justos, y ahora se dedicaba a introducirse la camiseta de color gris por la cinturilla del pantalón. Luego, en el agroturismo se pondría unas polainas para montar y estaría igual de sexy. La tela de la camiseta era muy liviana y se adaptaba perfectamente a la firme complexión de su espalda. Hugo no era carne de gimnasio, pero era fibroso y esbelto, y su cuerpo, con esa estética tan *indie* y desenfadada, con ese cabello lacio y demasiado largo en algunos puntos,

resultaba tan sexy como tentador.

Sin poderlo evitar, se mordió el labio inferior mientras dejaba caer de nuevo la cabeza sobre la almohada, permitiendo que las telarañas del sueño se enredaran un poco más sobre su cara y sobre su ánimo. Pero de lo que no se privó fue de seguir contemplando a Hugo a placer, aun a través de unas pestañas entornadas y de la modorra que pesaba sobre ella. Mirarlo era en sí un festín para la vista. Tan mono, tan dulce, tan perfecto... y a la vez tan irremediabilmente sensual en su dulzura. No ofrecía la visión de un

guerrero salvaje, sino que su cuerpo y todo él representaban la paz tras el combate, la placidez de un mar en calma, el sosiego de un descanso merecido tras un largo traqueteo.

Atrapó el labio inferior entre los dientes cuando lo vio ejecutar un gesto tan simple como era el hecho de pasarse la mano por el pelo, y un rayo de fuego la atravesó de arriba abajo ante el deseo de que fueran sus dedos los que se deslizaran entre aquellos mechones oscuros. Luego lo vio cuadrar los hombros ante el espejo para asentar la camiseta y toda ella se estremeció. Eran sus gestos, cada pequeño detalle sin

importancia, cada movimiento sencillo y pausado, lo que lo hacía más atractivo a sus ojos. Amaba todo de él; su pose desenfadada, su risa pícaro y seductora, los hoyuelos que se formaban bajo la barba, esos mechones demasiado largos que se revolvían sobre la nuca y que eran imposibles de doblegar, la forma en la que la miraba cuando creía que no lo veía y, sobre todo, las mariposas que provocaba en su estómago cuando una sola de sus sonrisas iba dirigida a ella. Suspiró como una boba enamorada, lo que era en realidad.

—Buenos días, ¿has conseguido

descansar al final?

Hugo la obligó a dar un respingo al hablar justo delante de su cara y estamparle a continuación un beso en la punta de la nariz. No le había visto venir, ni moverse de su posición frente al espejo y mucho menos acercarse a la cama e inclinarse sobre ella para darle unos maravillosos buenos días, pero tampoco era consciente de muchas cosas en su vida, así que no era de extrañar su falta de percepción una vez más.

—No tuve más pesadillas —
murmuró, aprovechando para
desperezarse como un gato—, como me

prometiste.

—¿Ves? —Hugo recogió un mechón suelto de entre los que le enmarcaban el rostro para colocárselo con mimo detrás de la oreja—. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Pues ten cuidado con lo que prometes —le susurró, a escasos centímetros de su oído.

Recién desperezada, con los restos del sueño aún prendidos en sus pestañas, la habitual piel pálida que casi parecía transparentar su interior, los surcos azulados bajo sus ojos y aquella deliciosa maraña castaña convertida en

un auténtico caos... estaba preciosa. Siempre lo estaba a sus ojos. Preciosa.

Y la amaba con toda el alma. A pesar del poco tiempo que llevaban juntos, de lo poco, o mucho, que la vida les había permitido compartir, la amaba con locura. ¿O acaso no dicen por ahí que lo que nos es más complicado, trabajoso y duro, lo que nos arranca lágrimas de desesperación y sufrimiento, es aquello que llegamos a ansiar con mayor devoción? Y es que, y la historia siempre así lo ha demostrado, ningún camino fácil lleva a ningún sitio que merezca la pena.

—Soy muy consciente de lo que prometo, señorita Balboa, y le aseguro que solo doy mi palabra si sé que voy a poder cumplirla —aseguró con intención.

Y tras hablar así, dejó caer con suavidad sus labios sobre los de ella. No hubo ninguna pretensión en aquel gesto, ningún deseo de forzar las cosas. Tan solo fue un roce sensual, sedoso y dulce, esperando llenar de calor un corazón herido. Y el corazón reaccionó al gesto aleteando como un loco dentro de su guarida.

—Me marchó, o llegaré tarde —dijo,

incorporándose de nuevo. Clara inclinó la mirada, ocultando su tristeza bajo los párpados entornados, y Hugo fue consciente del momento justo en el que el corazón de ella acusaba la primera grieta. Suspiró rendido—. Hablaré con *el alemán*, le diré que contrate más personal o si no lo dejo. No voy a permitir que pases el verano sin mí, sin un nosotros. —Adelantó la mano para acunar en ella la mejilla pálida de su chica—. No quiero que estés sola nunca más. Es una de las cosas que te prometí en Santiago y que pienso cumplir.

Clara se humedeció los labios solo para morderse con ahínco el inferior,

obligando a Hugo a ahogar un jadeo. Estaba tan endemoniadamente sexy cuando hacía eso que resultaba muy difícil no abalanzarse sobre ella para devorarla a besos.

Clara alzó la mirada hacia él, poniendo ojos de cordero a medio morir.

«*Dios, no me hagas esto, no me mires así...*» se dijo, ansioso por tomarla y demostrarle las pocas ganas que tenía de marcharse de su lado.

—No tardaré —aseguró, y se obligó a separar su mano de aquel rostro implorante—, porque si se me pone

tonto me doy media vuelta y me vengo ya mismo.

—Está bien, vete —concedió, golpeando con gesto distraído la superficie del colchón.

Hugo percibió el significado de este gesto, el mohín infantil en su expresión, ese labio inferior adelantado y el ceño ligeramente fruncido, y no pudo evitar enternecerse del todo.

Atrapó aquella mano de dedos finísimos y blanquísimos y se la llevó a la boca para depositar en cada nudillo un beso.

—Te quiero, Clara Balboa, jamás lo

olvides.

Ella arqueó las cejas, como si tal afirmación fuera una obviedad, y jadeó. Los ojos, repentinamente llorosos.

—No lo olvides tú, Hugo Andrade. Ahora eres mi vida. Vuelve para que pueda seguir viviendo.



Gunter Heisserman, conocido como *el alemán* hasta el punto de que muy pocos en la isla sabían su nombre de pila, era un tipo peculiar que rebasaba

los cincuenta, no demasiado alto, en realidad con una estructura corporal más próxima al botijo español que a las esbeltas jarras cerveceras de su país. Colorado, rollizo, dotado de abundante pelo canoso con resquicios de haber sido rubio en otro tiempo y un prominente mostacho del mismo tono que ocultaba por completo su boca, *el alemán* acostumbraba a vestir pantalón demasiado corto de loneta, albarcas y un sombrero de pescador adornado con anzuelos. Casi siempre se le veía en sus dominios desnudo de cintura para arriba mostrando orgulloso el empuje horizontal de su barriga cervecera, unos

pectorales flácidos y una piel ampliamente recubierta de vello blanco. Aunque de vez en cuando, y en el momento en el que la clientela aumentaba, solía cubrirse con un polo blanco que hacía destacar el tono bronceado de su piel.

El hombre debía sentirse muy orgulloso y cómodo con su aspecto, pues dicha apariencia le acompañaba durante todo el verano. En invierno nadie sabía nada de él, como sucedía con muchos extranjeros con negocios veraniegos en la isla. Y aunque detestaba el clima de su país, hacia finales de año cerraba

siempre el negocio y viajaba a Alemania, desapareciendo hasta bien entrada la primavera. Los caballos y el terreno solían quedar al cuidado de un matrimonio de guardeses de su confianza.

Las malas lenguas decían de él que estaba metido en asuntos turbios y trapicheos, y que cada vez que viajaba a Alemania era para proveerse del alijo suficiente para abastecer después a los camellos de poca monta que tenía a su servicio, a lo largo y ancho de España. Pero se trataba tan solo de rumores, de cotilleos malsanos que el boca a boca se encargaba de esparcir con diligencia,

puesto que, en realidad, ni jamás se había podido demostrar nada en su contra, ni *el alemán* había tenido nunca problemas con la justicia. Ciertamente que en su casa entraban y salían a menudo coches de alta gama con las lunas tintadas y cierta pestilencia a vanidad y poder, ciertamente también que su vida era un enigma para sus vecinos y que lo único que se sabía a ciencia cierta era que el extranjero manejaba pasta como quien pasea entre los dedos margaritas de prado.

Según decían algunos gandules del lugar, él no era uno de los *capos*

influyentes, sino un apreciado intermediario entre la chusma y los cabecillas, por lo que pasaba bastante inadvertido para la justicia. O quizás, como farfullaban otros, su dinero había sido capaz de comprar hasta a las mismísimas autoridades, que se aplicaban en hacer la vista gorda y, si ciertamente *el alemán* no era tan inocente como se empeñaba en parecer, ignorar sus pecados.

No así de inadvertida pasaba su reputación de líder intachable y regio, alguien a quien algunos osaban comparar con su desaparecido paisano de peculiar bigote y perniciosa fama.

Todos sus empleados bajaban la mirada a su paso, temblaban ante su voz, y bastaba solo una orden suya para que todos en su pequeño imperio se apresuraran a cumplirla. Pequeño y orondo, pero matón. Siempre había sido así desde que abriera el agroturismo, allá por los años de la marcha mallorquina, por lo que ahora no alcanzaba a comprender cómo aquel niño rico, aquel pijo del demonio, osaba levantar la cabeza para desafiar, replicar y exigir.

Esa misma mañana le había puesto en un apuro, el muy desagradecido. Exigía

un compañero con el que compartir turno o de lo contrario se marcharía. ¿Exigir? ¿A él? ¡Qué poca responsabilidad existía en la juventud, que era capaz de dejar colgado a un patrón justo a las puertas del verano, la época de mayor trabajo, y quedarse tan ancha! ¡Merecía que le diera la patada tan solo por su insolencia! Si hubiera contratado a cualquier muerto de hambre no tendría este tipo de problemas, pero los niños bien no hacían más que exigir y exigir como si encima hubiera que hacerles una reverencia por dignarse a trabajar.

El muy necio tenía a su favor que se

le daban muy bien los animales, tenía título de monitor de equitación, hablaba varios idiomas y mostraba mucha paciencia para soportar las disparatadas ocurrencias de quienes estaban de vacaciones, pensando solo en disfrutar y divertirse, y por ello no podía permitirse perderlo. Muy a su pesar, no podía permitirse perderlo.

Se ofreció a contratar a alguien más y a darle un plus a final de mes, pero él exigió, además, tres tardes libres mientras no empezara el nuevo. Por lo visto su novia estaba sola en casa, lesionada, y no quería que pasara de ese

modo el verano y bla, bla, bla.

¡Qué juventud tan boba! Pudiendo picotear de veinte flores distintas en aquella isla cosmopolita y en pleno verano, algunos estúpidos románticos se contentaban con una única florecilla. ¿Quién los entendía? ¡Ay, si él tuviera veinte años menos!

Carcomido por la curiosidad, decidió abusar de su supremacía y escabullirse a los vestuarios mientras aquel gallego insolente atendía una de las excursiones. Sabía que lo que iba a hacer no era legal, pero aquel era su imperio y nadie en él tenía autoridad para cuestionar sus

acciones. Además, nadie tenía por qué saberlo; los empleados se encontraban en el campo, trabajando, y el interesado permanecía en las cuevas, fuera de juego.

Él era el jefe, el mandamás, y quería saber con quién se la estaba jugando, si existía en aquel niñato algún punto flaco para poder cogerlo por los huevos a la próxima bravuconada, o si en verdad la hembra que esperaba en casa a aquel pijo universitario merecía tanto la pena como para llevarlo a rebelarse contra su jefe. De ser así quería comprobarlo con sus propios ojos y valorar la mercancía, aunque fuera a través de una simple foto.

Abrió la taquilla de Hugo y revolvió entre sus cosas. Una chaqueta, unos calcetines de repuesto, un botellín de agua... nada importante. Ahogó una maldición en su idioma natal mientras hurgaba en uno de los bolsillos de la chaqueta, donde descubrió una cartera de loneta, pequeña, rectangular, que cerraba con velcro. Decidido a encontrar en su interior la solución a todos los misterios de la humanidad, fisgó en la documentación personal, cuyos datos conocía perfectamente del momento de la contratación, en el compartimento de los billetes y en el de

las tarjetas de crédito. No quería pasar nada por alto y, sin embargo, parecía que aquel chico estaba limpio y no ocultaba nada digno de salir a la luz. Tan solo parecía tratarse de un puñetero universitario consentido que pasaba las vacaciones en la isla con su chica mientras trabajaba en un agroturismo, vaya usted a saber por qué.

Cuando ya se iba a rendir ante la ausencia de algo relevante que le pusiera contra las cuerdas, encontró en un compartimento trasero una tira de fotomatón en la que se distinguía una sucesión vertical de fotografías. Cinco en total. En todas aparecía Hugo con una

chica muy joven. Una chica del montón, en absoluto espectacular o bonita, más bien toda huesos, nariz y pelo, que sonreía abiertamente y hacía carantoñas a la lente. En otras besaba a Hugo o se dejaba besar.

Aquella chica le sonaba. En alguna parte la había visto. Frunció el ceño y achicó los ojos tratando de enfocar. ¿Pero dónde? No era un monumento digno de guardar en la memoria. No destacaba absolutamente por nada. Era menuda, con un aspecto exterior casi infantil, no podía tener muchos años y, sin embargo, él juraría haberla visto con

anterioridad. Cabello largo, abundante y muy lacio, rostro delgado y pálido, cuello largo y estrecho como el de una garza. Parecía una de esas piezas de porcelana a la que no se puede tocar por miedo a romperla. Y estaba convencido que no hacía falta ser muy fuerte para conseguir romperla.

Con un movimiento preciso hizo una rápida fotografía con el móvil para dejarlo después todo como estaba, y abandonó los vestuarios con andares furtivos para refugiarse en su despacho, con el ceño fruncido y los engranajes de la memoria trabajado a destajo. Aquellos dos eran gallegos, venían del

otro lado del mapa, ella no debería sonarle de nada, como tampoco le había sonado Hugo en su momento. Pero también era cierto que él había hecho escala en Galicia muchas veces para suministrar a sus camellos gallegos, especialmente al de Santiago, al de Vigo y al de Pontevedra, y quizás, en alguna de esas visitas fugaces a tierras galaicas se hubiera topado con aquella cría.

¿Quién sabe? Puede que hasta se tratara de una de esas universitarias de tapadillo deseosa de pasta, que en sus horas libres se dedicaba a negocios más fructíferos, y que él se hubiera follado

durante alguna de esas visitas. O tal vez se la hubieran presentado como la novia o la hermana de cualquiera de aquellos maleantes de poca monta.

Sin habérselo propuesto, y a raíz de ese inesperado hallazgo producto del morbo, la curiosidad y la ignorancia, empezó a macerar en su cabeza dónde demonios había visto antes a aquella muchacha.

«Cuando abrió la portilla de la lavadora y comprobó su interior supo que la había cagado. Rotundamente. Estaba perdida y, los astros, por algún extraño motivo que aún desconocía, confabulaban de forma siniestra en su contra con el único afán de joderle la vida.

Resopló y gimoteó al borde mismo del llanto, preludio de un miedo atroz que avanzaba hacia ella a grandes zancadas y del que, por más empeño

que pusiera, no iba a conseguir huir jamás.

Metió la mano en el interior del bombo y empezó a sacar las prendas una a una. Rosa, rosa palo, blanco con matices rosa... y en medio de la marea de tela mojada y hecha un gurrño, el puñetero foulard rojo que había provocado aquella hecatombe. Se llevó las manos a la frente para que recogieran hacia atrás todo el pelo y jadeó llorosa. La iba a matar. La iba a matar.

Le había dicho que hiciera la colada con su ropa blanca del gimnasio y

ahora todas aquellas camisetas y licras impolutas mostraban un tono rosa de lo más... fuera de lugar. Ni aún metiéndolas en lejía o en un barreño hasta arriba de blanqueador iba a conseguir devolverles su color original.

—¡Nena! ¿Dónde te metes?

La voz de Álex entrando en el piso en ese mismo momento le hizo dar un brinco y, de repente, empezó a temblar de forma convulsa a causa de la anticipación.

No contestó. No podría aunque quisiera. Solo era capaz de contemplar

aquel desastre sin parpadear mientras se retorció las manos de forma frenética. La iba a matar.

Siguiendo el haz de luz que salía de la despensa, Álex no tardó ni medio minuto en llenar el vano de la puerta con su silueta de culturista. Lo primero que hizo fue mirar a Clara, aovillada sobre sí misma y temblando como una cría, despeinada, vestida con un chándal tres tallas más grande, tan poquita cosa, tan...ridícula, mirando la lavadora como una auténtica mema. ¡A saber lo qué demonios le habría pasado ahora a aquella inútil! Después desvió la mirada hacia el interior del

electrodoméstico, contemplando las primeras prendas que asomaban desperdigadas a sus pies.

Lo que sucedió a continuación transcurrió apenas en una fracción de segundo. Si Álex hubiera sido un dibujo animado, en esos momentos echaría humo por las orejas y por la nariz, y seguramente de su boca huirían sapos y culebras y demás bichos emponzoñados. ¿Qué humo ni qué bichos? El increíble Hulk a su lado quedaría como un insignificante aprendiz.

—¿Qué has hecho, pedazo de

imbécil? —berreó, y de una zancada alcanzó a Clara, que ni siquiera fue capaz de moverse cuando vio lo que se le venía encima.

Solo pudo encogerse sobre sí misma, hundir la cabeza entre los hombros y soportar la agresiva presión con la que Álex la agarró por la nuca haciendo uso de su enorme manaza. Sujetándola con fuerza la arrastró hacia delante, obligándola a agachar la cabeza hasta introducirla en el interior del bombo.

—¿Es que tu puñetera madre no ha tenido tiempo de enseñarte a poner una lavadora antes de morirse?

Clara lloraba ahora sin tapujos, acuclillada a la fuerza delante de la colada. El olor del detergente invadió sus fosas nasales y el grotesco tono rosa de la ropa llenó por completo su visión. Con los dedos cerrados como prensas sobre su estrecha nuca, Álex la instaba a responder ejerciendo bruscas sacudidas sobre su cabeza. ¿Para qué quería respuestas? ¿Para poder seguir con la tortura?

—¿Tienes que hacerlo todo mal? ¿Es que no puedes dar un paso sin cagarla? —continuaba gritando él—. ¿Es que voy a tener que hacerlo todo

yo en esta casa? ¿Para qué te quiero entonces? ¡Ni para follar me sirves!

Dicho esto último la soltó con tal brusquedad que su frente se estampó de forma literal contra la lavadora. Atontada por el golpe, se dejó ir de rodillas, apoyándose de costado contra el electrodoméstico.

—¡Blanco con blanco! —seguía bramando Álex, fuera de sí—. ¡Color con color! ¡Todo el mundo sabe eso, maldita seas, puta inútil!

Harto tal vez de no obtener ninguna reacción, Álex se inclinó para recoger las prendas del suelo, engurruñarlas y

empezar a golpearla con ellas a diestro y siniestro, por todas partes, aprovechando el peso de la tela mojada.

—¡Ahora...tendré...que comprarme...ropa nueva! —gritaba de forma entrecortada a causa del esfuerzo. Clara recibía los golpes sin moverse, no podría hacerlo aunque quisiera puesto que si ya estaba atontada desde que le golpeará la cabeza contra la lavadora, los primeros golpes la desmadejaron ya del todo—. ¡Te lo... descontaré... de tus cosas! ¡No pienso... pagarte... más libros... ni apuntes!

La piel de todo el cuerpo ardía como si hubieran prendido una pira en torno, la cabeza imitaba ahora a una olla de grillos y ni siquiera el instinto de supervivencia fue capaz, como otras veces, de obligarla a levantar los brazos para protegerse. Todo el cuerpo, y las articulaciones especialmente, pesaban como si hubieran sido rellenas con plomo. ¿Y qué ánimos podría tener ella en esos momentos para mover plomo?

Por tanto, cuando la oscuridad más intensa empezó a velar sus ojos, no pudo evitar dejarse ir. Y así

permaneció un buen rato, atrapada dentro de su cuerpo, sin ojos para ver ni boca para gritar, pero escuchándolo todo. Y entre la bruma, el dolor, los demonios que la mutilaban y los miedos negros que la acechaban, una voz se oía levemente, como un susurro, como el cántico suave del viento entre el follaje... Clara, Clara, Clara...»

—¡Clara! —abrió los ojos de golpe para encontrarse con la mirada obsidiana de Hugo a pocos centímetros de su cara.

Parpadeó de forma inconsciente

demasiadas veces bajo un ceño fruncido, como si de repente se encontrara perdida o fuera de lugar y necesitara centrarse. Se llevó los dedos a la cara y empezó a toqueteársela con impaciencia, esperando encontrar en ella las huellas de la paliza que acababa de recrear en su pesadilla. Casi se sorprendió de no encontrar nada más que una piel suave y tersa. Necesitó un par de inhalaciones profundas antes de notar que, de nuevo, se le aceleraba la respiración, como segundos antes, mientras rememoraba aquel doloroso episodio del pasado.

—Clara, ¿estás bien? —insistió él.

Apoyándose sobre un codo, Clara se incorporó un poco en el sofá, donde era evidente que se había quedado dormida viendo un documental sobre animales africanos. La cabeza le zumbaba, la boca permanecía pastosa, el pulso acelerado y el aliento rápido. Era evidente que los rescoldos de la horrible pesadilla todavía estaban muy presentes. Enfocó su mirada hacia Hugo, quizás fijándose en él por vez primera y, tras sacudir la cabeza en negación y parpadear con nerviosismo, consiguió al fin hablar:

—¿Qué...qué haces aquí? Ni siquiera

es media tarde.

Hugo inspiró con aire triunfal y se sentó a su lado, con cuidado de no estorbar la pierna lesionada, completamente estirada sobre el sofá.

—He hablado con *el alemán*, le he dejado las cosas claras —dijo, sin poder evitar sonreír. En realidad había sido una batalla cruenta y su armadura presentaba serias heridas de guerra, pero Clara no tenía por qué saberlo—. Me ha prometido contratar gente desde ya para el turno de tarde, pero me pidió que no le dejara colgado ahora, a principios de verano. Dice que se me

dan muy bien los caballos y que está muy contento conmigo, que no tiene problema en ofrecerme un plus a final de mes. Y... —abrió los ojos con teatralidad, deseoso de compartir su triunfo más grande, aquel por el que incluso había tenido que alzarle la voz a un jefe que los demás temían—, ¡mientras llegan los refuerzos me ha dado tres tardes libres a la semana!

Clara alzó las cejas. ¿Tres tardes libres? ¡Ja! ¡Menudo triunfo! ¡Si no debería trabajar ninguna tarde! Eso no había sido lo acordado. Se veía que el jefe era duro negociando y un hueso duro de roer, pero se cuidó de no

compartir sus impresiones. Visto el aire triunfal de Hugo lo que menos quería era desinflarlo, aunque tampoco entendía por qué demonios seguía currando para ese explotador si en verdad no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Chasqueó la lengua. ¡Ah, sí, por culpa de su dichoso sentido de la responsabilidad!

—Venga, ponte algo cómodo, nos vamos —dijo de pronto, sujetándole las manos y tirando de ella fuera del sofá.

Clara intentó resistirse, pero su poco peso no facilitaba tal labor. Hugo consiguió obligarla a levantarse sin el menor problema.

—¿Adónde?

—Quiero que hagamos algo juntos. Creo que sería la primera vez desde que estamos aquí.

Clara asintió, entristecida ante tal verdad. ¡Menudo veranito estaban teniendo!

—Quiero llevarte al agroturismo —le explicó, orgulloso de su ocurrencia. Le sentaría bien el aire fresco y la compañía equina.

Ahora ella jadeó. ¿En serio? ¿Una cita en el agroturismo? ¡Ja! ¿Dónde habían quedado los cines, las pizzerías o un simple puestecito de perritos y

hamburguesas a media tarde?
¿Agroturismo? ¿Caballos? ¿De verdad?

—¿Es tu tarde libre y quieres volver al trabajo? ¿Junto a ese *führer* intransigente y explotador? —meneó la cabeza, riendo su propio chiste—. Estás como una cabra...

Hugo la rodeó por la cintura hasta conseguir cogerla en brazos con un único y rápido movimiento, cuidando de que la pierna herida quedara libre de cualquier golpe indeseado. De hecho, en las alturas, se bamboleaba como la extremidad rota de una muñeca de trapo.

—El agroturismo es lo de menos. Sé

que no es el Ritz, pero servirá para lo que tengo en mente —Clara le miró interrogante—. Quiero que montes a caballo, que demos un paseo, juntos, que salgas de este apartamento y disfrutes de nuestras vacaciones en Mallorca de una vez. Las cuevas son preciosas y la playa es digna de ver. Un paraíso natural que quiero que conozcas y disfrutes.

Rodeando su cuello con los brazos, Clara echó la cabeza hacia atrás para encararlo.

—¿Quieres que monte? ¿Yo? — espurreó una carcajada forzada. Aquella era la única parte de la explicación que

parecía haber fraguado en su cabeza—. ¿Y eso... lo saben los caballos?

—No seas tonta, nos lo pasaremos bien —y acto seguido, con una mirada tan sexy como suplicante, añadió—, confía en mí.

Clara suspiró, a punto de rendirse.

—Por si no te has dado cuenta, querido Hugo, se monta con las piernas, se dirige al caballo con las piernas. ¿Cómo demonios quieres que yo dirija nada con este...armatoste de por medio?

—En realidad, yo os dirigiré a ambos —anunció tranquilo—. Te quiero, pero también quiero a esos pobres caballos

—una sonrisa burlona ensanchó su rostro—, y no me fío para nada de tus habilidades ecuestres.

Clara puso los ojos en blanco. «*Perfecto. Eres torpe, y lo sabe.*»

—Montarás sin estribos, iremos al paso todo el tiempo y yo tiraré de las riendas. Tenemos caballos muy mansos, frisones castrados muy tranquilos capaces de adaptarse a cualquiera —mordió la punta de su nariz en ademán juguetón—, incluso a ti. Será como montar en el caballo de un tiovivo, ya lo verás.

«*Solo que este está vivo y acabará*

por darse cuenta del desastre que lleva encima», pensó, un tanto acojonada.

Por toda respuesta exhaló largamente y en profundidad, recostando la cabeza en el hombro de Hugo mientras entornaba los ojos y se dejaba hacer. Las palabras «*cobarde redomada*» bailaban en su cabeza, alentadas por un Pepito Grillo de lo más incordio. ¿Ella montando un caballo? ¿Un arma peligrosa de cuatro patas, y a saber cuántos kilos de peso, a su disposición? Desde luego ese chico estaba como una puñetera regadera.



Desde la ventana de su oficina, Gunter Heisserman pudo ver al chico gallego, Hugo, aparecer con una muchacha que caminaba ayudándose de una muleta. Era su tarde libre, aquella maldita tarde que tanto había porfiado por conseguir y que tantos quebraderos de cabeza le había causado a él mismo y, sin embargo, ahora volvía por su propio pie al agroturismo, ¿para qué? ¿Para entretener a su acompañante? ¿Y de balde? ¡Ridículos jóvenes!

Observó entonces a la chica que Hugo, literalmente, acababa de encajar sobre la silla del frisón de patas peludas, uno con más años que Matusalén.

«Castrado y manso, como lo estarás tú en cuanto te cace tu mujercita», pensó comparando a Hugo con el caballo. *«Si acaso no estás ya cazado y amaestrado, que es lo que parece. Solo te falta el ronزال.»*

Y entonces, al recaer sobre ella su atención, al poder apreciar sus rasgos con mayor nitidez y darse cuenta de que era la misma chica de la tira de fotos, al

contemplarla al natural y no sobre un papel impreso, una chispa de familiaridad cruzó por su mente, despertando sus sentidos y los viejos recuerdos que creía perdidos en su cabeza.

Tamborileó con los dedos en la barbilla, achicando aún más los ojos, azuzando los engranajes de su memoria y esforzándose por rescatar aquel rostro de las profundidades de sus recuerdos. Y entonces las piezas del puzle que formaba aquella chiquilla encajaron de golpe en su cabeza. ¡Claro! ¡Eso era! Se parecía mucho a... No, lo cierto era que, salvo que tuviera una gemela, tenía que

tratarse de la misma persona. ¡Claro que la había visto antes!

Sin darse cuenta chasqueó los dedos y una sonrisa triunfal pretendió asomar bajo el tupido mostacho. Llevaba horas batallando, devanándose los sesos para tratar de descifrar aquel estúpido dilema, y al fin había caído en la cuenta. ¡Aquella criatura insignificante era la novia del gallego hinchado de hormonas, aquel chulo de barrio al que no había quien le tosiera! ¿Cómo se llamaba? ¡Alejandro, Álex Maciñeira! El camello camorrista de Santiago al que él, cada primavera, a su vuelta de Alemania,

pasaba mercancía para sus cuatro amigos colgados. ¡Ahora la recordaba! ¡Si es que siempre le había llamado la atención tan desigual pareja!

Seguramente la habría conocido alguna vez, mientras se reunía con él en el descampado donde se llevaba a cabo el intercambio. O tal vez en algún club al que acudiera toda la jerarquía, con sus parejas colgadas del brazo a modo de vistoso adorno. Aunque realmente aquella chica parecía al lado de Maciñeira más un llavero que otra cosa.

—¡Mírala ella! ¡La mosquita muerta!
—siseó sonriendo con malicia al ver

cómo ella reía a su vez, despreocupada y feliz, mientras Hugo tiraba de las riendas y llevaba al animal al paso—. ¿Pero qué haces tan lejos de casa y sin tu Álex, muñequita?

Se humedeció los labios y sonrió, acariciándose el mostacho con oscuro divertimento.

—¿Acaso has cambiado a tu maromo recauchutado por este niño pijo? —Y la sonrisa asomó finalmente bajo el prominente bigote al barajar tal posibilidad—. ¡Madre mía lo que me puedo reír! —La perfidia brilló en sus pupilas—. ¡Y lo que me voy a reír!

Decidió que podía averiguarlo. Ver a aquella muchacha acababa de recordarle que tenía aún un asunto pendiente con Maciñeira desde la pasada primavera. El muy cabrón le debía mucha pasta por unas *rulas* de diseño que había traído expresamente de Alemania para él y su prole de sonámbulos, y la presencia de aquella chica en la isla era la excusa perfecta para refrescarle la memoria y cobrar la deuda. También para reírse en su cara y tacharlo de cornudo. ¡Ja, esa sí que era buena! El chulo de barrio, el hombre altivo e intocable, vapuleado por una mocosa.

Tenía que buscar el teléfono del gallego en la agenda y hacer una llamadita. Algo inocente, como quien no quiere la cosa. Empezaría por preguntarle si su chica tenía una hermana gemela y continuaría con el vacile. ¡Lo bien que se lo iba a pasar gracias a aquellos dos!



Sentada a lomos de aquel hermoso y fornido caballo negro, Clara se sentía la reina del mundo, era el caballo más

grande que había visto en su vida. Y en verdad solo le faltaba cerrar los ojos y abrir los brazos para saber qué sintió Kate Winslet en la barandilla de proa del Titanic. Su Leo Dicaprio, en este caso, no la abrazaba desde atrás, sino que se ocupaba de guiar el caballo por el trillado sendero, mientras la miraba con el rostro iluminado por una enorme sonrisa. Bien cierto era el dicho de que una sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz. Desde luego la de Hugo, en esos momentos, sería capaz de abastecer de energía a media isla. Y la suya no se demoró demasiado en salir en su búsqueda, por lo que en

pocos segundos se sorprendió a sí misma sonriendo como una auténtica boba.

No la había engañado. Aquel animal era dócil como un pony y su lomo tan ancho que parecía imposible caerse de él. ¡Ni aun tratándose de una calamidad como ella!

Con todo, el lento movimiento del caballo al caminar le provocaba una ligera molestia en el pie. A cada paso de este ella ceñía las piernas de forma inconsciente sobre sus costados. Un inconveniente insignificante en comparación con lo bien que se lo

estaba pasando.

Había sido todo un acierto hacer caso de Hugo y salir del apartamento por una vez. Por más lujoso que fuera y por más maravillosas que fueran sus vistas, ya empezaba a sentirse aburrida de pasar día tras día y noche tras noche entre sus cuatro paredes, viendo la vida pasar. Por ello, no pudo evitar sentirse como una marmota abandonando su madriguera después de una larga temporada de hibernación.

Al principio la claridad le había molestado en los ojos y, nada más poner pie en la calle, sintió deseos de dar

media vuelta y correr a refugiarse de nuevo en el interior de la vivienda. Pero Hugo, chico precavido como el que más, la llevaba bien sujeta de la mano y no mostró el menor deseo de soltarla. La conocía demasiado bien.

Se alegraba de que la hubiera retenido. Ahora la cálida brisa del atardecer, arrastrando el agradable olor a salitre y algas desde la playa, acariciaba su rostro y agitaba su melena. Y por una vez, sintió que era su momento y no el momento de otros. Llevaba semanas sintiendo envidia de las personas a las que observaba a hurtadillas desde la ventana. Ellos

vivían grandes instantes día tras día. Nadaban en ese mar color turquesa, tomaban el sol sobre la arena fina y blanca... ¡Ahora le tocaba a ella! ¡Y no se trataba de ningún simulacro, ningún sueño maravilloso ni ninguna fantasía producto del uso continuado de los fármacos! ¡Era ella la que montaba a caballo y la que no podía dejar de sonreír como una cría mientras una inesperada, por desconocida, mueca de felicidad ensanchaba su rostro! ¿Y qué era lo que oía? ¿Era tuyas aquellas carcajadas?

Miró a Hugo y en lo más profundo de

su alma sintió explotar la chispa de la felicidad. Por eso, cuando quiso darse cuenta, las palabras salieron solas de su boca.

—Gracias por esta tarde —le dijo, apenas en un susurro.

Hugo se paró, obligando al caballo y a su jinete a hacer lo propio. Ella no pudo menos que ponerse roja como un tomate ante la repentina intensidad de su mirada.

—Gracias a ti por mostrarme a esta nueva Clara.

Ella sonrió y el corazón empezó a aletear con alevosía dentro de su pecho.

Con cada latido agitado más se intensificaba el rojo de sus mejillas.

«*Brillante*», pensó fastidiada. Y en verdad debía estarlo. Brillante y colorada como un neón.

—Creo que en realidad solo estaba escondida, esperando a que tú la empujaras a salir —inclinó la mirada—. Gracias Hugo, siempre eres tan...

Pero no pudo terminar la frase porque él la interrumpió.

—Haría todo por ti. —Sus ojos se cruzaron de golpe y la mirada obsidiana se intensificó entonces—. Mataría por ti.

—¿Lo harías? —preguntó, y al

instante se mordió la lengua. ¿De verdad le estaba preguntando algo así? Debía de estar loca, y a él ya no podía quedarle ninguna duda de ello.

—Sabes que sí —respondió Hugo con seriedad.

Lo sabía.

—¿Por qué? —insistió Clara.

Hugo se humedeció los labios en un gesto sumamente sensual mientras insistía en mirarla con fijeza.

—Porque te quiero. Con toda el alma.

Clara suspiró, como si aquellas palabras le dolieran, como si le vinieran demasiado grandes. Incluyó la cabeza y

enredó su mano con las crines oscuras y lacias del caballo.

—¿Cómo puedes hacerlo? —dijo apenas en un susurro, hablando como para sí—. ¿Cómo demonios puedes quererme después de todo?

Fueron las palabras de Hugo las que la obligaron a alzar de nuevo la mirada y sentir el corazón a punto de infarto.

—¿Cómo podría no hacerlo, mi pequeña boba?

La ayudó a descender de la montura permitiendo que su cuerpo resbalara con demasiada lentitud por el suyo, y sus rostros, su aliento, sus pasiones y todo

el deseo acumulado, se encontraran a escasos centímetros el uno del otro. La ciñó con firmeza por la cintura, estrechándola contra sí, acoplándola a su cuerpo, sin dejar de mirarla y sin darse cuenta de que todas y cada una de las terminaciones nerviosas de aquella damita cobraban vida propia.

Sonrió al mirarla así, entre sus brazos, absolutamente confiada a él, expuesta y vulnerable, y sintió una sensación cálida y agradable quemándole el pecho a la vez que su marcado instinto protector se despertaba de nuevo. Vivía por ella. Mataría por ella.

Y entonces lo abrumó la realidad de sus pensamientos y la necesidad de sentirla se hizo más fuerte. Apartó las manos de su cintura solo para rodearla con sus brazos y atraerla con mayor firmeza. En esa posición era capaz de sentir, perfectamente, el corazón de ella latiendo desbocado en su propio pecho, o cómo su respiración agitada era capaz de hacer subir y bajar la suave camiseta rosa de algodón. También su aliento cálido y entrecortado contra su garganta, sus labios entreabiertos suplicando clemencia o el brillo atribulado en sus ojos.

Sin necesidad de palabras, consumido por completo por sus emociones y por la experiencia sensorial que le embargaba, se inclinó hacia ella y trabó su boca en la suya con un afán enfermizo, fruto de la urgencia y la más pura necesidad.

Cuando Clara lo vio acercarse y sintió sus labios urgentes, cálidos y sensuales, un relámpago de fuego la traspasó desde el pecho a lo más remoto del bajo vientre. Un gemido de placer se ahogó en su garganta justo en el mismo instante en el que el fuego desaparecía para convertirse en algo más

devastador, auténtico y profundo. Enlazó sus brazos alrededor del cuello de él y se dejó envolver por aquel beso que convertía su sangre en lava, espesa y candente, circulando por los secretos rincones de su interior.

Mientras Hugo se daba una ducha después de que ella hubiera hecho lo propio, Clara, tumbada en la cama, sin saber bien qué hacer o qué postura adoptar, se enfrentaba a un dilema que no había considerado hasta el momento. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Cuál era el paso que se esperaba que diera? Inquieta, incómoda y nerviosa, se movió a un lado y al otro como si su cuerpo entero ardiera en llamas.

Se llevó las manos a las mejillas

tratando de aplacar el ardor y miró hacia abajo para comprobar que todo estaba en orden. Toda su piel, blanca como la leche, estaba cubierta de ronchas rosáceas a causa de los nervios y la anticipación. Resopló. Además estaba sudando. «*¿Puede existir acaso mejor suerte que la mía?*»

Después de lo bien que había ido la tarde, de lo bien que se lo habían pasado juntos en aquella primera e inocente experiencia como novios, después del abrasador beso en los establos del agroturismo y de la calidez que la había acompañado desde entonces, había decidido que era hora de dar el paso.

Pero en ese momento, desbordada por las dudas y los miedos, empezaba a sentir que se le estaba yendo de las manos. No, no estaba arrepentida de haber tomado al fin la decisión, no pensaba que se tratara de una equivocación, amaba y deseaba a Hugo sobre todas las cosas, simplemente el tema se basaba en que no sabía cómo llevarlo a cabo. ¿Y si empezaban bien y luego todo se torcía por su culpa? ¿Y si las horribles escenas del pasado volvían a agolparse en su mente destrozando toda posibilidad de continuación? ¿Cuántas veces más iba a poder dejar a

Hugo colgado sin que este decidiera mandarla a la mierda?

Empezó a acelerársele la respiración y las manos temblaron sin medida hasta el punto de no saber qué hacer con ellas. Optó por elevar las rodillas, tanto como permitía la fractura del pie, hasta formar una tienda de campaña bajo las sábanas, rodearlas con los brazos y hundir la barbilla en medio.

—¡Oh Clara, eres una estúpida! ¡Una completa estúpida! —gruñó en baja voz, temiendo ser oída. Pero el sonido de la ducha continuó llegando a sus oídos desde el baño integrado en la

habitación, por lo que seguía estando *a salvo*. De momento.

Clavó la mirada en la puerta del baño. Hugo saldría de un momento a otro envuelto tan solo en una de las enormes toallas blancas de la ducha. Y sería la imagen más sensual que podría imaginar. Resopló de nuevo y se regañó a sí misma por ser tan cobarde e insegura, repitiéndose mentalmente que el que estaba allí dentro no era Álex ni ningún otro chico, sino aquel al que ella amaba de forma irrevocable, apasionada e incondicional. Aquel que la amaba a ella del mismo modo.

—No seas cobarde, no seas cobarde —susurró, y con dedos torpes y agitados se deshizo del sujetador y de la braguita, consiguiendo permanecer desnuda bajo las sábanas, que ciñó con diligencia bajo las axilas. Aprovechó también para apagar la luz de la habitación y dejar encendida tan solo un pequeña lamparita de led sobre la mesita.

Cuando el grifo de la ducha se cerró y solo el silencio llegó desde la otra estancia, su corazón dio un vuelco y las tripas se retorcieron en un baile frenético y convulso, que imitaría al de los indios implorando lluvia.

Hugo salió del baño en ese momento y a Clara se le secó la boca en el acto. Ese ritual era el mismo de todos los días, siempre lo veía salir de la ducha con su cuerpo moreno y desnudo perlado de miles de gotitas, envuelto tan solo con la toalla ceñida alrededor de su cintura. Pero nunca, hasta este momento, le había impactado tan maravillosa imagen, porque nunca hasta entonces ella había estado dispuesta a dar cabida a lo que estaba a punto de suceder.

—¿Todavía estás despierta? —dijo casi en un susurro, deteniéndose erguido a los pies de la cama.

Clara lo recorrió con la mirada, sintiendo el corazón a punto de infartarse. ¿Cómo podía ser tan perfecto mientras que ella era tan...? Devolvió sus pensamientos a la realidad, concentrándose en la silueta que divisaba gracias a la tenue luz de la lamparita.

—Te estaba esperando —musitó avergonzada, y su voz sonó demasiado ronca y desquiciada.

Consciente de no ser capaz de decir mucho más sin hiperventilar, alargó hacia él una mano mientras la otra permanecía sobre el pecho, sosteniendo

la sábana a modo de escudo protector y ocultador de inseguridades.

Hugo aceptó el ofrecimiento tomando aquellos dedos temblorosos entre los suyos para reptar por el lecho, sensual y cadencioso como un felino, y acomodarse frente a ella, demasiado cerca y anhelante. Clara respiró hondo infundiéndose valentía, aunque ella también deseaba entregarse a Hugo y al placer que todos sus gestos prometían.

—¿Estás segura?

Ella cabeceó con energía y deslizó las piernas hasta que la tienda de campaña se deshizo. De esa forma se

mostraba más accesible y cercana. Hugo la miraba fijamente, arrobado, y la certeza de saber que aquel chico la amaba con verdadera devoción consiguió romper de forma definitiva sus barreras.

—Déjame intentar algo —susurró él sobre sus labios, absteniéndose sin embargo de besarlos.

Clara, confusa, cabeceó y cerró los ojos, esperando. ¡Si él supiera que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios en toda regla no la torturaría de ese modo!

Los besos llegaron, pero no sobre los

labios, como había esperado. Un reguero ardiente, suave y sensual se deslizó como lava candente desde la piel sensible tras las orejas hasta el dulce arco que enlazaba el cuello con el hombro, donde finalizó con un perverso mordisco que apenas llegó a arañar la piel.

—¿Clara? —siseó con dulzura. Ella abrió los ojos para encontrarse con los suyos a escasos milímetros.

Clara no dijo nada. Sus pupilas estaban dilatadas y Hugo supo que tenía toda su atención.

—Te quiero —declaró con voz

ronca, y selló sus palabras con un delicioso beso en los labios. Un beso dulce y casto que poco a poco fue ganando en urgencia y profundidad—... te deseo.

Clara jadeó y su cuerpo entero prendió en llamas. Temblorosa, como si aquella fuera su primera vez, boqueó y gimió bajito cuando separó los labios para acoger la lengua invasora de Hugo, que se movía explorando con destreza el interior de su boca, provocando que ambos cuerpos se fundieran en el beso hasta arder ambos bajo un mismo fuego abrasador.

Ella se abrazó a él con fuerza, atrapando su espalda bajo las manos extendidas, intentando abarcarlo por completo, aferrándose a sus hombros como un náufrago desesperado en medio de la tormenta.

Alentado por la necesidad de Clara y por su propia excitación, Hugo deshizo el beso, sin separar su mirada de la de ella, empujándola levemente hasta dejarla tumbada sobre el colchón. Ella aceptó el gesto y se acomodó, moviéndose entre las sábanas con sensualidad mientras le observaba, consumida por su propio deseo y por el

que vislumbraba en los ojos de Hugo.

Fue entonces cuando él barrió las sábanas a un lado y la visión de aquel cuerpo desnudo, expuesto completamente ante él, le transportó al abismo de la locura. Jadeó, sintiéndose a punto de explotar, pero se obligó a reunir cualquier resquicio de voluntad que pudiera quedar aún en su interior para contenerse y hacer las cosas bien. Debía ser precavido en sus avances y tan dócil como su deseo le permitiera, debía complacerla en todo momento y dejar que fuera ella la que marcara el guion a seguir.

Desnuda como estaba la podía contemplar perfectamente. Y era perfecta.

—Eres... preciosa —dijo con voz entrecortada, recorriendo con la mirada sus pechos blancos y tersos como dulces de leche, coronados por una erguida guinda que se moría por saborear. Su cintura era estrecha y sobre ella destacaba un vientre plano, níveo y exquisito que se deslizaba con gracia hacia la cadera, donde se reducía suavemente en curva hacia unos muslos separados e invitantes. Se obligó a tragar saliva con demasiada aspereza—.

Me muero por ti...

Si su voz sonó tan desesperada como a él le pareció, Clara no dijo nada ni compuso ninguna expresión extraña. Se limitó a humedecerse los labios de forma sensual y a entornar los párpados mientras observaba con deleite la mirada delirante y necesitada que él le ofrecía.

—Y como sigas mirándome así no voy a poder mantenerme cuerdo mucho tiempo más.

—No lo hagas... —lo alentó, y reposó su mano en el brazo de Hugo, reclamando su atención, exigiéndole lo

que él se moría por entregarle.

Aquella simple caricia lo hizo estremecer. Sentir el roce de su piel en la suya, tan cálida, tan sedosa, tan delicada, despertaba un sinfín de sensaciones ocultas a punto de desbordarse y aflorar.

Sin perder ni por un instante el contacto visual, Clara llevó la otra mano a un extremo de la toalla y, de un firme tirón, lo despojó de ella. La boca se le secó en el acto. Hugo no solo era perfecto como la estatua de un dios griego, sino que, en esos momentos, su virilidad expuesta y erguida frente a ella

la hizo estremecer, despertando un volcán de lava entre sus piernas y provocando que su corazón se saltara probablemente algún latido de más.

Despacio, muy despacio, se inclinó sobre ella, acomodándose entre sus piernas, descansando parte de su peso sobre sus brazos apoyados en el colchón, a ambos lados de la cabeza de Clara.

Y de ese modo, sin dejar de mirarla, empezó a besarla con toda la necesidad y el deseo acumulados hasta el momento. Clara gemía bajo él, ahogando sus jadeos contra los labios suaves y

dominantes que la derretían por momentos, ajustándose a su cuerpo, aferrándose a su espalda, trazando surcos sobre la piel morena con las uñas.

Solo cuando creyó sentirse saciado de su boca, Hugo separó sus labios de ella para deslizarlos por su garganta, dejando un reguero húmedo, y a la vez ardiente, sobre la piel de su escote y el valle entre sus pechos. Sentía que su necesidad de ella iba en aumento, que le faltaban segundos a los días para poder lograr todo lo que deseaba para Clara, quería que recordara esa noche como si fuera la primera, como si él fuera el

primero y no hubiera existido jamás nadie que mancillara aquel cuerpo que ahora lucía espléndido y apetecible delante de él. Le daría su recompensa, pues estaba siendo la mujer más valiente del planeta y merecía cada uno de los momentos de disfrute que él iba a ofrecerle. Lamió, besó y acarició con los labios aquella piel suave y tersa para acabar atrapando entre los labios las cúspides rosadas, tornándolas duras y deseables.

—Te deseo... —murmuró, deslizándose a continuación el reguero de besos sobre la tensa piel del estómago,

para introducir después la lengua en la
oquedad del ombligo hasta hacerla
gemir de placer.

Clara no cabía en sí de gozo, tal era
el cúmulo atropellado de sensaciones
que la embargaba. Sentía todo y nada al
mismo tiempo, era como subir al cielo
para bajar después a tierra firme, como
sentir la fuerte embestida de las olas
para reposar acto seguido en un lago
manso de aguas cálidas. Calor. Calor
extremo. Punto de fusión. Un fuerte
oleaje se debatía dentro de ella, la
marea crecía por momentos hasta
hacerla ascender hasta lo más alto, a la
cresta de la ola, para acto seguido

zambullirla de nuevo con violencia entre el agitado vaivén de las aguas.

En esos momentos solo ella era la reina de las mareas, ella y nadie más. Hugo sabía exactamente cómo y dónde tocar para llevarla al límite de sus sentidos. Sabía que iba a ser capaz de transportarla hasta donde nunca soñó con llegar, sentía que el alma entera se le iba con cada caricia y que el aliento empezaba a escasear mientras un fuego abrasador la consumía por dentro y por fuera.

Abrió los ojos, cerrados hasta el momento por un deseo cegador, para

contemplar cómo se marcaban los músculos en los brazos de él al abrazarla, con qué destreza se deslizaban sus dedos por la piel blanca, o la delicada forma que adoptaban sus labios al besarla. Consumida, los cerró de nuevo para dejarse ir entre caricias, gemidos de placer, besos húmedos y oleajes a punto de desbordarse.

Hugo no se quedó ahí, continuó bajando hasta que sus labios rozaron la delicada abertura entre sus piernas, recubierta de un suave vello como espuma de mar castaña. Una parcela prohibida que hizo saltar a Clara ante el primer contacto como un resorte.

Un fogonazo de recuerdos malsanos estalló en la cabeza de Clara, obligándola a abrir los ojos de golpe, exhalando el aire a bocanadas. Algo debió de percibir Hugo, puesto que reptó rápidamente por su cuerpo hasta alcanzar su rostro para colmarla de besos suaves, dulces, sosegados.

—¡Ssschhh, soy yo, soy yo, cariño...!
—murmuró contra sus labios, sin dejar de besarla, sin dejar de mirarla.

Clara todavía se revolvió, visiblemente incómoda, agitada, y no por el fragor del momento, si no por algo mucho más profundo y más negro.

Hugo le enmarcó el rostro con las manos y exigió su mirada.

—Clara, soy yo. ¡Mírame! —le pidió con contundencia.

Ella parpadeó con nerviosismo, obligándose a sacudirse las telarañas mentales y regresar del rincón recóndito de su memoria en el que había quedado atrapada durante unos segundos. Una sonrisa trémula se dibujó en sus labios en señal de reconocimiento.

—Hugo... —susurró temblando.

Él cabeceó y sonrió, nervioso a su vez, contento de que la bruma se hubiera disipado. Entonces ella deslizó la

mirada por el cuerpo desnudo de él y, al hacerlo, atrapó el labio inferior entre los dientes. Hugo reconoció de nuevo el deseo en sus ojos, pero esperó a que fuera ella la que retomara el momento perdido. Si es que acaso lo deseaba dar después de todo.

Por toda respuesta, Clara enlazó las manos alrededor de la nuca de él, para deslizar a continuación los dedos entre los gruesos mechones y atraerlo hacia sí. El contacto los hizo estremecer a ambos y el beso fue devastador.

—Quiero sentir cómo me completas, cómo me llenas con tu cuerpo, con tus

palabras, con tus caricias... —gimió contra sus labios— para que lo único en lo que pueda pensar sea en ti, en ti haciéndome el amor.

Hugo parpadeó al escuchar las sensuales palabras de Clara. No las esperaba después de su momento de pánico y se sorprendió. Pero lejos de enfriar las cosas entre ellos, aquella declaración, dicha por sus labios en un instante tan excitante, lo catapultó a un estado de deseo febril que estaba a punto de devorarlo. Tragó saliva y jadeó al sentir los contoneos del cuerpo de Clara en sus manos. ¿Estaba impacientándose? ¿De verdad deseaba

entregarse a él y recibirlo del mismo modo? El deseo contenido a duras penas estaba a punto de devorarlo.

—¿Estás...?

—Hazme el amor, Hugo —imploró jadeante, arqueándose necesitada, aferrándose a su boca como si le faltara aire y precisara recurrir al de él.

Sin deshacer el lazo que sus miradas habían forjado, ni detener la danza rítmica y sensual que mantenían sus lenguas, Hugo se deslizó dentro de ella con un único movimiento lento y sedoso. Clara profirió un grito de placer que nació en lo más profundo de su garganta

y se arqueó contra él, sintiéndose libre, por primera vez, para clavar las uñas en su espalda y envolver la cintura masculina con sus piernas.

Siendo uno solo, consumidos por un mismo fuego, empezaron a moverse al unísono en un baile tímido, lento y sensual al principio, urgente, feroz y necesitado después.

Y entonces el sueño, el deseo y los anhelos más secretos dejaron de ser una quimera en la cabeza de ambos para convertirse en sensual realidad.



«Álex avanzaba hacia ella con paso feroz. Ceño fruncido, mandíbula apretada, hombros cargados hacia adelante y brazos ligeramente separados del cuerpo. Parecía un loco dispuesto a todo, o un lunático que fuera a cargar contra ella en ese mismo instante, sin más armas que su propio cuerpo y toda la ira que derramaba. En realidad nunca le había hecho falta nada más.

Clara tembló de forma

descontrolada, sin poder apartar la mirada de aquella bola de demolición que caminaba, casi corría, hacia ella con la determinación de un demente pintada en el rostro y en todos sus gestos. Los dientes le castañetearon y un fuerte ramalazo de dolor, consecuencia de los nervios y la anticipación, cruzó por su vientre justo en el mismo momento en que un segundo escalofrío la sacudía de arriba a abajo. Gimió y sollozó, sabiendo lo que se le venía encima y las escasas posibilidades que iba a tener de esquivarlo.

Conforme se acercaba a ella, Alex

levantó el brazo derecho para dejarlo suspendido en el aire de forma amenazante, mano en puño. Sus ojos azules centellearon de pura malignidad y sus labios se replegaron en una mueca siniestra a medio camino entre sonrisa y rictus rabioso, dejando a la vista una hilera de dientes apretados hasta el punto de rechinar. Parecía un lobo dispuesto a descuartizarla.

Clara cerró los ojos y los apretó con fuerza hasta ver chiribitas en la negrura. Se aovilló en un acto reflejo y esperó el golpe, la lluvia de golpes en realidad, que no dejaría de

atormentarla hasta que aquel monstruo se agotara, o se aburriera, de cebarse con ella.

Pero ningún golpe llegó. Y eso fue muy extraño.

Despegó los párpados muy despacio, temerosa de que, al abrirlos del todo, un puño de acero se estampara contra su cara, pero Álex ya no estaba. En su lugar vio a Hugo, desnudo como Dios le trajo al mundo. ¡Y qué Dios tan espléndido y virtuoso!

La boca se le secó en el acto y las pupilas se dilataron hasta convertir sus iris en dos carbones negros como la

noche.

Hugo avanzó hacia ella con su prometedora sonrisa en los labios, muy seguro de sí mismo y de la reveladora reacción que su cuerpo desnudo provocaba en ella. Alargó su brazo derecho, el mismo que Álex acababa de levantar contra ella, para sujetarla por el codo y atraerla suavemente hacia él.

Clara se encontró gimiendo de placer cuando el cuerpo cálido de Hugo la rodeó por completo en un acogedor abrazo, y jadeó cuando sus labios dejaron una estela de fuego por su cuello, tenso y erguido. Con dedos

veloces y autónomos, Hugo la liberó de su blusa, deslizando la tela con suavidad hasta dejar a la vista los hombros blancos y delicadamente torneados. Después fue el turno del sujetador, que desabrochó con destreza, liberando aquellos firmes y pequeños montículos cremosos.

Una oleada de calor ascendió desde lo más profundo de las entrañas de Clara para instalarse en su pecho, quemándolo todo a su paso, calcinando su interior y transformando la sangre de sus venas en auténtico fuego líquido.

Se obligó a cerrar los ojos y contener el aliento cuando lo vio arrodillarse frente a ella, depositar las manos en sus caderas y atraerla hacia sí para mirarla desde abajo con fervor, como un pagano miraría al dios de su devoción, y acto seguido hundir los labios en sus pechos para degustarlos a placer, lamerlos, probarlos, mordisquearlos, succionarlos. Su placer estaba ya alcanzando cotas de puro éxtasis cuando...»

La luz brillante de la mañana y el dedo de Hugo, deslizándose

serpenteante por su espalda desnuda, la despertaron por completo. Se volvió despacio hasta quedar boca arriba, vestida tan solo con la sábana que la envolvía como si fuera una mariposa en su crisálida, frente a frente con él, que permanecía sentado en el borde de la cama. Hugo se sorprendió cuando descubrió en aquellos ojos color chocolate una inesperada mirada ceñuda y entristecida.

—¿Te he despertado? —preguntó, sin dejar de recorrer con los dedos la adorable parcela de piel nívea y sedosa que conformaban el hombro y la clavícula de Clara—. Lo siento, creí que

ya estabas despierta. Como llevabas un ratito gimiendo y moviéndote bajo las sábanas creí que estabas sufriendo otra pesadilla...

Clara gimió de nuevo sin poderlo evitar y se sorprendió cuando descubrió una lágrima tras otra corriendo por sus mejillas. Estaba llorando, a mares. Acentuó el ceño fruncido consumida por una agonía extraña, por un dolor desconocido, sintiéndose desolada por dentro, vacía, incompleta. No era el sufrimiento habitual que seguía a las pesadillas. No eran lágrimas de miedo ni de malestar. Esta vez se trataba de

algo...distinto. Y por distinto, la sorprendió.

—¡Ey, ey, ey! —Hugo reptó por la cama hasta situarse de rodillas a su lado. Parecía francamente preocupado y esta vez fue su ceño el que se frunció con empeño—. ¿Por qué lloras?

Vestía un escueto bóxer negro que Clara distinguió por el rabillo del ojo, y en verdad lucía tan sexy como en su sueño. ¡Jesús, más sexy aún que en su cabeza, y eso ya era una tortura de por sí! Se llevó las manos a la frente para encajarlas en las sienes y apretar con fuerza. Un sollozo hondo y ahogado la

sacudió, obligándola a hipar consumida por un llanto que ya no parecía posible parar.

—¿Qué pasa, Clara? ¡No me dejes así, joder! —insistió él, sujetándola por los hombros—. ¡Mírame, cariño! —Por supuesto, no lo hizo—. ¡Mírame y dime qué pasa!

Esta vez alzó hacia él unas pupilas vidriadas por completo. Su rostro húmedo y enrojecido a causa del incesante llanto consiguió ablandarlo de forma definitiva y despertar en él la ternura y la compasión que acompañaban a Clara de forma implícita

en su mente. Era tan adorable como una niña, tan entrañable como uno de esos peluches a los que resulta imposible no abrazar y acariciar.

—¿Estás mal? —continuó indagando, satisfecho al ver que ahora tenía su atención—. ¿Otra pesadilla? ¿Es eso?

Para su sorpresa, ella sacudió la cabeza con vehemencia. Hugo cuadró los hombros y esta vez la ignorancia en su rostro debió de ser manifiesta, pues provocó que Clara se decidiera a hablar. Si acaso se podía catalogar como «*hablar*» al hecho de espurrar palabras en medio de gemidos, hipidos y

sollozos.

—¡No...no era ninguna pesadilla! — Hugo abrió mucho los ojos, levantando las cejas hasta hacerlas desaparecer bajo su desparejo flequillo—. ¡Era... era el sueño más...más maravilloso que he tenido en mi... en mi vida!

Y de nuevo ocultó el llanto bajo las manos para desahogarse a placer.

—No entiendo nada, Clara, cariño — dijo apenas en un susurro, depositando las manos sobre las suyas para derribar tan innecesario escudo—. Un sueño feliz no te despierta con un llanto desgarrador...

Ella le miró fijamente, sus pupilas temblaban y las lágrimas seguían corriendo con prisas.

—¡No lo entiendes! ¡Tú eras el sueño! —espetó. Y sus mejillas se encendieron aún más, consecuencia de una encantadora vergüenza—. Me tocabas, sin reparos, sin barreras, recorriéndome a tientas —y acompañó sus palabras entornando los ojos y lamiéndose los labios, sumergiéndose de nuevo en la dulce nebulosa de su sueño—, tropezándote en mi piel, como el ciego que solo es capaz de ver a través de las yemas de sus dedos...

Se silenció para tragar saliva y Hugo aprovechó para acercarse a ella y deslizar la palma abierta por su cuello despejado, rodeándolo, abarcándolo por completo, para deslizarse después por su escote y atrapar bajo su hueco cada pequeño lunar, cada diluida venita azul.

— Me acariciabas toda con tus dedos, con tus labios, con la lengua, me hacías sentir tanto placer con solo rozarme...

Hugo cerró los ojos un segundo, sintiéndose en el borde del abismo, a punto de explotar. Si acaso existía la felicidad plena, él la había

experimentado la pasada noche entre los brazos de Clara. La había amado en cuerpo y alma y, por vez primera, ella se había dejado amar del mismo modo. Clara era su vida, Clara era su sueño hecho realidad, Clara era la única que tenía en su poder la llave de todo su mundo y de su felicidad completa, y ahora, si acaso durante la noche no había perdido la razón y al despertar estaba sufriendo una engañosa alucinación, ella le decía que estaba dispuesta a hacer uso de esa llave. Con él. Su cuerpo reaccionó como se esperaba, presa de la pasión más primitiva y de un bajo instinto predador,

pero su mente estallaba en fuegos de artificio, presa del delirio más afortunado.

—Y no había fantasmas, no había miedos —continuó ella.

Un gemido hondo huyó de los labios de Clara al tiempo que un gruñido gutural escapaba de la garganta de Hugo.

—Si tan bueno era tu sueño... —ronroneó contra su cuello, hambriento y desquiciado—. ¿Por qué despiertas entre lágrimas?

Ella gimoteó como una niña pequeña consumida por una rabieta que ningún adulto es capaz de entender. Y a pesar

de que Hugo había empezado a deslizar sus labios de fuego por los tendones arqueados de su cuello, por su clavícula y por la piel delicada que cubría esa zona, consiguió hablar y hacerse entender entre suspiros y gemidos de placer.

—¡Porque he despertado y no he podido hacerlo realidad! —exclamó, y su tono descendió una octava cuando la lengua de Hugo alcanzó el hueco bajo el cuello, justo en medio de las clavículas —. ¿No lo entiendes? ¡Deseaba hacerlo realidad!

Una sonrisa lobuna asomó a los

labios de él. No dijo nada, no hizo falta. Simplemente la recorrió con la mirada, centrándose en sus labios temblorosos y enrojecidos por el llanto, y con un movimiento tan sutil como estudiado la liberó de la fina crisálida que formaba la sábana para descender muy despacio sobre ella, separándole los muslos con un par de toques de rodilla para cubrirla por completo con su cuerpo. Entonces sujetó su barbilla con dos dedos y la besó con pasión, apretándose contra ella, haciéndola partícipe del deseo que emanaba de su cuerpo, de la rotunda erección que suplicaba ser tenida en cuenta.

—No quiero despertar... —jadeó ella, arqueándose contra él—. Llévame a ese sueño y no me dejes despertar.

Con un movimiento rápido Hugo se liberó de la ropa interior, acomodándose de nuevo entre los amorosos muslos abiertos para él.

—Siempre será un placer para mí hacer realidad todos tus sueños —y con una mano le apartó varios mechones del rostro para verla bien y que ella lo viera a él—, y quedarme en ellos contigo. Mírame, princesa, porque soy yo el que te ama y soy yo el que va a hacerte el amor hasta arrancar de tu cabeza esos

fantasmas que te persiguen.

Y mientras así hablaba se deslizó muy despacio dentro de ella, encajándose en su cuerpo con un movimiento cadencioso y suave, como si ambos fueran dos piezas de un puzle que ensamblaran a la perfección.

Álex colgó el teléfono después de una intensa charla que no había esperado pero que, de algún modo, acababa de alegrarle el día. Eso por un lado, porque por el otro estaba que se lo llevaban los demonios y, si sus ansias homicidas llevaban semanas alcanzando cotas insospechadas, a esas alturas rozaban ya el abismo de lo prohibido.

Si la pillaba por banda... ¡ay, si la pillaba por banda esa zorra iba a saber lo que era bueno! ¡Y por Dios que iba a

hacerlo!, pensó, relamiéndose de puro placer anticipatorio. ¡Iba a atraparla entre los dedos como a un indefenso ratoncillo solo para darle su merecido después! Y eso iba a suceder pronto, muy pronto.

Suspiró y permaneció un rato mirando la pantalla iluminada del móvil, donde se reflejaba todavía aquel número y su respectivo nombre de contacto. Una sonrisa torcida y maliciosa curvó sus labios. No podía creer en su buena suerte y mucho menos que las cosas se fueran solucionando por sí solas gracias a la intervención de alguien inesperado. Si aquel viejo imbécil supiera que

acababa de quitarle de encima un peso que llevaba más de un mes cargando sobre los hombros...

Y eso que al principio había estado tentado a no descolgar. Tenía el número guardado en la agenda y, al reconocerlo, supo que *el alemán* no le llamaba precisamente para preocuparse por su salud o por cómo le iba la vida por Santiago. Estaba seguro de que aquel viejo solo contactaba con él para exigirle el pago de la deuda contraída la pasada primavera. Llevaba demasiados meses bombardeándolo con mensajes y llamadas apremiantes, por lo que esta

vez, por fuerza, iba a ser más de lo mismo. ¡No se olvidaba, el muy perro! Aunque bien mirado, se trataba de mucho dinero como para olvidarse de él.

El alemán le había provisto de unas anfetamidas muy buenas, la última moda en Alemania entre los jóvenes, le había dicho. Proporcionaban un subidón de la hostia y no te dejaban un bajonazo demasiado jodido después. ¡Colocón del bueno!

Álex no había podido resistirse a probar la novedad y había compartido la bolsita con sus colegas, había ido

ofreciendo a unos y a otros y pillando él mismo en cuanto le venía en gana, hasta el punto de que, cuando quiso darse cuenta, ya no había mercancía suficiente para vender. Y el proveedor quería cobrar igualmente, porque aquel viejo era peor que el dichoso Gollum con su anillo. ¿De dónde demonios iba a sacar la pasta?

Odiaba que le estuvieran siempre encima, y *el alemán* era de los perseverantes. Un grano en el culo en toda regla. Cada semana, desde hacía meses, le llamaba o le dejaba mensajes de texto cuando no respondía al teléfono. Acoso y derribo, acoso y

derribo.

Esta vez, sin saber por qué, había decidido contestar. Tal vez se debía a su elevado grado de aburrimiento, a sus ganas de pasar el rato cabreando un poquito al viejo hasta hacerle espumar por la boca, como el caracol al que fastidian tocándole los cuernecillos y obligándolo a recular, o tal vez fuera el destino, que por una vez estaba de su parte.

Luego de un saludo falsamente zalamero el viejo alemán pasó al tema que le ocupaba, su preferido, el *money money*, diciéndole que esperaba cobrar

antes de la próxima reunión o que, de lo contrario, no habría más mercancía y encima mandaría a uno de sus chuchos de confianza a hacerle una visita a tierras gallegas. Solo para que no se olvidara de él ni de las deudas contraídas.

Álex trató de camelarlo cuanto pudo diciéndole que trataría de reunir la pasta y zanjaría la deuda, que no se preocupara por eso. Solo necesitaba un poco de tiempo.

Aparentemente complacido, *el alemán* cambió de tema, desviando su eterna cantinela de avaro desquiciado

hacia derroteros mucho más interesantes, o al menos lo fueron para su interlocutor. Por supuesto, interesantes después de haber tenido que soportar toda una retahíla de chanzas y pitorreo acerca del tamaño de sus cuernos o de las facultades viriles supuestamente perdidas.

Un mensaje de *whatsapp* entró en ese instante. El alemán le había dicho que tenía algo que enseñarle. Deslizó el dedo por la pantalla táctil para encontrarse con la imagen que el viejo acababa de enviar. Apretó los dientes hasta que las sienes se resintieron y un brillo asesino chispeó en sus pupilas

azules.

Aquellos dos estaban muy equivocados si se pensaban que iban a reírse de él. Iba a hacerles pagar muy cara su osadía. A ambos. A la zorrita con piel de cordera y a su estúpido caballero andante.



Con el correr de los días, el carácter y el ostracismo habituales de Clara se fueron dulcificando, hasta el punto de pasar del vinagre más ácido a un suave

balsámico.

Hugo se quedó alucinado cuando la descubrió cierta tarde, apoyada en el cartel de actividades del agroturismo, por lo visto esperándolo para hacer juntos el camino de vuelta. Era un gran avance el que Clara abandonara su crisálida por propia iniciativa, comprobando por sí misma que, ni la luz del sol ni el roce del aire, la iban a desintegrar. Era una buena señal, una gran señal. Quizás, al fin y al cabo, el final del túnel ya no estaba tan lejos.

Casi se derritió cuando la vio con su cabello suelto y brillante, infinitamente

largo y medido por el viento, esperándolo solo a él, sonriendo como una chiquilla que pretende demostrar ser capaz de realizar una hazaña que hasta el momento le había estado vetada. Vestida con una amplia camisa a cuadros negros y blancos, abierta encima de una camiseta negra de tirantes y unos vaqueros de color negro, sembrados de estudiados rotos transversales, parecía una joven como otra cualquiera y no la pobre chica con un pasado infernal que ella misma se empeñaba en ser. Y además estaba preciosa. No. Incorrecto. *Era* preciosa.

Las pesadillas no remitieron, pero se

fueron espaciando, del mismo modo que los momentos íntimos entre ambos cobraron protagonismo, hasta convertirse en un sueño que a diario hacían realidad. Clara era dulce y sabrosa como una fruta madura y, tal y como Hugo había podido entrever, a pesar de la coraza auto impuesta, tenía mucho afecto para dar y muchísima necesidad de recibirlo, de sentirse arropada, querida y deseada. Era muy posible que nunca antes le hubieran hecho ver lo maravillosa que era, la visión tan perfecta y placentera que ofrecía su cuerpo desnudo tendido en

pleno relax, la dulzura de sus ojos plegados por el sueño, su pelo derramado sobre la almohada o sus labios dormidos, con las comisuras elevadas amagando una dulce sonrisa. La amaba hasta el delirio, la deseaba hasta consumirse por completo en el fuego de la pasión. Y así se lo demostraba cada vez que estaban juntos.

Incluso Lenny había notado una agradable mejoría en el estado de ánimo de su amiga. Después de la primera llamada desde la isla, habían hablado un par de veces más, y en cada una de ellas Lenny se había quedado con un regusto amargo en los labios. Con Clara era así:

un querer y no poder. A veces le gustaría abrazarla hasta espachurrarla por completo y en otros momentos sentía que se le iba la vida por darle un buen pescozón.

Sin embargo, en los últimos días, algo había cambiado para mejor. Y ese algo era que al fin Clara había conseguido dar el paso y derribar sus propias barreras.

Cuando una tarde Clara le contó en confidencia cómo había sido aquella primera vez, evidentemente sin el menor lujo de detalles porque ella era así de apática cuando quería, poco faltó para

que Lenny tirara fuegos artificiales.

Atrás quedaron las llamadas inseguras, los pensamientos caóticos, las pesadillas que invadían su mente a cada instante, impidiéndole disfrutar de la vida como se merecía, obstaculizando su relación con Hugo.

¡Bendito Hugo!, pensó Lenny. La labor de titanes que había emprendido con Clara por fin empezaba a dar sus frutos. Pronto Álex solo sería una sombra en su mirada o un ligero dolor en su corazón.

—Entonces ¿te sientes bien? ¿De verdad puedo respirar tranquila y asumir

que vuelves a ser tú?

No era eso lo que quería preguntar en realidad, sino si Hugo era bueno en la cama, si estaba tan bueno sin ropa como con ella y si hacerlo con él era tan maravilloso como una podía llegar a imaginarse en sus sueños. Pero se obligó a reprimirse, no era el momento más oportuno para ese tipo de interrogatorio. Clara la mandaría al cuerno en el acto y colgaría el teléfono sin opción a rellamada.

Con todo, a pesar de su trabajosa discreción, Clara había suspirado de forma audible, seguramente habría

puesto los ojos en blanco. Lenny casi la podía ver de esa guisa. La conocía demasiado bien.

—¡Que sí, pesada! —Y de nuevo la escuchó resoplar, aunque era obvio que también reía. Buen asunto—. El pie duele menos y las pesadillas ya no me agobian como antes. Esta noche incluso he dormido del tirón sin necesidad de calmantes.

—Me alegra oír eso —dijo Lenny. Durante unos segundos se instaló entre ambas un breve silencio seguido de una risita pícaro—. Será que el ejercicio le sienta bien a tu cuerpo, después de

todo...

Clara se puso colorada como un tomate.

—¡Lenny! —regañó, falsamente indignada.

—Mujer, ahora al menos acabas el día con un cierto grado de agotamiento encima que resulta muy pero que muy beneficioso. ¡No me vas a decir que no!

—Pero, ¿estás loca? ¡No quiero oírte!

Estuvo segura de que su grado de sonrojo igualaba al que mostraban los dibujos animados en la televisión. ¡Y todo por culpa de la loca de Leonor!

—Es que a este paso ibas a criar telarañas ahí abajo, Clarita. ¡Ya era hora de que le dieras gustito al cuerpo, mujer! —continuó riendo la otra. Y estaba claro que se lo estaba pasando pipa a su costa—. ¡Menuda forma de desperdiciarte y de desperdiciar a un tío como Hugo! —Ya no pudo contenerse más—. ¿Sigue estando tan bueno como siempre?

Clara se mordió el labio inferior en un suspiro. En el fondo aquella rubia dependolada tenía razón. Si el sexo consentido ya de por sí resultaba un acto agradable, realizado con la persona a la

que amas suponía el sùmmum de la perfección.

—¡Ay Clarita, me alegra que estés bien! —Lenny habló en un tono conciliatorio esta vez, solo para meter la pata en el siguiente segundo, hablando mientras se desternillaba de risa—. ¡De seguir por ese camino iba a acabar por llamarte doña Vinagre, la doncella de las bragas de acero!

La carcajada que resonó del otro lado aumentó los rubores de Clara. Sin embargo no se enfadó con ella. Sabía que Lenny era una cabra loca, pero una cabra fiel que siempre la había querido

y que siempre había velado por ella, después de todo.

—Gracias Lenny —fue todo lo que pudo decir—. Puede que al fin y al cabo la felicidad sí sea posible.



«Se encontraba en el saloncito del apartamento, recostada en el sofá frente a la tele. No sabía qué hora era, pero debía ser por la tarde, puesto que estaba sola y aburrida. Los continuos bostezos y los ojos a medio entornar, el

bol intacto de palomitas a su lado y el frenético zapping ejecutado, mando en alto encañonando a la tele, eran prueba más que evidente de ello.

De pronto captó a través de la pantalla un movimiento fugaz a su espalda. Una sombra negra que acababa de deslizarse por detrás de ella con absoluto sigilo y rapidez, como si estuviera hecha de bruma.

Había alguien más en casa. Alguien que no debería estar allí.

Giró la cabeza y toda la parte superior del cuerpo en una fracción de segundo, mientras enfocaba con

enfermiza fijación en dirección al pasillo que se abría a su espalda. Una conocida señal de alerta acababa de activarse en su cabeza y, paralizada por el miedo, ya no fue capaz de parpadear, tragar saliva o respirar, tampoco de mover ni un solo músculo, ni una sola pestaña, y mucho menos de coordinar pensamientos. Era como si sus funciones vitales se hubieran desactivado y solo pudiera mirar fijamente en aquella dirección tratando de escuchar o de encontrar cualquier cosa fuera de lugar. Quizás esperando que lo que fuese que había visto a través del reflejo de la tele, se revelara

ante ella de un momento a otro.

Pero no se veía nada, no se escuchaba nada más que el frenético zumbido del corazón taladrándole el pecho, las sienes y la boca del estómago. Solo el martilleo implacable del segundero del reloj de la salita y el monocorde bisbiseo de la tele, sonando como un run run lejano.

No lo había imaginado. Lo que fuera que echaran por la tele mostraba una secuencia nocturna y la pantalla actuaba como un espejo, reflejando el espacio abierto del salón con absoluta fidelidad. Y había visto una sombra

cruzar agazapada a su espalda. Un movimiento preciso, rápido y nítido. La había visto.

Fueron unos segundos eternos de miedo e ignorancia en los que no fue capaz de moverse ni de pensar cosa alguna. Solo esperar mientras el corazón permanecía al borde del infarto.

Por el rabillo del ojo percibió movimiento al otro lado de la estancia: el baile cadencioso y oscilante de los visillos de la galería, que se mecían con la brisa de la tarde gracias al espacio que creaba una puertaventana

entreabierta, formando un globo de tela.

Un suspiro prolongado resonó en la estancia y, después de esperar aún un par de segundos más para cerciorarse, se relajó y recuperó su posición frente a la tele, esbozando una sonrisa de alivio.

—Tonta, te asustas de cualquier cosa, solo era una cortina zarandeada por el viento —se regañó, en realidad riéndose de sí misma y de sus miedos—. Cualquiera que te vea...

Respirando con forzada calma cerró los ojos y se recostó plácidamente,

presta a entregarse al descanso, cuando una mano enorme surgió de alguna parte a su espalda para cubrir con fuerza su rostro, abarcando boca y nariz, apretando como un remache de acero hasta el punto de impedirle respirar. Ella desorbitó los ojos consumida por el pánico más atroz, llenando el aire de patadas desesperadas mientras llevaba las manos a aquella prensa de acero, tratando de desasirla o de crear una rendija entre los dedos a través de la que poder respirar; quiso morder, quiso zafarse del castigo. En vano. Aquella sola mano, cerrando con saña

sobre su rostro y empotrando su cabeza contra el respaldo, era capaz de inmovilizarla por completo sin otra ayuda más que su fuerza bruta.

Entonces, cuando la falta de oxígeno amenazaba con sumirla en la más absoluta inconsciencia, una voz grave y antinatural, apenas susurrada, que procedía de todas partes y de ninguna a la vez, bisbiseó en su cabeza:

—¿Me has echado de menos, Clarita?»

Abrió los ojos de golpe, incorporándose en el sofá como

impulsada por un resorte invisible, hasta quedar completamente sentada y bamboleante como un tentetieso. Jadeaba, resollaba y sentía que le faltaba el aire, como si alguien le hubiera mantenido la boca y la nariz tapadas durante demasiados minutos. Al menos eso era lo que había sucedido en su pesadilla, lo que no implicaba que fuera a revertirse a la realidad. ¿Verdad?

Las pesadillas solo estaban en su cabeza y no cobraban vida una vez abiertos los ojos. Solo tenían validez mientras dormía, como el tenebroso Krueger con aquellos muchachos. Ahora

que había decidido por fin tomar las riendas de su vida no iba a permitir que las pesadillas dominaran todo su mundo, que la influyeran de forma negativa y se impusieran ante todo lo demás. No iba a darles esa potestad, no iba a permitirlo.

—Tú eres más fuerte que todo esto, Clara —susurró para sí misma. Pero se llevó una mano todavía trémula a los labios y le pareció notar aún la presión de cinco dedos cerrando con violencia sobre su rostro. Meneó la cabeza, disgustada. No tenía mucho sentido prolongar las paranoias mucho más, no iba a permitir que dominaran.

—No pasa nada, no pasa nada —
continuó alentándose.

Boqueó un par de veces más para normalizar la respiración e insuflarse voluntad. Había tenido una pesadilla, otra pesadilla horrible y siniestra como las demás. Y eso era todo. Exhaló en profundidad y se llevó la mano al pecho. El corazón, ajeno a los trabajos de voluntad de su propietaria, continuaba bombeando en un ejercicio desquiciado.

¿A quién quería engañar? Esta vez había algo diferente en la sensación que le quedó en la boca del estómago y en todo su cuerpo al despertar. Algo no iba

bien, algo en su interior le gritaba que las cosas no iban bien, que esta pesadilla no era como las otras.

—¿Y si ha sido una señal? —susurró para sí misma, sin dejar de mirar a un lado y al otro, asustada, teniendo la extraña sensación de no encontrarse sola.

Pero allí no había nadie. Estaba sola. Y paranoica.

Inhaló en profundidad por la nariz hasta que la ingente cantidad de oxígeno le provocó ansiedad y dolor en el pecho.

Aquella era la estancia de su pesadilla, se encontraba en el sofá frente

a una tele encendida e incluso ella vestía la misma ropa, la voz que había oído en su cabeza era la de Álex y la sensación de asfixia era legítima. Por alguna extraña razón, o quizás por todo ese cúmulo de casualidades, tuvo un mal presentimiento, algo que nunca antes había sentido, por lo que no dudó en comprobar si sus sospechas eran infundadas o no. Con manos temblorosas sacó el móvil del bolsillo y pulsó la tecla de rellamada.

Se alegró de que Hugo no se encontrara en casa. Después de unos días a salvo de pesadillas temía descubrir la decepción en sus ojos si

comprobaba que había vuelto a las andadas.

—¿Lenny? —exclamó, cuando del otro lado se escuchó la cantarina voz de su amiga—. ¡Lenny, necesito que me hagas un favor!

—Hola Lenny, ¿qué tal estás? —se burló la aludida en claro tono de reproche—. No estaría de más que fueras solo un poquito amable de vez en cuando, ¿sabes? No todas tenemos la suerte de pasar el verano en una isla maravillosa con un chico maravilloso...

—¡Lenny, no hay tiempo! —jadeó, cada vez más nerviosa. Al sacar sus

sospechas de la cabeza, parecía que cobrarán mayor fuerza, hasta el punto de convertirse en fantasmas incorpóreos capaces de causar un mal real.

La urgencia y la desesperación fueron evidentes en su voz. Tanto, que la rubia no pudo menos que ponerse seria por una vez y preguntar:

—¿Ha pasado algo?

—¡Lenny, escucha! —Más que hablar, Clara espurreaba las palabras, expresándose con el teléfono apretado contra la oreja mientras paseaba la vista con nerviosismo de un lado a otro, como si temiera sorprender al intruso de su

pesadilla en cualquier momento—. ¡Necesito que compruebes algo! ¡Es urgente! ¡Es... cuestión de vida o muerte!

—Clara, me estás...

Clara rompió a llorar de forma ruidosa.

— ¡Necesito saber si Álex sigue todavía en Santiago!

Hugo asomó la nariz por la puerta entreabierta del despacho del *alemán*. Necesitaba hablar con él para tratar las vacaciones. Quería hacer algo con Clara antes del fin de temporada, un viaje a otra de las islas o algo así, y era buena cosa hablar las cosas con tiempo, a la vista del pedazo de pan duro que estaba hecho aquel tipo.

Se disponía a llamar cuando llegó hasta él la voz del jefe, aparentemente hablando por teléfono de bastante buen

talante. Detuvo el puño en suspenso en el aire, absteniéndose de hacerlo sonar contra la madera y, sin quererlo, fue testigo de una parte de la conversación:

—Hombre, yo no sé, desde luego no parece echarte mucho de menos, a juzgar por lo que he visto, pero si tú lo dices...

—soltó una carcajada maliciosa y, a continuación, se silenció, presumiblemente para escuchar a su interlocutor—. Sí, sigue aquí, estoy seguro. ¡Válgame Dios, si tuviera tan seguras otras cosas como, por ejemplo, cuándo voy a cobrar las putas deudas...! —se escuchó el crujido de la silla giratoria, por lo que Hugo recreó en su

cabeza la imagen del jefe dando vueltas detrás del escritorio, repantigado en su silla, pegado al teléfono—. No seas terco, cabrón, píllate unos días y vente a hacerme una visita, así de paso arreglamos cuentas, que ya va siendo hora, ¿no te parece? Este viejo avaro se ha cansado de ser un buen samaritano y no quisiera tener que ponerse serio con un viejo cliente.

Hugo retrocedió despacio, sin dejarse ver ni oír. Aquello no iba con él y, desde luego, no le gustaba escuchar conversaciones ajenas. Máxime si parecían derivar hacia derroteros poco

recomendables. Allá cada cual con sus problemas, bastante tenía él. Recorrió el pasillo con decisión. Ya hablaría con el jefe en otro momento.



—¿Vas a comerte ese último trozo?
¡Eo! ¡Tierra llamando a Clara!

La intervención de Hugo arrancó a Clara del universo paralelo en el que llevaba sus buenos diez minutos perdida. Levantó la mirada del punto invisible en su plato para centrarla en

las oscuras pupilas de Hugo que, sentado frente a ella, señalaba el trozo de pizza que se enfriaba en su plato.

—¡Oh, no! —exclamó de forma apresurada, consciente de haber permanecido ausente mentalmente más tiempo del necesario. Lo que no era bueno. No quería levantar sospechas—. Estoy llena, todo para ti.

Hugo arrambló con el triángulo de masa generosamente cargado y empezó a devorarlo de buena gana, todo ello sin dejar de mirarla con una ceja alzada, mostrándose escéptico ante aquella sospechosa actitud tranquila. Algo

bullía, sin duda alguna, en la cabeza de su chica.

Clara le sonrió ignorando ese gesto. Estaba mono incluso cuando comía con los carrillos llenos y la mozzarella pendía de sus labios formando una pegajosa telaraña amarillenta. En verdad era un regalo en todos los sentidos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hugo una vez terminó de masticar—. Llevas un rato sin estar a lo que tienes que estar. ¿O te crees que no me he dado cuenta?

Clara inclinó la mirada y suspiró.

Acababa de ponerse colorada como el tomate de la pizza al sentirse descubierta, lo que no era bueno, pues ese gesto suponía la guinda final que la delataba todavía más. Y no quería delatarse. No quería dejar entrever que tenía miedo, dudas y sospechas.

Habían salido a cenar a una pizzería del pueblo y, en apariencia, se lo estaban pasando bien. A pesar de sus reticencias iniciales, totalmente injustificables para Hugo, y de lo nerviosa y asustada que se sentía, no quería estropear el momento idílico entre los dos. A Hugo le hacía ilusión salir a cenar fuera, despejarse, dar un

paseo, tomar el aire y actuar, al fin y al cabo, como una pareja normal de enamorados. Y no iba a ser ella la que desmoronara su bonito castillo de naipes tan solo por las reminiscencias de una estúpida pesadilla. Seguramente no se trataba más que de su inflamada imaginación volviendo a la carga después de unos días de asueto.

—Lo siento, estoy un poco cansada, solo es eso —argumentó, recogién dose un mechón suelto de cabello por detrás de la oreja. No fue capaz de mirarlo a los ojos, puesto que sus pupilas la delatarían como una completa mentirosa,

como tampoco había sido capaz de contarle la pesadilla de esa misma tarde ni las sospechas que había despertado en ella.

—¿Quieres que nos marchemos? — preguntó él, alzando una ceja.

Clara descolgó los hombros y lo miró mordiéndose el labio inferior con gesto de culpabilidad. En realidad, sintiéndose a punto de llorar. Era obvio que él estaba disfrutando, pese a los continuos alelamientos de ella y a sus nulos esfuerzos por integrarse, y a pesar de todo estaba dispuesto a sacrificar su salida nocturna con tal de complacerla.

Era un cielo de chico y no se merecía que le estropeará lo que quedaba de noche por culpa de una estúpida intuición.

—No, no —cortó rauda—, vamos a pedir el postre, ¿vale?

Y se escudó detrás de la carta de postres, para que el rubor no siguiera poniendo en entredicho su fingida determinación.

Fue en ese mismo instante cuando una vibración en el bolsillo de su chaqueta la alertó. Con disimulo, sacó el teléfono del bolsillo para consultarlo por debajo de la mesa. No supo en qué momento

había decidido comportarse de forma furtiva pero quizás, a falta de argumentos a sus recientes teorías, bueno era mantenerlas ocultas por el momento. Una esfera blanca en la parte superior la alertó de la presencia de un mensaje de *whatsapp*. Deslizó el dedo por la pantalla y el rostro sonriente de Lenny se reveló en el margen izquierdo. El mensaje era breve, tan breve como terrible.

—Álex no está. Parece ser que ha cambiado turnos con algún compañero y se ha pedido días de vacaciones. *No he podido saber más, pero prometo investigar. Tengo contactos.*

El rostro de Clara se transmutó en el acto. Estuvo segura de que el grado de coloración de sus mejillas descendió tan bruscamente que, en su lugar, debió aparecer un tono tan macilento y lívido como el de un muerto en su mortaja. Tragó saliva mientras todas sus terminaciones nerviosas se crispaban de golpe.

—¿Estás bien? —Hugo no era tonto y, a pesar de la maniobra de ocultación tras la carta de postres, pudo percibir el cambio en la expresión de Clara. Se había quedado, de repente, petrificada y blanca como el papel, con los ojos fijos

en la nada y los labios separados en una expresión de pasmo.

—Creo que... me ha sentado mal algo —farfulló con voz entrecortada, bajando la carta y llevándose la mano al estómago. Y en verdad en esos momentos acababa de darle un retorcijón de los buenos a causa de los nervios. Tenía que resultar creíble en su interpretación o, de lo contrario, Hugo trataría de indagar hasta sacarle la verdad. Y lo cierto era que no quería hacerlo partícipe de sus paranoias. No todavía. A lo mejor no era nada y ella estaba sacando las cosas de quicio. Muy probablemente así fuera, ¿o acaso no

existían las casualidades, por muy fatales que resultaran? ¿Qué probabilidades había de que Álex fuera a dar con ella en la otra punta del país, y en aquel lugar en concreto? No habían dejado ningún rastro tras de sí, era imposible que supiera dónde estaban.

No, decididamente no le diría nada de momento. No tenía razón de ser preocuparlo con lo que, por ahora, solo eran teorías bullendo en su cabeza. Si uno de los dos debía comerse el coco, si uno de los dos debía mantenerse en guardia hasta que las teorías cobraran forma o se desvaneciesen como

fantasmas a la luz del sol, esa era ella. Hugo ya había apechugado bastante por los dos.

Por encima del hombro de Hugo descubrió de pronto a un hombre rubio, con el pelo cortado al cepillo, sentado de espaldas solo unas mesas más allá. Rubio, enorme, vestido con una licra que se ceñía a sus bíceps como una segunda piel. ¿Álex? Álex...

En el acto el corazón pegó un bote en su pecho digno de triple mortal.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, se levantó de su silla, arrastrándola hacia atrás hasta empotrar

el respaldo contra la pared.

Varios comensales cercanos volvieron el rostro hacia ella. También Hugo, que no entendía nada.

—¿Nos vamos? —preguntó Clara, sin apartar la mirada de aquella espalda ancha que continuaba aparentemente impasible con su velada, a pesar de celebrarla en soledad.

—¿No íbamos a pedir el postre? —preguntó, extrañado por sus bruscos cambios de humor, encontrándose perdido de repente—. Aquí hacen unas bolas de helado artesano buenísimas...

—¡Quiero irme a casa, Hugo, me

duele el estómago! —cortó tajante, obviando el tono caprichoso y autoritario que acababa de emplear por vez primera en toda su vida.

—Está bien. —El ceño fruncido de Hugo y sus labios apretados no corroboraron sus palabras—. ¡Está bien, maldita sea!

Resignado, y tal vez un poquito más brusco de lo que en él era habitual, dejó la carta sobre la mesa y se levantó, acercándose a la barra para pagar la cuenta. Mientras, Clara permaneció de pie en el mismo sitio, esperando y temblando, sin apartar la mirada de

aquella espalda enorme y aquella cabeza rubia que, desde atrás, le resultaba demasiado familiar.

—¿Nos vamos o no? —escuchó sobresaltada, y no pudo evitar dar un brinco. Ni siquiera se había dado cuenta de que Hugo ya estaba a su lado, sujetándola por el codo para acompañarla al exterior.

Una vez fuera, esperaron frente al establecimiento la aparición de algún taxi. La parada se encontraba solo unos metros más adelante y aquella zona era muy frecuentada por turistas, por lo que siempre había alguno por los

alrededores. Salvo, ¡cómo no!, esa maldita vez.

—Lo siento... —comenzó a disculparse, aprovechando los minutos mudos de espera. Había sido brusca con él, demasiado brusca. Y, ni ella era así, ni él se lo merecía—. No me encuentro muy bien, lo siento.

—No pasa nada. No voy a morirme por no tomar postre —y las barreras de Hugo se derrumbaron de golpe al fijarse en aquellas pupilas color chocolate. Suspiró, tocado y flechado para siempre—. Te prepararé una infusión y nos acostaremos, ¿de acuerdo? Seguro que

echan alguna peli decente en la tele — propuso, empleando también un tono más conciliador que el utilizado hacía escasos minutos. Había perdido la paciencia al no ser capaz de percatarse de lo que estaba sucediendo, ¡y estaba claro que algo sucedía!, y ahora se arrepentía. Con Clara, cualquier pequeño desliz podía suponer retroceder de golpe todo lo avanzado.

Pero Clara no fue capaz de responder a su proposición, y ni siquiera de respirar durante una fracción de segundo, porque acababa de descubrir en la acera de enfrente un tío enorme, del tipo armario empotrado, mirando

fijamente en su dirección. No fue capaz de distinguir sus facciones por culpa del juego de luces y sombras que la noche vertía sobre su rostro, del hecho de que permanecía medio oculto bajo el toldo de un quiosco y de que la farola más cercana se había confabulado con el destino para aparecer fundida.

Permanecía con los hombros cargados hacia delante, vestido con una ligera chaqueta cortavientos negra, estático, con las manos en los bolsillos, como si se tratara de un mimo que esperara a que le arrojaran la primera moneda.

Y tanto sus ojos como su corazón a punto de salirse del sitio, le hicieron creer que se trataba de...

—¡Tengo frío! —exclamó agitada, agarrándose con desmedida urgencia a la cintura de Hugo. Con el ímpetu concedido a su movimiento la muleta fue a parar al suelo, por lo que Hugo se agachó a recogerla para acomodarla de nuevo en el brazo de Clara.

—Abrázate a mí, yo te daré calor —murmuró, mientras levantaba un brazo para abarcarla y cobijarla contra su costado. Un oportuno temblor sacudió a Clara de arriba abajo, secundando su

teatrillo, por lo que aquel repentino arrebató de su chica fue asociado de inmediato a la necesidad de recibir calor, y no a otra cosa.

Clara, aún cobijada en tan amoroso refugio, desvió la mirada más allá de la carretera.

De repente el tipo oscuro, enorme y misterioso rompió a andar en su dirección, primero muy despacio, hasta que, en un momento dado, se paró al borde de la acera, miró a un lado y al otro, y cruzó la carretera con un ágil correteo. Sacó las manos de los bolsillos y ahora los brazos se

zarandeaban a ambos lados de su cuerpo en consonancia con sus zancadas.

Clara abrió mucho los ojos. Ya se encontraba casi frente a ellos, estaba a punto de alcanzarlos...

Con el corazón latiendo en la garganta y en las sienes, cerró los ojos y se encogió ligeramente contra Hugo, esperando a que el infierno se desatase.

Un gritito huyó de sus labios justo cuando una brisa inesperada la rebasó, seguida de una sombra que le rozó apenas el hombro y el brazo derechos. Abrió los ojos, confusa, y buscó al hombre misterioso, encontrándolo a

escasa distancia a un costado. Hugo ni siquiera se había fijado en él, pues continuaba buscando un taxi en la carretera.

—¡Miguel! ¿Dónde estabas, tío? ¡Llevamos una hora esperándote!

Un grupo formado por otros tres armarios empotrados se cerraba formando un círculo alrededor del recién llegado, palmeándole la espalda mientras entrechocaban las manos con camaradería.

Y se sintió estúpida del todo.

—Esta noche estás muy rara, cariño, de verdad que me empiezas a preocupar.

¿Va todo bien? ¿Hay algo que debería saber?

Clara chasqueó la lengua y se encogió de hombros. Hugo la miraba ahora fijamente. ¿Después del ridículo que acababa de hacer, aún debería tomar en serio sus sospechas? Álex no estaba en Santiago. ¿Y qué? ¡Podía estar en cualquier parte, no tenía por qué estar allí, no había razón para ello!

—Dolor de estómago, frío... —suspiró—, solo quiero meterme en la cama y dormir abrazada a ti. De verdad, mañana será otro día y estaré mejor.

Y no pudo decir más dado el estado

agitado de su respiración y al alboroto que montaban sus tripas. También al hecho de estar mintiéndole al amor de su vida como una auténtica bellaca. Seguramente estaba blanca como la sal pues, a pesar de las altas temperaturas nocturnas, sentía un frío acerado en los huesos y hasta en el alma, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiera evaporado.

—¡Nuestro taxi! —anunció Hugo, rompiendo de nuevo el silencio y evitándole el engorro de tener que justificar su actitud. ¡Jesús, no quería mentirle, pero tampoco quería preocuparle con paranoias! Y a la vista

de lo que acababa de ocurrir, estaba claro que se estaba volviendo paranoica.

Con todo, antes de subirse al coche, Clara miró sin disimulo de un lado a otro.



Se despertó en mitad de la noche. No había tenido una pesadilla, todo estaba tranquilo, el apartamento en silencio y Hugo dormía plácidamente a su lado, con la sábana enrollada a la cintura.

Todo parecía en orden...pero algo la había desvelado y ahora, una vez con la mente despejada, iba a resultarle muy difícil volver a conciliar el sueño.

Tratando de no despertarlo, deslizó las piernas por el colchón para abandonar la cama, a oscuras, guiándose a través de los claroscuros que ofrecía la persiana alzada de la habitación.

Evitando tragar saliva mientras avanzaba de puntillas, se acercó a la ventana para observar el exterior a través de los visillos. Conocía de memoria el paisaje que se podía vislumbrar desde la habitación. El mar

en calma, a la derecha el precioso arenal de Es Trenc. La luna reflejada sobre el agua, al fondo, a la derecha, las luces del club náutico. Algunos yates o veleros fondeados, meciéndose ligeramente con las olas y las luces de posición coronando los mástiles.

Todo normal. Todo pacífico y tranquilo. ¿Qué esperaba encontrar, si no?

Suspiró, meneó la cabeza sintiéndose absurda y se decidió a volver a la cama cuando, de repente, una sombra fugaz se movió en el ángulo más apartado de su campo visual, consiguiendo captar su

atención. Quizás se tratara de un gato callejero, quizás de algún transeúnte trasnochador que gastara sus horas paseando por la playa, pero el caso es que, lo que fuese, había logrado despertar el sensible sistema de alerta de su cabeza, y ahora se encontraba buscando esa sombra con desesperación, sin ser capaz de encontrarla por ningún sitio. Y necesitaba distinguir a ese gato o a ese caminante nocturno para apartar de sí nuevos fantasmas y respirar tranquila. También para darse cuenta de que en verdad estaba volviéndose tarumba a causa del miedo.

Movió los visillos a un lado y dejó que la cara y medio cuerpo asomaran tras el cristal. Necesitaba ver sin tapujos, necesitaba quedarse tranquila, reírse tal vez de sí misma y de sus pájaras mentales, o de lo contrario no sería capaz de volver a la cama y continuar durmiendo como si nada. Muy posiblemente tampoco pudiera seguir con su vida mientras el miedo y la desconfianza anidaran en su interior.

Como en respuesta a sus mudas plegarias, la sombra se reveló de nuevo, abandonando el refugio de oscuridad en el que había permanecido recluida.

Se trataba de un hombre, un hombre que irrumpió de pronto de alguna parte entre las dunas y los pinos para plantarse en mitad del arenal, erguido e inmóvil como un poste. Parecía muy alto y vestía completamente de negro, pero no podía ver su cara porque su pose, cargada de hombros bajo los claroscuros de una noche de luna, le proporcionaba a su rostro absoluto anonimato en base a las sombras.

Clara tragó saliva y esperó. No sabía a qué. Pero tampoco entendía qué demonios hacía un tipo plantado delante de su ventana en plena madrugada. Nada

bueno, estaba segura de ello. Solo era consciente de que, al igual que ella le veía a él, él podía verla perfectamente a ella, a pesar de la oscuridad que reinaba en la habitación. Un apartamento en primera línea de playa, un ventanal amplio, una mirada petrificada en la suya... ¿Debería despertar a Hugo? ¿Debería llamar a la policía?

Se encontraba debatiendo interiormente cualquiera de las dos posibilidades cuando percibió movimiento en la figura estática. No podría jurarlo, no se atrevería dado su grado de nerviosismo y a las engañosas luces y sombras de la noche, pero le

pareció ver cómo el hombre sacaba una de sus manos del bolsillo para llevársela a los labios y tirarle, ¡a ella!, un beso con gesto pausado, casi ofensivo, para después sonreír. No podía distinguir sus facciones, ver sus ojos o componer mentalmente su rostro, pero por alguna extraña razón, sí había percibido su sonrisa mezquina.

En un acto reflejo retrocedió al interior de la estancia, interponiendo esta vez los visillos entre el cristal y ella misma, volviéndose y extraviando la mirada en el interior de la habitación mientras se llevaba las manos al

estómago y apretaba con fuerza, puesto que un terrible ramalazo de dolor atravesó en ese instante su vientre, fruto de los nervios y de una maldita corazonada.

Cuando, al cabo de unos segundos, reunió el valor suficiente para volver a mirar a través del velo de tela, la figura oscura y amenazante había desaparecido.

—Clara, cariño, ¿estás bien? ¿Pasa algo? —la voz remolona de Hugo llegó hasta ella en volandas a través del velo soñoliento que imperaba en la habitación. Lo miró con el alma en un

puño y el corazón constreñido de culpabilidad, sintiéndose de pronto la más ruin de las ruines al verlo con la cabeza levantada entre los almohadones, graciosamente despeinado, mirándola con cierta dificultad a través de los ojos entornados y la nebulosa del sueño. El miedo todavía la apabullaba, todavía nublaba sus sentidos, las tripas seguían apretando como una boa constrictora y aquella maldita imagen de la calle seguía cosida a su cabeza. Pero había algo que estaba claro: Hugo era un chico bueno, cuidaba de ella, confiaba en ella. Y ella confiaba en él.

—Álex no está en Santiago —soltó

sin preámbulos, con voz trémula y la garganta cerrada, traicionando el propósito de silencio que se había impuesto esa misma noche. Hasta aquí había llegado su propósito—. Lenny me lo confirmó con un *whatsapp*. Ha cambiado turnos en el hospital y no se sabe dónde está.

Hugo la vio dobligar la mirada, la cabeza y, muy posiblemente, también su presencia de ánimo, y una ternura infinita se apoderó de él, junto al imperecedero instinto de protección que nunca descansaba mientras ella estuviera cerca. Reptó por la cama con

la agilidad de un gato, liberándose de las sábanas que envolvían su desnudez y despabilándose de la modorra acumulada, para alcanzarla apenas en dos zancadas y rodearla en un abrazo urgente. Actuando, como siempre hacía, a efectos de escudo humano y fiel benefactor.

—¿Por eso estabas rara? —susurró contra su pelo, ofreciéndole su torso desnudo como refugio, apretándola contra él hasta que el aroma a coco que fluía de su melena invadió sus fosas nasales—. ¿Por eso llevas toda la noche comportándote de forma extraña?

Ella cabeceó en asentimiento, rendida, doblegada, sintiéndose desarmada ante él, y le rodeó la cintura con los brazos, atrayendo su cuerpo al suyo, acercándolo todavía más, necesitando su calor corporal y su paz interna para alcanzar la propia. Por supuesto evitó mencionar, por vergüenza, que desde la recepción de dicho mensaje lo veía por todas partes. Hugo no necesitaba saber más, no era necesario poner ante sus ojos la evidencia de que su novia se estaba volviendo paranoica, de que el miedo le hacía ver sombras y siluetas oscuras por todas partes, amenazando con

alcanzarla, lanzándole besos furtivos en plena noche. No, no era necesario hacerlo partícipe de aquella locura. No, al menos, de momento, hasta que hubiera algo que confirmar.

—No nos va a encontrar, cariño, no nos va a encontrar jamás. Es imposible —prometió Hugo. Y el hecho de que empleara el plural, le confirió más fuerza a su promesa—. Puedo asegurarte de que no va a acercarse a ti mientras viva, Clara Balboa, te lo prometo. Ahora estás conmigo y yo cuidaré de ti.

Ella acentuó el abrazo, cobijándose en su pecho como un pajarillo herido.

—Nunca, ¿me oyes? Nunca volverá a hacerte daño.

Y con un movimiento ágil y cuidado la tomó en brazos, aupándola con ligereza, para dirigirse con ella en volantas a la revuelta cama, velada de luces y sombras.

—Siempre cuidaré de ti.



La vio retirarse al interior de la habitación, escondiéndose entre las sombras como una gatita asustada, y

tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no entrar en el edificio, echar la puerta abajo y hacerle pagar a aquella zorruta y al niñato la vergüenza y la humillación que le estaban haciendo pasar. Seguramente estaban durmiendo juntos, con toda probabilidad el niño pijo se la habría follado hasta saciarse. Apretó los dientes hasta que una vena en su sien empezó a palpar. ¡Se la habría estado follando cada maldito día y cada puñetera noche desde que se marcharan de Santiago! Riéndose de él, burlándose de él, jugando con lo que le pertenecía.

Cerró las manos en puños sintiendo cómo la ira borboteaba en su interior

hasta el punto de desbordar. En el momento en el que ya no fue capaz de contenerla por más tiempo la dejó rebosar, descargando su puño de acero sobre el tronco del pino más cercano. Se hizo sangre en los nudillos y un dolor terrible le traspasó, ascendiendo hasta el hombro y obligándolo a sacudir la mano herida en el aire. ¡Dolía, hostia puta si dolía! Pero no importó. La visión de las cortezas descarnadas del árbol le satisfizo lo suficiente al imaginarse lo que podría hacer con aquellos dos blandengues. Iba a cebarse con ellos hasta que no fueran capaces de tener

consciencia ni de sí mismos. Sobre todo ella. La perra iba a desear no haber nacido. ¡Maldita zorra desgraciada! ¿Así le pagaba lo que había hecho por ella durante todos aquellos años? ¿Burlándose en su cara? ¿Engañándolo? ¿Escapándose de su lado para follarse a un niño pijo? ¿Acaso se creía más lista que él? ¿Creía que podía reírse en su cara y salir indemne?

Iba a darle una lección. La haría sufrir como nunca había sufrido nadie en su vida, a modo de advertencia y justa penitencia. Luego, la arrastraría de nuevo a su lado, obligándola a obedecer y a expiar con sangre sus pecados. No

iba a pasarle ni una por alto, eso podía quedarle claro. Porque ella era *suya*, y nadie jugaba con lo que era suyo. Solo podría marcharse de su lado cuando él se lo permitiera. Y eso era: jamás.

A la mañana siguiente, Hugo se marchó a trabajar a la hora acostumbrada, por supuesto con la mosca detrás de la oreja y después de haberle insistido a Clara mucho rato sobre si se encontraba bien y podía quedarse sola o si necesitaba cualquier cosa, por ejemplo algo de la farmacia, una infusión para el malestar de estómago o a él mismo ejerciendo como cariñoso y paciente osito de peluche. El papel de *Lancelot* también se le daba bastante bien.

Con gusto hubiera telefoneado *al alemán* para pedirle la mañana libre, aún a sabiendas de que iba a escuchar un seguro disparate por parte del jefe acerca de la irresponsabilidad de los jóvenes frente al trabajo, o al calzonazos que estaba hecho y bla, bla, bla, pero Clara había insistido, con demasiada vehemencia, en que se encontraba perfectamente, que lo sucedido la noche anterior obedecía sin duda a la aprensión que el mensaje de Lenny había sembrado en su alma, sumada al cansancio después de un día ajetreado, de aquí para allá, y a los ingredientes de

la pizza, que habría resultado muy pesada para alguien que solía cenar leche de soja con cereales integrales. Solo eso. Un cúmulo de circunstancias que se habían puesto de acuerdo para sobrepasarla.

Podía irse tranquilo, le había asegurado, pues se las arreglaría perfectamente hasta la tarde. Y además, seguía insistiendo con airosa indiferencia, en lo concerniente a la desaparición de Álex, calibrándolo ahora con mente fría y despejada, podía ver con claridad que había sacado las cosas de quicio.

Pero Hugo no le había creído ni palabra. Y el hecho de que esa mañana mencionara de refilón el mensaje de Lenny, tachándose a sí misma de exagerada y a la noticia de poco relevante, era prueba más que evidente de ello. Sobre todo, después del miedo que había apreciado de noche en sus pupilas, en la rigidez de su cuerpo helado o en el modo en el que se aferraba a él.

—Soy una tonta —y la sonrisa que asomó entonces a sus labios apenas había conseguido elevar sus comisuras en un rictus tembloroso. ¡Qué mala era

justificándose y fingiendo!—. Me dejé llevar por las circunstancias, por el cansancio, por los nervios, por todo... pero no pasa nada, estoy bien. Estaré bien.

¿No se daba cuenta de que sus repetidos jadeos y su mirada esquiva no secundaban sus palabras? Mentía. Estaba claro como el agua, o como su propio nombre. A esas alturas Hugo podía presumir de conocerla mejor que nadie en el mundo, en parte porque Clara, a veces muy a su propio pesar, resultaba tan transparente como el cristal.

Ahora que tenía consciencia de la existencia de aquel mensaje, entendía por qué se había estado comportando de forma nerviosa y distraída durante la cena, por qué mientras esperaban el taxi se había mostrado asustada y desconfiada, con los ojos extraviados en todas partes, al acecho, y por qué, al sorprenderla en la ventana de madrugada, había descubierto auténtico pánico en sus pupilas. Puede que se tratara de una etapa más en su proceso de resurgimiento, una etapa que debían superar juntos y que acabaría pasando, como sucediera con las otras, pero el caso era que jamás la había visto

comportarse de un modo tan paranoico y asustadizo hasta esa misma noche.

Debía estar atento a las señales y mostrarse receptivo. No podía obligarla a abrirse ante él y a creer en sus palabras, sino que debía esperar, como hacía siempre, a que ella confiara y diera el paso. Que fuera ella la que decidiera hacerlo, que creyera en él y se diera cuenta de que estaba a salvo. Lo había estado haciendo muy bien los últimos días, le había echado valor y había conseguido superar, a pasitos cortos, gran parte de sus miedos, y confiaba que aquel episodio extraño que

estaban viviendo acabara pasando pronto. Diluyéndose, como la bruma espesa del amanecer.



Una vez se hubo quedado sola en el apartamento, Clara buscó el teléfono móvil y marcó, con dedos trémulos, aquel número tan conocido como querido. Mientras esperaba tono continuó reforzando en su cabeza la idea de que hacía lo correcto ocultando a Hugo sus paranoias, aunque fuera

simplemente por vergüenza y dignidad, al menos mientras no existiera un fundamento real para darles pábulo. No había podido, sin embargo, ocultarle lo del mensaje. Hacerlo no hubiera tenido justificación. Aunque en las últimas horas, después de lo que había visto esa misma madrugada y al modo en que sus tripas se retorcieron en respuesta, su entereza estaba sufriendo un duro revés, corriendo serio riesgo de desmoronarse, como su valor y su determinación.

—Hola Clara, cariño, ¿cómo estás?
—la voz animosa de Lenny del otro lado de la línea la trajo rápidamente de vuelta. La energía de la rubia

contrastaba con viveza con la debilidad anímica de su amiga pero, al fin y al cabo, Lenny no tenía motivos para sentirse desolada. Solo ella era la estigmatizada.

—Lenny... ¡Oh Dios Lenny...! Yo... Yo no puedo asegurarlo, ¡ay, no puedo jurarlo! —lloriqueó sin poderlo evitar—. Pero... Pero creo que me ha encontrado —dijo, en un tono bajo y sombrío, sin mayor preámbulo. Y no pudo decir más antes de que las lágrimas empezaran a picar detrás de sus párpados y de que los nervios agarrotaran sus cuerdas vocales.

Silencio. Demasiados segundos para el ánimo de Clara. Lenny debía estar asimilando la información mientras ella se volvía loca de la impaciencia.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

Lenny no lo preguntó porque no supiera de qué estaba hablando, sino por la incredulidad que aquel hecho suscitaba en ella.

—¡Álex está aquí... —se hizo una pausa que Clara aprovechó para tragar saliva con aspereza, cerrar los ojos y aplastar las primeras lágrimas antes de continuar— ... y sabe donde estoy!

—Pero... ¿cómo? —bufó Lenny, sin

dar crédito a lo que oía. Ciertamente que lo que había descubierto acerca de la desaparición repentina de Álex le había dado mala espina. El día anterior, atendiendo a la petición de Clara, se había informado con una amiga que trabajaba haciendo sus prácticas de enfermería en el mismo hospital que él y que, según tenía entendido, estaba liada con un médico de urgencias. Ella le había confirmado que el tal Álex Maciñeira se había pedido unos días, cambiando turnos con un compañero. Pero incluso los malos de la película tenían derecho a tomarse unas vacaciones y a desaparecer sin dejar

rastros ¿no? Además, tampoco pensó que el lobo feroz fuera tan obvio como para ir directamente y tan rápido a por su oveja. Si lo había hecho de ese modo, debía de estar, en verdad, tan desesperado como rabioso—. A ver, ¿estás segura? ¿Tú le has visto?

Clara se llevó la mano a la frente. Ardía, perlada de una fina capa de sudor. Con los dedos peinó el pelo hacia atrás, liberándose de un calor innecesario que ya se había apoderado de su cuello y de su cara y que parecía ahogarla por momentos. Seguramente fueran los nervios que hacían de las

suyas, pero desde que empezara a hablar con Lenny se sentía acalorada y al borde de la combustión espontánea.

—Sí..., no... —sollozó, sintiéndose desesperada—, bueno, no lo sé.

—¿Sí o no? ¡Clara, joder! —estalló Lenny del otro lado. Clara no lo pudo ver, pero su amiga acababa de estampar el puño contra la pared en un arrebato de impotencia, consiguiendo hacerse sangre en los nudillos. Aquello no podía estar pasando, tenía que tratarse de un error—. Perdóname, perdóname, mi niña —y esta vez inhaló en profundidad para tratar de serenarse, mientras

sacudía en el aire la mano dolorida—, paso a paso, tenemos que tranquilizarnos y analizar lo que dices, ¿estamos?

Clara trató de inhalar en profundidad por la nariz. Asunto complicado, puesto que la congestión que acompaña las lágrimas impedía cualquier intento de oxigenación.

—Ajá.

—¿Le has visto?

Clara volvió a tragar saliva y esta vez sintió el resquemor en la garganta. Los nervios apretaban.

—No lo sé. No puedo asegurar que fuera él. No le vi la cara, pero mi

instinto me dice que se trataba de él...

—¿Pero te ha dicho algo? ¿Se ha acercado a ti? ¿Ha intentado algo? — insistió Lenny.

Por respuesta, se escuchó un entrecortado suspiro.

—Sorprendí a alguien esta madrugada en la playa; desde la ventana de la habitación tenemos vistas del arenal y... vi a alguien ahí parado, mirando hacia el apartamento —el labio inferior de Clara temblaba ante el simple recordatorio de dicha escena—. Me estaba vigilando, ahí quieto, sin moverse, esperando en la arena como un

depredador, mirando hacia arriba como si llevara toda la noche confiando en verme tras los cristales. —Un temblor repentino sacudió todo su cuerpo y las lágrimas descendieron a borbotones—. Era él. Lo *sé*. Lo *siento*.

—¿¡Qué dices!?! —Lenny no daba crédito—. ¡Mierda, Clara! ¿Has llamado a la policía?

—No...

Lenny jadeó. ¿Por qué cojones no había llamado a la policía? Con sus antecedentes de maltrato, después de haber tenido que abandonar su vida anterior y fingir su propia muerte para

empezar de nuevo... ¿por qué mierda no había llamado a la poli? De acuerdo, estaba acojonada, y en ese estado sus neuronas no funcionaban con normalidad. De hecho parecían habersele atrofiado. Pero esa no era excusa suficiente para quedarse de brazos cruzados viendo el peligro venir.

—¿Se lo has dicho a Hugo? Porque no me fastidies, es lo mínimo que deberías hacer...

—Le he dicho lo del mensaje —concedió—. Sabe que Álex no está en Santiago.

Del otro lado, Lenny cabeceó en

asentimiento.

—Y él habrá optado por llamar a la poli, supongo.

—No, no lo hemos hecho. No aún.

—¡Estáis como cabras! —exclamó fuera de sí—. ¿Y le has dicho al menos que viste a un hombre delante de casa? ¿Que crees que alguien te vigila por las noches?

—¡No, no! ¡No puedo decírselo, Lenny, o de lo contrario podría pasar lo peor! ¿No lo entiendes?

—¿Lo peor? ¿Un tío te vigila de noche, pudiendo tratarse de tu ex maltratador, y tú temes que pueda pasar

algo peor? —resopló—. Creo que la que no entiende nada eres tú, Clarita... ¡lo peor ya acaba de pasar, si es que realmente se trata de Álex y te ha encontrado! ¡¡LLAMA A LA POLI, HOSTIA PUTA!!

Clara lloriqueó, despegando el móvil del oído ante el grito exaltado que su amiga acababa de dar. El miedo que las palabras de Lenny habían liberado, sumado a su propio miedo innato, la mantenía paralizada. Sabía que debía ponerse a pensar, que si la tragedia se había desatado era hora de despabilarse y actuar en consecuencia... pero el recuerdo del Álex que conocía y la

silueta siniestra de la pasada noche ocupaban su mente. Transcurrieron todavía varios segundos antes de que pudiera recuperar el control de sus pensamientos.

—¡Si Hugo se entera de esto le esperará, le plantará cara e irá a por él! ¡No sabes las ganas que le tiene! ¡Y entonces Álex le matará! ¿No te das cuenta? ¡Acabará con él! —estalló Clara, derrumbándose por completo, ocultando el rostro entre las manos mientras gimoteaba sin control.

La imagen de Hugo sucumbiendo ante la crueldad homicida de Álex no dejaba

de pulular por su mente, e imaginar que algo así pudiera llegar a suceder por su culpa... ¡Dios, no podía consentirlo! Alguien tan bueno como Hugo no merecía acabar a merced de un ser tan mezquino como Álex. Barrió a manotazos las lágrimas que ya empezaban a descender por sus mejillas.

—Conozco a Álex, sé de lo que es capaz, Lenny. Y sé que ahora mismo haría cualquier cosa por vengarse de Hugo y de mí. ¿No ves las noticias?

Lenny bufó.

—¡¡Las noticias dicen que hay que llamar a la policía!!

Clara meneó la cabeza, desoyendo aquella recomendación para continuar hablando.

—¡Hará cualquier cosa! ¡Está dolido, rabioso y muy, muy cabreado!

Del otro lado, Lenny inhalaba y exhalaba de forma ruidosa, tratando de mantener la calma para racionalizarlo todo. Álex haría cualquier cosa, sí, como por ejemplo esconderse en la noche para atacar con premeditación y alevosía. ¿Clara no se enteraba? ¿Acaso había perdido el sentido común?

—¡Mierda! ¡Deberías llamar a la poli ahora mismo, pero ya que te empeñas en

ser idiota, al menos deberías decírselo a Hugo! ¿De verdad crees que estás siendo justa al mantenerlo al margen? Nena, Álex tendrá más fácil matarlo si él no se entera de que os está acechando entre las sombras. Lo tendrá tan fácil como el murciélago que se zampa una polilla en plena noche. ¿Acaso no lo pillas? Debería al menos saber lo que se os viene encima para estar preparado. ¡Le estás arrebatando la posibilidad de defenderse!

—Solo pretendo no ser egoísta y cargar a Hugo con más peso del que pueda soportar.

—¡Pero lo estás poniendo en peligro con tu silencio!

—Él no se merece esto, es demasiado bueno, no se lo merece... —agotada, rendida ante la realidad, empezó a llorar en voz alta—. ¿Cómo hemos acabado así? ¿En qué momento creí que toda esta pantomima iba a salir bien?

Lenny desoyó los delirios de su amiga.

—Ninguno de los dos se merece nada malo —resopló—. Díselo a Hugo, dile que te ha parecido verlo delante del apartamento. Dos cabezas piensan mejor que una, y cuatro hombros soportan la

carga mejor que dos. Y después deberíais ir a la policía, denuncia y orden de alejamiento. ¡Tan fácil como eso, nena! Teniendo en cuenta tu historia y teniendo en cuenta los antecedentes de Álex, no puedes, ni debes, dejarlo estar.

—¿Y si no es él? ¿Y si solo estoy volviéndome paranoica? No puedo movilizar a todo el mundo sin tener la certeza de lo que digo.

—Si no es él, al menos la policía lo tendrá localizado y todos podremos respirar tranquilos —cortó Lenny—. Ese tío es un monstruo, cariño, no debería andar suelto por ahí, pudiendo

hacer a otras lo mismo que te hizo a ti, ¿no crees? Solo tú puedes pararlo.

Clara cerró los ojos, aplastando la profusión de lágrimas que le impidieron continuar con la conversación. Cuando al cabo de un rato pudo despedirse, se dejó caer cuan larga era en el sofá, resignada y agotada, para dar rienda suelta de una vez por todas a los demonios que llevaba dentro, royéndole las entrañas.

Quería ser valiente, quería ser capaz de enfrentarse a aquellos fantasmas acechantes del mismo modo que se había enfrentado en un pasado cercano

al más horrible de los infiernos, pero la fugaz sensación de valentía se esfumaba por momentos, mostrándole la cruda realidad; y la realidad pasaba porque, con Álex cerca, ella no era más que una pobre cobarde sin ninguna posibilidad.

Y entonces se dio cuenta de que no existía ninguna gloria en lo que había hecho y en todas las molestias que se había tomado, ninguna utilidad en su fingido suicidio ni en su novelesca huida de Galicia a Mallorca porque, al fin y al cabo, y Dios sabría cómo, Álex había dado con ella de igual modo.

Un buen rato después de haber

mantenido aquella conversación con Lenny, cuando ya las lágrimas se habían secado en sus ojos, el pitido altisonante y molesto del telefonillo del portal rasgó el silencio de la mañana. No pudo evitar que aquel sonido estridente le diera un susto de muerte, en parte porque su ánimo no estaba para fiestas, ni mucho menos, y en parte porque ningún otro ruido más que el segundero del reloj de pared había enturbiado la calma del lugar desde que finalizara la llamada telefónica. Y era algo que había agradecido: un poco de sosiego para su alma atribulada.

Se levantó del sofá sin ayudarse de la

muleta, saltando a la pata coja mientras se iba apoyando en la pared y en los muebles para un mayor equilibrio. Cuando descolgó el auricular, no sin cierto recelo, el visor de la pantalla se iluminó para dejar paso a la silueta en blanco y negro, perfectamente uniformada, de una cara familiar. Se trataba de Enric, el cartero que se ocupaba de aquella pequeña urbanización rodeada de dunas y pinares. Suspiró y sonrió a la figura que esperaba paciente del otro lado, con el codo apoyado en la pared y la bolsa amarilla de Correos colgando en su

hombro, aún a sabiendas de que no la podía ver. Lo mismo daba. En esos momentos el hecho de que se tratara de Enric, alguien conocido e inofensivo, era lo mejor que podía pasarle.

—*Correu, obri per favor* *—anunció en un tono monocorde.

Clara pulsó la tecla de apertura, escuchó el ruido característico de la puerta al abrirse y observó cómo el cartero entraba al portal, esperando todo el tiempo que fuese necesario para comprobar cómo la puerta se cerraba tras de sí. Solo entonces colgó y volvió sobre sus pasos, dispuesta a continuar

con la mañana del mejor modo posible, y eso pasaba por tratar de reorganizar su mente, sopesar posibilidades y mantener la cabeza fría.

Ni bien había alcanzado el sofá cuando de nuevo volvió a sonar el telefonillo del portal, obligándola, otra vez, a pegar un brinco en su posición. Seguramente a Enric se le hubiera olvidado algún paquete en la Vespa, habría salido a por él y, al volver, se habría encontrado de nuevo con la puerta cerrada. Meneó la cabeza mientras suspiraba resignada y, manteniendo la pierna en alto, dando muestras de una agilidad inesperada en

ella, se dio media vuelta para situarse de nuevo frente al aparatito blanco incrustado en la pared. Ni siquiera miró esta vez la pantalla, tan convencida como estaba de que se trataba del cartero, sino que se limitó a levantar el auricular y comentar con tono calmado:

—Deje cerrado al terminar, Enric, si hace el favor...

Ya iba a colgar y a regresar a su asiento cuando una voz grave, rasposa y baja, se escuchó a través del aparato, para incrustarse como puñales en los rincones recónditos de su cabeza.

—No... soy... Enric...

Clara dio un salto hacia atrás, dejando caer de sus manos el auricular. Apenas si pudo reparar un par de segundos en la sombra negra que se movió con rapidez para descuadrarse del visor.

Jadeó, sintiendo en realidad que le faltaba el aire y que necesitaba aspirarlo a bocanadas a riesgo de morir asfixiada, como un pez fuera de su charca. Se llevó la mano al pecho solo para notar las brutales pulsaciones del corazón luchando por salirse del sitio, pues todo allí era dolor y agitación. Después a las sienes, para apretarlas con fuerza y

tratar de detener el golpeteo arrítmico de la sangre. Se encontraba al borde del colapso y la taquicardia, y en realidad, si la tierra se hubiera abierto en ese instante para tragarla enterita, hubiera sido de agradecer. Pero ni se abrió ni la tragó, por lo que, luchando con el temblor de sus rodillas y con el repentino parálisis que la envolvía, se las arregló para regresar al sofá y aovillarse en él.

Aquella voz... hacía tiempo que no la escuchaba, pero era una voz que, estaba segura de ello, no olvidaría mientras viviera. Se llevó las manos al cabello para retirarlo del rostro, pues a esas

alturas caía sobre él como una cortina descontrolada. Temblaba, toda ella temblaba como una vara verde y sentía un frío antinatural en los huesos y hasta en el alma, un frío capaz de arrancarle la consciencia en cualquier momento.

Aquella voz...solo de pensarlo se le erizó el vello del cuerpo hasta el punto de provocarle dolor en la piel. Aquella voz...¡aquella voz era la voz de Álex!

Se llevó las manos a los ojos para cubrir su llanto con desesperación. En tan solo un segundo su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, sus esperanzas se habían derrumbado en el

abismo del miedo y lo había echado todo a perder. En tan solo un miserable segundo. Se llevó la mano a la boca y ahogó un jadeo. Todo por culpa del error garrafal que acababa de cometer saltándose su propia norma de no abrir antes de mirar, por no tomar precauciones, como llevaba haciendo desde su llegada a Mallorca. ¡Maldita sea! Ahora sí tendría que contarle a Hugo todo con pelos y señales, cargando después con la pertinente bronca por no habérselo dicho antes.

En un acto reflejo los ojos volaron hasta la puerta y recordó la sombra que se había deslizado de forma furtiva fuera

del visor, pretendiendo mantenerse oculta.

Rescatando fuerzas de donde no pensaba encontrarlas, se levantó del sofá casi de un salto, cruzando después la sala a la pata coja, a una velocidad demasiado peligrosa para alguien como ella, bamboleándose en un precario equilibrio. Una vez alcanzado su objetivo se dejó caer en peso muerto contra la puerta, pasó la cadenita del cerrojo y echó la llave. No le importó hacer demasiado ruido, y lo había hecho. Mucho. Lo importante era mantenerse a salvo. Aunque si Álex

realmente estaba allí, una simple puerta no iba a mantenerla a salvo de él, ni aún tratándose de la cámara acorazada de los archivos secretos del Vaticano.

Apoyó la frente contra la madera y exhaló en profundidad, tratando de acompasar la respiración y adaptarse al brusco y doloroso martilleo del corazón. Le dolía el pecho, le dolía la tráquea, le dolía el alma.

En dicha posición se encontraba cuando vio deslizarse algo por debajo de la puerta. Un sobre perfectamente blanco y cuadrado, sin dirección ni franqueo. Alzó la mirada de forma

automática para escudriñar a través de la mirilla, pero el pasillo se encontraba despejado. Y el sobre, a sus pies, esperándola. Retándola.

Se obligó a tragar saliva antes de inclinarse a recogerlo, con las manos tan trémulas que fue incapaz de rasgar la pestaña superior sin romper todo el sobre. Del interior solo extrajo una pequeña cuartilla de papel con varias líneas impresas, que no dejaron de bambolearse ante sus ojos a causa del brusco temblor que sacudía sus manos y todo cuanto hubiera en ellas. No pudo leer en voz alta. La garganta se le había secado y, en lugar de saliva, era su

corazón taladrante el que llenaba todo el espacio. Pero sus ojos, a pesar de las lágrimas que los nublaban, fueron capaces de recoger la información y remitírsela al cerebro, que a punto estuvo de colapsar una vez la hubo asimilado.

«¿Problemas de mala conciencia, señorita Balboa? ¿Es por eso que no puedes dormir por las noches? ¿O será que acaso sabes que has sido una niña mala y te mereces una buena tunda?»

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la nota seguía aún entre sus dedos, con algunos desgarrones en el papel a causa de la fuerza con que la había sujetado. Tampoco sabía cómo o de qué forma había resbalado hasta el suelo, con la espalda apoyada en la puerta, sin saber en qué momento se había dejado caer. Ese lapsus de tiempo había sido anulado por su memoria a modo de respuesta defensiva.

Miró el papel y tragó saliva. Muy

posiblemente el cuerpo la necesitara, junto con un aporte extra de oxígeno y cordura, para seguir en pie y actuar en consecuencia. Eso si en algún momento era capaz de dejar de temblar y sudar frío.

Inhaló en profundidad y echó un vistazo rápido al reloj de la sala. Las dos y media. Hugo aún tardaría un rato en volver. Con un poco de suerte y si *el alemán* cumplía con su acuerdo como había estado haciendo en las últimas semanas, a las cuatro y media estaría de vuelta. ¿Debería llamarlo y pedirle que regresara antes de la hora?

Se mordió el labio inferior en un arranque de impotencia, sopesando lo que debería o no debería hacer. No quería asustarlo ni ponerlo nervioso. Y estaba convencida de que se volvería loco si sabía que Álex había estado en el edificio. En realidad, ella misma estaba ya a punto de volverse loca. ¡Dios, no podía soportar más tanta presión!

Sin más preámbulos, actuando quizás en modo autómatas, marcó el número del móvil de Hugo y esperó tono, pero la voz de la operadora la recibió enseguida anunciándole que dicho terminal se

encontraba apagado o fuera de cobertura.

«¡*Joder!*»

No se rindió y, acto seguido, marcó el número del agroturismo. Hugo le había hecho anotarlo en la agenda por si algún día pasaba cualquier cosa y no respondía al móvil. A veces se encontraba realizando expediciones por las dunas o las calas y no había cobertura, por lo que quería quedarse tranquilo sabiendo que Clara podría comunicarse con él de cualquier forma. El número del trabajo daba señal, pero nadie respondió al teléfono, a pesar de

que esperó dos veces a que se cortara la comunicación. Aquello parecía ser cosa del demonio.

Meneó la cabeza para tratar de centrarse, exhaló en profundidad y continuó calibrando lo que debía hacer. Podía esperar un par de horas. En realidad era lo único que podía hacer, visto lo visto. Solo era cuestión de hacerse una tila bien cargada, permanecer encerrada en casa, esperar la llegada de Hugo a riesgo de quedarse sin uñas y después ponerlo al tanto. Porque tenía que ponerlo al tanto, y esta vez no había excusas que sirvieran. Se trataba de Álex, ahora ya no le cabía la

menor duda de ello. Por si sus sospechas no fueran aliciente suficiente, había escuchado su voz y había recibido aquella maldita carta.

La miró con rabia, como si fuese un arma arrojadiza capaz de causar terribles desdichas, en lugar de ser un simple papel con un siniestro mensaje. Alex había venido a por ella. Y ojalá solo fuera a por ella, ojalá todo se redujera a ella y dejara a Hugo en paz.



Hugo no paraba de dar vueltas en los establos del agroturismo, sintiéndose fuera de lugar, como un perro apaleado o un burro amarrado a la puerta de un baile. Había una canción que decía algo así, creyó recordar, y torció los labios en una sonrisa amarga. Fue a consultar la hora en el teléfono, pero comprobó con desánimo que la pantalla permanecía sumida en una negrura absoluta. Se había quedado sin batería.

—¡Bravo! —se llevó la mano al cabello para aferrárselo a puñados y resopló con desesperación.

¡Maldita ley de Murphy, con qué

prontitud se dejaba ver en los momentos más inoportunos! Hubiera deseado llamar a Clara para asegurarse de que estaba bien, necesitaba hacerlo porque, por más que ella hubiera insistido en que todo estaba en orden, él sabía que no era así. La había visto tan asustada que sabía a ciencia cierta que nada iba bien. Seguramente al llegar a casa la encontraría distraída, ausente y lejana como en las últimas horas, eso si había suerte. También podía resultar que la encontrara sumida en un ataque de pánico y que los indeseados episodios del pasado más cercano volvieran a resurgir.

Dejó caer la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos y el olor del pienso y las algarrobas lo envolvía por completo, sumándose al penetrante olor a sudor de caballo, que ejercía un lento pero efectivo efecto calmante en él. Ojalá nada de aquello volviera a repetirse. Era valiente y la amaba, pero no sabía cuánto tiempo más podría resistir su entereza y su determinación antes de desmoronarse.

Exhaló en profundidad, manos en las caderas. Por otro lado podía entender el pánico de Clara. Para ella, aquel tío había sido el monstruo protagonista de

sus pesadillas más terribles. Era normal que al decirle Lenny que ya no se encontraba en Santiago, por el maldito motivo que fuese, su mecanismo de defensa saltara como un resorte. Aunque en su fuero interno él permanecía bastante tranquilo en ese aspecto. ¿Qué probabilidades había de que aquel imbécil fuera a dar con ellos? Tendría que cruzar todo el país e ir a caer al mismo lugar en el que ahora estaban ellos. Y, sin haber recibido ninguna pista previa, no siendo un maldito adivino, ¿qué probabilidades había de eso?

Chasqueó la lengua. Y por cierto...

¡muy bien por Lenny! Tendría que hablar con ella muy seriamente por su falta de tacto. Había sido como decirle a una fresa madura que el tiempo de la cosecha estaba a la vuelta de la esquina. ¿Es que no podía habérselo callado? ¿Por qué mencionar a Álex a esas alturas? Clara tenía derecho a seguir con su vida y que aquel energúmeno permaneciese muy lejos de su horizonte privado. ¡Que se fuera al mismísimo Infierno y allí se quedara para siempre!

Resopló. El cambio de turno debía llegar de un momento a otro. Entonces correría, ¡no!, volaría hasta casa y no se

separaría de Clara aunque le fuera la vida en ello. Encargaría comida china, verían una peli y haría lo imposible por borrar de la mente de su chica aquellos fantasmas negros que ya no tenían cabida en su vida. Él se encargaría de barrerlos de allí a escobazos. Luego de una cena romántica, la amaría hasta desfallecer ambos, hasta no dejar cabida en su mente para nada más que ellos dos haciendo el amor suave y cadenciosamente, susurrándose cosas al oído mientras ambos se deleitaban en el cuerpo del otro. Fundirse en su cuerpo de azúcar y leche, amarla hasta perder el sentido, hacerla gozar. Ese era su plan.

Nada más abrirle la puerta la sorprendería con un beso, besaría cada delicada parcela de su piel, los párpados de talco, las comisuras de sus labios, su cuello de cisne..., la desnudaría con sutiles caricias que la harían estremecer de placer y gemir su nombre hasta dejarse consumir ambos en un mismo fuego abrasador, azuzando las mismas llamaradas.

Volvió a exhalar, sintiéndose excitado y dispuesto a llevar a término sus propósitos. Pero eso sería luego, en cuanto su suplente llegara para continuar el turno y él pudiera verse libre de

permanecer allí, atrapado como un perro enjaulado.

Mientras tanto, se dijo, debía ensillar uno de los caballos que no había salido aún y sacarlo a la pista para darle cuerda y calentar.



Las horas transcurrían de forma dolorosamente lenta, casi podría decirse que el universo había confabulado en su contra para ralentizar el tiempo e iniciar con ella un proceso de semi

momificación. Al menos así se sentía: inútil, agarrotada e impotente como una de las momias más antiguas de Egipto.

No podía apartar los ojos de la esfera del reloj y se notaba al borde de la desesperación cada vez que veía el segundero desplazarse, casi renqueante, por aquel circuito numerado. ¡Si hasta su corazón bombeaba el triple de rápido que aquella dichosa máquina!

Había insistido un par de veces más en llamar a Hugo y al número del agroturismo, pero la respuesta obtenida por parte de ambos había sido la misma de la primera vez.

Buscó el móvil en alguno de sus bolsillos y deslizó el dedo por la pantalla para asegurarse la hora. Las tres y cuarto. ¡Ni siquiera había pasado una hora y ella ya se sentía a punto de echar raíces al pie de la puerta!

—¡Hugo, vuelve ya o me consumiré viva!

Entonces vio un mensaje de *whatssap* parpadeando en el borde superior de la pantalla. Ni siquiera lo había oído sonar, o si acaso lo que había sucedido era que su cabeza estaba tan embotada que no era capaz de percibir nada más allá del tic tac del reloj o del bombeo

disparado de su corazón.

Lo abrió y vio que se trataba de Lenny, preguntándole si había habido alguna novedad. No se molestó en escribir una respuesta, sino que pulsó la tecla de re llamada y esperó a que diera tono. Cuando Lenny contestó, las palabras salieron de la boca de Clara de forma atropellada.

—¡Ha estado aquí, Lenny!

Del otro lado, Lenny parpadeó y sacudió la cabeza para arrancarse de encima las telarañas mentales.

—¿Otra vez? ¿Y esta vez sabes que era él?

Clara se mordió el labio inferior mientras miraba de refilón la odiosa carta.

—Me ha hablado por el telefonillo.

—¡Dios, llama a la policía!

—Y eso no es todo, —jadeó, dolorida—, se ha colado dentro, Lenny, para tirarme una nota por debajo la puerta. ¿Te lo puedes creer? ¡Ha estado aquí, a escasos centímetros de mí! ¡Solo nos ha separado esa dichosa puerta!

Lenny permaneció sin parpadear ni tragar saliva durante demasiados segundos.

—Dios... ¿y qué dice en esa carta?

Lenny apenas podía hablar. Tenía la boca seca y la culpabilidad... desbordándose por cada poro de su piel. Clara le había dicho en su conversación anterior que sospechaba que Álex rondaba por el lugar, y ella no la había creído del todo, pues en el fondo pensaba que estaba un poco paranoica. Y ahora resulta que su amiga tenía razón y que ella, una vez más, le había fallado.

Clara se llevó la mano a la frente y la notó demasiado fría, pero empapada.

—Es... en alusión a la pasada noche. A que me vio en la ventana. Pregunta... si tengo remordimientos por haber sido

una niña mala y dice que... que merezco una buena tunda —Lenny tragó saliva, sintiéndose impotente y demasiado lejos del problema y de la solución—. ¡Era él, Lenny, yo sabía que era él! — Rompió a llorar desesperada—. ¡Maldita sea, y me ha encontrado! ¡De entre los millones de rincones que debe haber en España ha tenido que venir precisamente aquí! ¿Por qué? ¿Cómo puñetas ha podido hacerlo?

Lenny no contestó, porque en realidad no tenía respuesta para eso. Ya era casualidad, como decía Clara, que fuera a dar con ella precisamente allí cuando no habían dejado rastro de ninguna

clase. Salvo, por supuesto, su entrada en urgencias al llegar a Mallorca.

—Llama a la policía, y luego dile a Hugo que se vuelva a casa, ¡ya! — aunque hablaba como una autómatas, a esas alturas, Lenny imitaba a la perfección el estado anímico de su amiga. Conocía al hijo de puta de Álex y sabía de lo que era capaz, de lo que había sido capaz durante tres largos años. Y ahora en su mente enferma seguramente encontraría justificación para cebarse con ella con una mayor crueldad—. ¡No sé qué coño hace trabajando, si a sus padres les salen los

billetes hasta por el culo! ¡Y guarda esa nota, cariño, es una prueba para meter entre rejas a ese hijo de puta!

Clara así lo hizo, guardándosela en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Esperaré a que venga, en nada estará aquí. Luego llamaremos a la poli los dos.

—¡No, no, no! —estalló Lenny—. ¡No esperes! ¡Llama ya! Que una patrulla se persone en vuestra casa y te mantenga a salvo. Has sido una chica maltratada, ante el menor indicio de duda, regla número uno: ¡llama a la policía! ¡Argggg! —gruñó desesperada e

impotente—. ¿Qué más evidencias necesitas para hacerlo? ¡Haz que le arresten, nena!

—No me moveré del apartamento ni haré nada hasta que Hugo cruce por esa puerta. No quiero que llegue y se encuentre con un coche patrulla en la calle, puede llevarse un susto de muerte —se llevó una mano a los ojos para ocultar tanto su llanto como su desesperación. Lenny, del otro lado, cerró la suya en puño para estrellarlo contra la nada—. No sé qué vamos a hacer, Lenny, no quiero huir toda la vida...

—Sea lo que sea, mantenedme informada, ¿vale? Que no suceda lo de la última vez o me volveré loca, ¿estamos? —apremió Lenny—. Te llamaré en media hora para ver qué habéis decidido hacer. Si no sé nada de vosotros, yo misma llamaré a la poli, te lo aseguro, señorita Clara Balboa, voy muy en serio.

Clara asomó una sonrisa entre las lágrimas porque era capaz de recrear a la perfección en su mente la imagen de Lenny, dedo acusador en alto, lanzando al viento su promesa, en plan Scarlett O'Hara.

—Te mantendré informada, lo prometo —y ella misma continuó con el teatrillo alzando la mano derecha, aún a sabiendas de que Lenny no podía verla —. No sé qué haría sin ti.

Lenny se obligó a sonreír para disimular las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—¡No seas boba! Con Hugo al lado, ¿para qué me necesitas?

—Eres mi mejor amiga, y te quiero. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, mi pequeño desastre ambulante —concedió la rubia —. Anda, cuelga, date un baño caliente

para tranquilizarte, de esos con varias bombas de espuma, y no salgas.

Clara sonrió y se sorbió la nariz.

—No pienso abandonar este apartamento por nada del mundo.



Lenny jadeó, sintiéndose perdida e impotente. Después de haber hablado con Clara, su desazón inicial no había hecho más que crecer. ¿Y qué podía hacer? ¡El dichoso teléfono de Hugo aparecía como *apagado o fuera de*

cobertura! Buscó en la página web del agroturismo y llamó al número que aparecía reflejado, pero después de varios intentos, continuaba sin dar señal. ¿Dónde cojones estaba Hugo?

Había pensado en llamar directamente a la poli pero, no siendo ella la implicada, y sin ningún dato o aportación por parte de la víctima ni existir denuncias previas, no iban a tomarla en serio, así que desistió de esa idea inicial.

Sí, Clara montaría en cólera cuando supiera que se había tomado demasiadas atribuciones, pero a esas alturas no

quería sacrificar la vida de su amiga, y tampoco la del propio Hugo, ocultándole información más que relevante. Si Álex les rondaba, él debía estar al tanto. Aquel loco podía esperarlo y atacarlo a la salida del trabajo, ¿es que Clara no había pensado en ello? Ya no se trataba solo de ella, sino que la vida de él también estaba en juego. Por Dios, ¿es que solo ella veía películas con un argumento tan evidente? Y después de haber acabado con él, sintiéndose libre, sin mordazas ni impedimentos, iría directamente a por ella. Y nadie podría pararlo porque ella estaba en Santiago, a años luz de aquella

dichosa isla, demasiado lejos para ofrecerle una solución al problema y demasiado lejos para ayudarla de verdad. No la había creído, le había fallado, al igual que había hecho en el pasado, manteniéndose al margen sin ser capaz de parar aquel infierno. ¿Por qué? ¿Por miedo? ¿Por comodidad? ¿Por falta de incentivo? No tenía excusa, y Hugo se lo había dejado muy claro aquel día en la cafetería del campus. Desde entonces se fijó el firme propósito de no volver a fallar a Clara jamás.

Se llevó la mano a la frente y resopló, mirando en derredor sin ver

nada en realidad. Tenía que hacer algo. Tenía que abrirle los ojos a Hugo y hacer entrar en razón a aquella boba.

Una chispa de intuición iluminó entonces su aturullada sesera. Corrió a la mesa donde descansaba el ordenador después de la última sesión y deslizó el dedo por el ratón táctil, obligando a la pantalla a regresar de la negrura. Su primer movimiento fue el de buscar en google una agencia de viajes de confianza y, una vez localizada, encontrar un vuelo asequible con ruta Santiago-Mallorca.



Habían dado las cuatro cuando el teléfono móvil de Clara empezó a sonar. Por supuesto casi le da una apoplejía, por resultar un hecho tan inesperado como aislado, cuando sintió primero la vibración y escuchó después la melodía, llenándolo todo. Pero el síncope fue todavía mayor cuando deslizó el dedo por la pantalla y vio el número del agroturismo reflejándose en la pantalla. No el de Hugo, si no el del trabajo.

Ella había estado llamando de forma

insistente durante las últimas horas, sin embargo el hecho de recibir ahora una llamada del agroturismo le hacía pensar que quizás algo malo había pasado. Hugo tenía su propio teléfono. Jamás la había llamado desde otro lugar, por precaución y comodidad.

—Igual se ha quedado sin batería, no seas boba.

Sí, quiso pensar que tenía que tratarse de eso y no de ninguna otra cosa, por lo que decidió dejar de ser paranoica y descolgar. De todas formas, los nervios hacían nudo en su garganta.

Efectivamente, la voz que escuchó

del otro lado era la voz de un hombre mayor, con un ligero acento extranjero y un cierto tono de urgencia en sus palabras. La voz de un hombre que ni siquiera le dejó meter baza en la conversación, si es que aquello se podía catalogar como conversación, porque en realidad fue un monólogo atropellado y apenas entendible. De hecho su cabeza tuvo que trabajar a marchas forzadas para comprender la pronunciación de su interlocutor y asimilar la información recibida.

En realidad, la sangre todavía tardó un rato en regar su cerebro hasta hacerla despabilarse. ¿En qué momento se había

atrofiado mentalmente? Puede que en el momento en que asoció aquella voz de acento extranjero con *el alemán*, tal vez en el mismo instante que escuchó nombrar a Hugo, a las palabras *Hospital* y *grave* en la misma frase.

—Hugo ha tenido un accidente, lo han llevado al hospital de Manacor, se ha caído de uno de los caballos y está grave. Ha preguntado por ti antes de perder la consciencia. Deberías acudir a su lado.

No quiso ni pudo oír más. Colgó el teléfono y se levantó del sofá de golpe, queriendo huir de todo y personarse al

lado de Hugo en ese mismo instante. Su mente todavía no reaccionaba como era debido, tan solo palabras sueltas intentando formar la frase que acababa de oír, bailaban en su cabeza sin orden ni concierto.

«Hugo... caída del caballo... grave...hospital... »

Y la necesitaba a su lado. Todo lo demás dejó de tener importancia. Álex, sus propios miedos rumiados a fuego lento a lo largo del día, el temor a encararse con la realidad, a salir de su refugio y exponerse a perderlo todo... Nada tenía ya sentido. Salvo Hugo y su

necesidad de tenerla al lado.

Se miró de forma fugaz para comprobar que su aspecto general era aceptable; al menos no estaba en pijama. Vestía leggings negros y camisa de leñador a cuadros negros y rojos. Su pie sano vestía una zapatilla negra de loneta sin cordones. Tenía que bastar, porque no se encontraba con ánimo de perder el tiempo con estúpidos estilismos cuando lo único que existía en su cabeza era la preocupación por saber lo que le había pasado a Hugo.

Estaba grave, había dicho *el alemán*. También que había perdido la

consciencia. Mucha gente moría o se quedaba parapléjica por caídas de caballo.

Jadeó al tiempo que ahogaba un sollozo. A Hugo no podía pasarle nada malo. Hugo era un chico noble, la mejor persona que había conocido nunca. Y a las personas buenas no deberían pasarle cosas malas. Además, sin Hugo, su vida sería un caos absoluto porque le quería y le necesitaba. No podía pasarle nada malo. ¡Dios, o la vida, o el destino, o quien fuese que estuviera metido en eso, no iba a ser tan injusto como para arrebatárselo! ¿Verdad? ¡Ya le había quitado a sus padres, eso debería bastar!

Ayudándose de la muleta cruzó la estancia a todo correr, sintiendo el corazón a punto de salirse por la boca. Sus dedos, especialmente torpes en los momentos en que precisamente se necesitaba que no lo fueran, tardaron una eternidad en descorrer la cadenita del cerrojo y girar la llave en la cerradura. Todavía se vio obligada a perder unos segundos peleando con ambas, maldiciendo su torpeza, para acabar descargando su frustración a patadas contra la puerta. Finalmente fue capaz de salir airosa de la *tremenda hazaña* de quitar la seguridad de la puerta para

abrirla de golpe, con un movimiento brusco de victoria y satisfacción.

Igual de brusca fue su frenada en seco bajo el umbral cuando, en la ceguera motivada por la urgencia, se dio de bruces con una mole de acero, oscura e inamovible, que la esperaba en el pasillo.

No tuvo tiempo de reaccionar, tampoco de parpadear, respirar o emitir sonido alguno. Solo pudo percibir la siniestra sonrisa ladeada y escuchar la temida voz saliendo de aquellos labios torcidos antes de sentir que el mundo acababa de terminar para ella:

—Hola Clarita, ¿me has echado de menos?

AGRADECIMIENTOS

En esta historia tengo que reiterar los agradecimientos que aparecen mencionados en la primera parte, porque las mismas personas que me han ayudado en el proceso de elaboración de *No me quieras*, son las que han continuado a mi lado en *Entre Brumas*.

Gracias infinitas a Olalla y Patricia, por todo, por ser y estar, por su punto de vista y por esas amables aportaciones que a veces me han hecho reír (sobre todo en el caso de la morena). También

por los tirones de orejas de la rubia, casi siempre merecidos.

Gracias a Silvana, Ana y Mily, por su paciencia, su cariño, su amistad...y por soportarme, que no es poco.

Gracias a Marta, por todo lo que es para mí y por tanto como recibo de ella. Maravillosa bloggera, estupenda amiga y envidiable persona.

Y mil gracias a las chicas de la Selección RNR por estar siempre ahí, atendiendo mis dudas, soportando mis paranoias, ayudándome... trabajar con vosotras es un sueño hecho realidad. Gracias al maravilloso equipo editorial

que hay detrás, porque sois los mejores
a la hora de dar vida a los sueños.